

GISELA MARZIOTTA

**AMORES
BAJO FUEGO**

**ROMANCES APASIONADOS
EN TIEMPOS VIOLENTOS**



Lectulandia

«Este libro refleja cinco historias, un recorte mínimo y arbitrario del amor durante los años de odio que vivió la Argentina en los 70.

Reconstruir cada una de ellas requirió de mucha audacia de cada uno de los que se animaron a compartir su relato para poder contar esos amores. Revivir esos años, remover emociones y recuerdos nos hizo llorar a todos durante las entrevistas. Y ni hablar de lo que me pasó cuando me senté a escribir cada capítulo. La angustia y la emoción me atravesaron el cuerpo como pocas veces me ocurrió en la vida.

Nada de lo que hay en *Amores bajo fuego* es ficción. Cada historia es real, verídica, auténtica. Única e irrepetible. Se trata de cinco hombres y cinco mujeres que pusieron el cuerpo para luchar por un amor y defender sus ideas y sus pasiones. Son diez valientes que, con aciertos y errores, se animaron a vivir intensamente».

Lectulandia

Gisela Marziotta

Amores bajo fuego

Romances apasionados en tiempos violentos

ePub r1.0

Titivillus 17.04.19

Título original: *Amores bajo fuego*

Gisela Marziotta, 2018

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Fotografía de tapa: gentileza de Juan Cabandié

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Introducción: El desafío de vivir intensamente

A modo de prólogo: Cristina y Nico, por Víctor Heredia

1. Clelia Luro y Jerónimo Podestá

Besos

Besos, de Gabriela Mistral

Entrevista a Rubén Dri

2. Alicia Alfonsín y Damián Cabandié

Amo, amas...

Amo, amas..., de Rubén Darío

Entrevista a Estela de Carlotto

3. Delia Barrera y Ferrando y Hugo Scutari

Sentido de su ausencia

Sentido de su ausencia, de Alejandra Pizarnik

Entrevista a Daniel Rafecas

4. Leonor Canelles y Alberto Nadra

Hagamos un trato

Hagamos un trato, de Mario Benedetti

Entrevista a Daniel Campione

5. Victoria Walsh y Emiliano Costa

Te amo

Te amo, de Pablo Neruda

Entrevista a Oscar Chino Martínez Zemborain

Anexo: Cartas de Rodolfo Walsh

Agradecimientos

Notas

Para Rafa y Alfonsina

INTRODUCCIÓN

El amor fue, es y será el principal motor de mi existencia. No concibo la vida sin amor. Porque para amar hay que ser valiente, estar dispuesto a entregarse, a romper estructuras... Y porque el amor te modifica, te desarma, me desarma. Y por sobre todas las cosas inquieta, conmueve y duele. Básicamente me duele.

Elegí que los protagonistas de estas historias fueran militantes políticos porque la militancia es otro de los motores que moviliza mi vida. Porque para militar hay que ser valiente, estar dispuesto a entregarse, a romper estructuras... Y porque militar te modifica, te desarma, me desarma. Y por sobre todas las cosas inquieta, conmueve y duele. Básicamente me duele.

Porque admiro profundamente a quienes se animan a seguir sus pasiones y a permitir que sean ellas las que les marquen el camino. Porque admiro profundamente a quienes se entregan sin resistencia al amor y porque también admiro profundamente a quienes asumen el desafío de vivir intensamente. Por eso quise contar estas historias.

Este libro refleja cinco historias, o sea un recorte mínimo y arbitrario del amor durante los años de odio que vivió la Argentina en los 70.

Reconstruir cada una de ellas requirió de mucha audacia de cada uno de los que se animaron a compartir su relato para reconstruir esos amores. Revivir esos años, remover emociones y recuerdos nos hizo llorar a todos durante las entrevistas. Y ni que hablar de lo que me ocurrió cuando me senté a escribir cada capítulo. La angustia y la emoción me atravesaron el cuerpo como pocas veces me ocurrió en la vida.

Nada de lo que hay en este libro es ficción. Cada historia es real, verídica, auténtica. Y única e irrepetible. Se trata de la historia de cinco hombres y cinco mujeres que pusieron el cuerpo para luchar por un amor y defender sus ideas y sus pasiones. Es la historia de diez valientes que, con aciertos y errores, se animaron a vivir intensamente.

Gisela Marziotta

A MODO DE PRÓLOGO

Cristina y Nico

Nuestra familia es de Capital Federal. En la calle Salta estaba nuestra casa, a pocos metros de la avenida Belgrano y de la iglesia Nuestra Señora de Montserrat. Mi hermana y yo nacimos a pocos metros de la iglesia, por lo que los primeros recuerdos infantiles que tengo junto a ella son de ahí.

Un día nos compraron patines y, como a mi hermana le gustaba mucho patinar, pasábamos las horas patinando justo detrás, donde había una especie de patio abierto, detrás del Ministerio de Obras Públicas. Ahí nos divertíamos cuando éramos chicos.

La familia estaba conformada, además, por mi padre, mi madre y mi abuela paterna. Vivíamos en un caserón enorme, de los clásicos, de tres patios, junto con otras tres familias que estaban constituidas por las dos hermanas de mi padre y sus familias. Detrás había una imprenta. Cristina iba a una escuela de monjas, y yo, a un colegio ubicado sobre la calle Humberto Primo, una escuela pública. Cuando se vendió todo eso, mi padre decidió comprar una casa en Paso del Rey.

Así, a mis 9 años y a los 7 de ella, nos fuimos a vivir a Paso del Rey, a la calle Hugo del Carril. Ingresamos a la escuela provincial número 18, divina, y como los maestros eran casi siempre los mismos, compartíamos a dos maestras, hermanas ellas, las Ligoules, y al maestro Carlés. Como yo era mayor, no teníamos mucha relación en cuanto al estudio, porque integrábamos distintos grupos y teníamos distintos amigos. Pero sí compartíamos el club. A los dos nos gustaba la música. Yo ya había aprendido piano, y después guitarra, y a ella le gustaba mucho bailar, pero como no tenía pareja me obligaban a mí a que hiciera de *partenaire*. Así aprendí a bailar música folclórica, chacareras y tantas otras cosas sólo para acompañarla.

Mi papá era contador, trabajaba en un banco, o sea que mucho no tenía que ver con el asunto del arte. Mamá era ama de casa y mi abuela, lo mismo.

Con Cristina, entonces, compartíamos el placer por la música, aunque desde distintos abordajes: yo quería tocar y cantar y ella, bailar. Como en el colegio se enteraron de nuestros talentos, en todos los actos éramos la parejita elegida para ejemplificar, por ejemplo, la tragedia de la indiecita Anahí. Mi hermana bailaba y yo cantaba «Anahí, las arpas de orientes». Esa fue prácticamente nuestra infancia, la del club social Paso del Rey.

A los dos nos gustaba nadar, por lo que debíamos aprovechar la única oportunidad que teníamos: la pileta del club. Y ahí fue justamente donde conoció a Nico, un gran nadador, tanto él como su padre.

Claudio Nicolás era hijo de uno de los grandes pintores argentinos, Mario Darío Grandi, y con Cristina se conocieron desde adolescentes. Creo que tenían entre 14 y 15 años. No recuerdo si noviaron enseguida. Yo no le vi muchos novios a Cristina, pero sí puedo decir que el que tenía prioridad era Claudio Nicolás, que era un poco mayor que ella, por lo que enseguida armaron una pareja extraordinaria.

Nico era un novio presente, sobre todo un año antes de casarse. Porque al principio, como todos los novios, iban y venían, como ocurre con los adolescentes. Aunque Cristina ni aun en esas separaciones temporales de Nico trajo a casa a alguna otra persona. Ese lugar estaba reservado para Nico, algo que a mi papá, obviamente, le parecía maravilloso.

Nosotros vivíamos a siete cuadras y media de la estación de Paso del Rey, del lado norte. Para que se entienda, yendo para Luján, de la mano derecha. Y Nico vivía a seis cuadras de la estación, pero del lado izquierdo, en el barrio Arca. Así que todos éramos de Paso del Rey pero de barrios diferentes. Recuerdo que Cristina se divertía mucho porque Nico llegaba algunas veces con una moto que le prestaba su padre, una Harley Davidson gigantesca, con la que se iban a pasear por el barrio. Era toda una novedad la moto.

Ambos tenían los mismos ideales, y también compartían los gustos por la pintura, el arte, la música y tantísimas otras cosas. Y era muy entretenido estar con ellos porque poseían una formación cultural muy especial. Él venía de una familia de grandes lectores y Cristina también era una gran lectora; de hecho, se había recibido como docente y ejercía, ya que apenas terminó la carrera consiguió trabajo en una escuelita cerca de Villa Zapiola, en un barrio marginal. Después de clase se quedaba a ayudar porque su dedicación a los chicos era permanente. Tenía esa conducta, que, por supuesto, era parte de su militancia: por eso, con el paso del tiempo, comenzó cada vez a buscar escuelas más alejadas y con más problemas.

Siempre tuvo infinidad de amigas, sobre todo compañeras del colegio. Salían y se divertían; les gustaba el cine y frecuentaban la calle Corrientes. Yo también iba mucho al cine. Me acuerdo del Rey, del Bar, del Cine Arte.

Primero se fueron a vivir juntos, con Nico, y después se casaron. Estuve en el casamiento, que se hizo en Moreno. Hay algunas fotos por ahí dando vueltas. Pero recuerdo una en especial, ya que en esa imagen la veo con una enorme felicidad. Al tiempo, al año, nació Yamila.

Yo era militante de la Juventud Comunista, así que les insistí, tanto a ella como a Nico, para que se afiliaran al partido porque me parecía que era muy importante contar con algo más de contención. Además, coincidíamos en un montón de cosas, por lo menos hasta el tiempo en que ellos decidieron pasarse al PRT. Pero mientras estuvieron en el PC, trabajaron en la Casa de la Cultura, en Moreno, a tres kilómetros de Paso del Rey. Para que se ubiquen, les cuento que es la última estación del tren eléctrico, el Sarmiento, y una después de Paso del Rey. Ahí estuvieron durante bastante tiempo, porque eran unos apasionados de la producción cultural.

Nico era poeta, y en su momento ganó un premio de algún diario de por ahí. Eso es todo lo que yo sé. La parte de la militancia que compartí tenía que ver con las propuestas y el manifiesto del PC. Después, ellos tuvieron algunas disidencias y renunciaron al partido para irse al PRT, donde seguramente fueron marcados.

En algún momento, ellos se alejaron totalmente de los preceptos del PC y plantearon que no estaban conformes con el rumbo de las cosas. Yo siempre les dije que las diferencias había que debatirlas dentro de la estructura del partido, como acostumbrábamos hacer en aquella época. Después, yo también terminé renunciando al PC, pero en el 78.

Cristina y Nico desaparecieron el 17 de junio del 76. Lo curioso fue que yo era el que más preocupaba a la familia por mi actividad, por la militancia, porque figuraba públicamente en listas negras y recibía amenazas desde el 75. Una noche, por ejemplo, Cristina y Nico vinieron a verme a Parque Centenario, donde yo vivía con mi esposa, a decirme que me fuera de la Argentina, que la familia estaba preocupada y mis padres casi no podían dormir porque tenían los nervios destrozados. Esto ocurrió a fines del 75 y a comienzos del 76. Después apareció la dictadura y, ahí sí, todos los que teníamos algún tipo de militancia y habíamos sido perseguidos quedamos expuestos. Pero jamás pensamos que Cristina y Nico corrieran peligro, porque ellos mantenían su trabajo en el PRT en el más absoluto de los secretos. Sólo

supe que alguna vez hicieron un viaje juntos para profundizar cuestiones ideológicas.

Cuando se los llevaron secuestrados, ella tenía cinco meses de embarazo, por lo que estoy convencido de que no tenía ninguna actividad ligada a la guerrilla o a algún tipo de acción violenta. Ellos trabajaban en la prensa del PRT.

Los secuestraron en su casa, que era de los padres de Nico. Ellos tenían un chalet adelante y el taller de Mario estaba detrás. Para esa época, Mario ya había muerto. Esa noche, incluso, estaba Yamila. Nico alcanzó a escribir una cosa terrible en una puerta —hay una foto de esa inscripción—, creo que con las uñas: «Yamila te amo y también a tu mamá». Lo escribió el día del secuestro. A Yamila le salvó la vida que uno de estos insensibles se conmovió al verla llorar a los gritos por lo que pasaba, la envolvió con una frazada y la pasó por una ventana a una casa vecina. Los vecinos la cuidaron y luego fueron a avisarles a mis padres lo que había ocurrido. Un rato después me enteré yo.

Cristina y Nico eran muy inteligentes. Se llevaban bien justamente porque eran serios. No eran de esa clase de personas que se pasan el día de jarana. No. Los dos habían construido relaciones hermosas en Paso del Rey. Se los quería muchísimo porque eran muy sinceros y honestos. Y Nico era un intelectual, un tipo que vivía fumando su pipa, con barba; muy pensante y coherente.

Algunas veces tengo la impresión de que la subestimé a Cristina. Yo la había afiliado al PC y después, cuando se armaban las discusiones, la subestimaba porque pensaba que era nuevita. Nunca dejó de ser mi hermanita menor. Pero con el tiempo entendí que todo su accionar había sido importante y que llevaban a los hechos todas las cosas que sostenían en las conversaciones. Eso fue lo que les costó la vida.

Había mucho amor entre los dos. Si estaban juntos, estaban abrazados todo el tiempo. Hay fotos en las que se los ve pegaditos incluso en reuniones de amigos. Quizás Nico era un poco más distante porque, además de ser un intelectual, sostenía permanentemente esa pose de seriedad. Tampoco lo ayudaba el físico, ya que era un tipo grandote, que medía cerca de un metro noventa. Cristina era más menudita, más chiquita que yo, incluso. Mi mamá era muy pequeñita. Pero Cristina, más allá de su tamaño, tenía un carácter imponente.

Cristina y Nico eran militantes políticos. Pero, ante todo, eran una pareja. Se amaban. Y ese amor que se transmitían permanentemente fue el mismo

que bajaron hacia el resto de la sociedad. Fueron plenos y vivieron de acuerdo con sus ideales. Ese es su legado.

Víctor Heredia

CAPÍTULO 1

Clelia Luro y Jerónimo Podestá

Besos

Clelia Luro llegó exactamente a las doce, a la hora pactada telefónicamente con Jerónimo unos días antes. Puntual. Así era ella. Jerónimo Podestá llegó más tarde, alrededor de una hora y media después de lo acordado. Así era él. El encuentro fue un sábado cualquiera en la casa de la madre de Jerónimo. Ese día iniciaron una amistad que los uniría definitivamente; una amistad «fundada en la profunda afinidad de las almas, la profunda simpatía, la honda concordancia de ideales; es decir, un común sentido de “misión”»^[1].

Era abril de 1966. Podestá era por entonces el obispo de la diócesis de Avellaneda y había participado en el Concilio Vaticano II (1962-1965)^[2]. Lo conocían como *El obispo de los obreros* por liderar la experiencia pastoral renovadora iniciada en Francia. Los llamados «curas obreros» eran sacerdotes que trabajaban en fábricas y vivían de sus salarios en barrios obreros, mientras también participaban de las luchas sindicales. Podestá definía al movimiento como «una Iglesia de abajo».

Clelia se puso en contacto con Podestá por un pedido del obispo de Salta. Tenía que solicitar su ayuda para un sacerdote salteño con problemas de alcoholismo. Ella estaba separada de su marido y se había vuelto de Salta a Buenos Aires con sus seis hijas: María, *Nannina* (Cristina), Clelia, Clara, Alejandra y María de los Ángeles. Las niñas estaban pupilas en un colegio de monjas porque el padre no le daba la tenencia a Clelia y por ese entonces la patria potestad la ejercían solamente los varones.

La conexión entre Clelia y Jerónimo fue inmediata. Jerónimo había calculado que la reunión se extendería como mucho hasta media hora antes del almuerzo, pero duró más de lo imaginado. Querían escucharse, estar juntos y compartir la tarde. Lo sintieron natural, como si todas sus tardes hubieran sido siempre así.

Bastante tiempo después, ambos reconocerían que habían sentido lo mismo aquel primer día fundacional, cuando nació su vínculo eterno. Lo que sintieron fue tan fuerte que ambos tuvieron la necesidad de escribirlo y de compartirlo al instante. Ese mismo día, en cuanto Clelia llegó a su casa, se sentó frente a su máquina de escribir para contarle en una carta a un sacerdote amigo la impresión que había tenido del obispo.

«(...) Hoy estuve con Podestá. Se apareció sencillamente con su clergyman. Parecía un curita (...) Me citó en casa de su madre, a las doce, pero apareció recién a las trece treinta. Su madre entró al escritorio a pedirme disculpas por la demora y me dio un diario para entretenerme. “Siempre llega tarde”, me comentó con una sonrisa. Estuvimos conversando hasta las quince... Nos sentíamos tan bien juntos, como si nos hubiéramos conocido de siempre. Nos quedamos sin almorzar, a mí se me fue el hambre. Había invitados en su casa pero él, a pesar de los llamados de su madre, me tranquilizaba y me pedía que siguiese hablando. Le conté muchas cosas, le hablé de mi inquietud por la Iglesia (...) Me dijo que no temiera ver, que fuera fuerte y siguiera adelante. Luego me preguntó si tenía tiempo libre, no sé para qué. Quizá sea con él mi camino. Te aseguro que no sé qué quiere Dios que haga y quizá moriré así. Me dejó llevar de la mano. No dejaba de pensar “con hombres así ¡qué distinta sería la Iglesia!”»^[3].

También Jerónimo tenía la costumbre de escribir lo que sentía y ese mismo día, en cuanto estuvo solo en su habitación, describió al encuentro con Clelia:

«(...) Veo algo en esa mujer decidida, audaz, que no tiene trabas ni inhibiciones y que a pesar de su fuerza de espíritu no tiene agresividad. Me interesa su conversación, siento que irradia amor y cariño entrañable por la Iglesia y sus sacerdotes. No advierto nada que me moleste o perturbe, todo libertad y fuerza pero no desenfado. En su fuerza hay bondad y amor, esto me encanta. Es muy mujer pero en ella no aparece lo “caído” de la mujer sino lo grande. Me habla con total naturalidad y la escucho con gran placer, como si ya nos hubiéramos conocido y fuésemos viejos amigos. Habla el idioma que me gusta: con sabor a Dios, a Evangelio, a Concilio, a renovación de espíritu, autenticidad, sin miedo, con generosidad de alma grande. Desde ese momento percibí el carisma. Por otra parte habla el idioma que me gusta porque es el verdadero, pero que yo no siempre tengo el valor de usar. Siento que esa mujer me habla con gran amor sobrenatural y limpio afecto humano; me trae un mensaje y comprendo que habrá de tener una parte importante en mi vida porque tiene una profunda afinidad con mi alma. Pero justamente me trae lo que a mí me falta. Me habla de Dios, de la Iglesia argentina, de los Obispos, de los Sacerdotes, de la necesidad de renovarse en el Amor de Cristo... Me plantea dos cosas concretas: la salud de un sacerdote del norte y mi opinión sobre una carta que tiene escrita para el señor Nuncio. La

carta es verdaderamente audaz, pero tiene la santa libertad de los hijos de Dios, a pesar de lo extraño del caso la carta me gusta, en cuanto al sacerdote le prometo hacer todo lo que me sea posible. (...) Me gusta tanto escucharla pues tiene el mismo concepto de Dios, de la Gracia y del Pecado, pero al mismo tiempo tiene una libertad de la que yo carezco. Varias veces me ofrece retirarse pero yo la insto a que continúe todo el tiempo que quiera. Me gusta su alma y su calidad de mujer... Lo extraño del caso es que, a pesar de tener tantas cosas fuera de lo común, no siento ninguna prevención, por el contrario, una gran afinidad y simpatía...»^[4].

A partir de ese día sus caminos ya no dejaron de cruzarse. Por una cosa u otra, hablaban por teléfono o ella, directamente, iba a verlo hasta Avellaneda para reunirse con él y tomar unos mates.

A final de ese año, cuando todavía gobernaba la dictadura de Onganía, se realizó en Mar del Plata la X Reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)^[5]. Durante los días que duró el encuentro, Podestá estableció un estrecho vínculo con Hélder Câmara^[6], el progresista obispo brasileño que había desempeñado un papel importante en el Concilio Vaticano II e impulsado el Pacto de las Catacumbas^[7]. Hélder era conocido como *El obispo rojo* por la dictadura brasileña.

«Mamá le pide a Podestá que le presente a Hélder Câmara, que iba a estar en la conferencia del CELAM de Mar del Plata. Podestá le dice que sí y mi vieja viaja por las de ella como periodista de la revista *Imagen del País*. Está ahí con otros colegas y, en un momento, se le acerca Hélder Câmara y le dice “quiero hacerle una entrevista”. Câmara se sorprendió y le dijo algo como “nosotros nos conocemos desde la eternidad o desde el corazón”, o una frase parecida y se ponen a conversar. Se acerca Jerónimo y, cuando se la va a presentar, Câmara le dice “ya nos conocemos desde las entrañas”. A partir de ahí, Câmara, Jerónimo y Clelia se pasan tres días juntos hablando en Mar del Plata. Cuando se estaba por ir, Câmara los bendice y les dice a mamá y a Jerónimo que tienen que seguir juntos porque ellos pueden hacer muchas cosas y realizar muchos cambios»^[8].

Clelia hizo la entrevista con los obispos y publicó en tapa de la revista la foto de Podestá y Câmara juntos. La repercusión de la nota fue inmediata. La

dictadura de Onganía tomó con preocupación el acercamiento entre los dos referentes de la Iglesia.

Para entonces, Clelia y Jerónimo ya habían establecido una relación de profundo amor y mutua identificación. El vínculo, según decidieron, se mantendría exclusivamente en el plano espiritual y con el formato de una «pareja mística». El propio Hélder Câmara le dijo a Jerónimo en aquel encuentro en Mar del Plata que no tuviera «miedo de Clelia, porque Clelia va a ser tu fuerza».

En 1967, Clelia y Jerónimo fueron invitados a visitar al padre Câmara en Recife, poco antes de que el obispo brasileño encabezara la firma del «Manifiesto de los 18 Obispos del Tercer Mundo»^[9]. Los tres mantendrían un vínculo cercano por el resto de sus vidas y, muchos años después, en 2003, Clelia escribiría *El mártir que no mataron*, sobre las obra de Hélder Câmara.

Clelia y Jerónimo debatían sobre las cosas que pasaban y juntos potenciaban su compromiso social. Se complementaban a la perfección. Podestá decidió nombrar a Clelia su secretaria personal en el Obispado, lo que provocó un revuelo importante. No era usual que una mujer ocupara ese puesto en la Iglesia católica de aquella época. Los chismes comenzaron a rodar y, con el tiempo, ya eran imparables. Pero a ellos no les interesaba: no ocultaban su vínculo, sentían que no tenían nada que esconder y eran conscientes de que no rompían ninguna de las reglas eclesiológicas. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ante la hipocresía de la Iglesia, que, aunque no les prohibía su relación, le recomendaba a Jerónimo que mantuviera en secreto el vínculo con «esa mujer».

Desde que empezó a ejercer su rol de secretaria, Clelia acompañó a Podestá en todos sus compromisos. Estaba siempre a su lado: en los actos, en los reportajes y en las actividades públicas en las que participaba. Los superiores de Podestá en la Iglesia no disimulaban su aversión hacia Clelia. No toleraban su presencia y se referían a ella sin mencionar su nombre. La llamaban «esa mujer», como alguna vez ocurriera con Evita entre los opositores al peronismo. Buscaban invisibilizarla, ningunearla y deshumanizarla. En 1996, mucho después de haber padecido esta situación, Clelia escribió un libro con un título significativo: *Mi nombre es Clelia*.

Clelia y Jerónimo solían escribirse cartas para intercambiar sus opiniones políticas sobre la Iglesia pero, por sobre todas las cosas, para expresarse el profundo amor que los unía desde que se habían conocido, sin traicionar el juramento de celibato de Podestá y aceptando, a la vez, ese sentimiento como una gracia.

«Querido Jerónimo:

Hoy pregunté a Dios por qué quiero, por qué amo así; no quería amar, se sufre. De lo profundo de mi alma, vino la respuesta: así tengo que quererte. Es cierto que me has dado mucha felicidad al compartir todo lo tuyo, pero también es cierto —y lo sé en toda su profundidad— que es renunciamiento... Tus manos, Jerónimo, amo tus manos que consagran y bendicen. Tú debes ser otro Cristo en la historia de hoy. Todos los cristianos deberíamos ser otros Cristos para que la historia madure. Toda tu vida y todo tu ser: tus labios que dan Su palabra, tus ojos que reflejan a Dios, tus pies que no se cansan de andar para anunciar el Evangelio...

Clelia, Navidad de 1966»^[10].

«Clelia querida, te amo mucho, te amo de veras, te amo bien; te quiero mucho, muchísimo, con todo mi ser. No quiero ni la más leve sombra que pueda empañar la dignidad y nobleza de este cariño. Asimismo, te digo que no debemos permitir la más leve rebaja del nivel y de la dimensión que Dios le ha dado a nuestro encuentro.

Jerónimo, 2 de enero de 1967»^[11].

Pocos días después de este cruce epistolar, a mediados de enero de 1967, Podestá recibió por primera vez una seria advertencia de los obispos Humberto Mozzoni, Antonio Plaza y Raúl Primatesta sobre su relación con Clelia. Les molestaba Clelia, por supuesto, pero más allá de no aceptar la relación que ellos mantenían, lo que verdaderamente inquietaba al poder eclesiástico y al poder político eran los canales de participación, reflexión y análisis que abría Podestá con su militancia. En ese tiempo, desde mediados de 1966, la dictadura había tomado la decisión de disolver a los partidos políticos, que era lo mismo que decir que se anulaba toda posibilidad de debate, análisis y participación política de los ciudadanos.

Mientras Podestá soportaba las presiones de la Iglesia por su relación con Clelia y por el camino elegido para enviar su mensaje pastoral, el 26 de marzo de 1967 el papa Paulo VI publicó la encíclica *Populorum Progressio*^[12], un documento de carácter progresista que ponía el acento en la situación de desigualdad creciente entre ricos y pobres, e interpelaba a los fieles a cumplir con el «deber cristiano» de actuar urgentemente para cambiar la situación.

En paralelo al hostigamiento personal al que era sometido, Podestá comenzó a dar conferencias sobre *Populorum Progressio*. Sus charlas se volvieron cada vez más populares, sobre todo en medios sindicales y

peronistas, ambos prohibidos por la dictadura. Las alarmas del gobierno militar y de los sectores conservadores, civiles y religiosos, comenzaron a sonar sin cesar:

«El primer acto que hizo Jerónimo sobre la Encíclica fue en el teatro Roma de Avellaneda. El teatro estaba colmado y Jerónimo habló con toda su fuerza. Al regreso a la Curia, nos avisaron que habían encendido fuego junto a la puerta de entrada y a las ventanas que daban a la calle y, como estaban solamente entornadas, se habían encendido las cortinas. Después de apagar el fuego salimos a la calle y vimos que habían escrito en la pared una leyenda que decía “Podestá comunista”, “Pablo VI traidor”. La reacción se había hecho sentir de forma inmediata. Supimos en ese momento, con la mayor claridad, que nuestro compromiso iba a ser cada vez más fuerte y, consecuentemente, nuestros problemas. Hablo así por dos motivos: primero porque mi consagración al lado de Jerónimo era muy clara para los dos; yo estaba totalmente decidida a caminar junto a él compartiendo el mismo testimonio (aunque no fuera muy aceptable para la institución) de estrecha colaboración de una mujer junto a un obispo. Segundo, Jerónimo tenía claro que nuestro encuentro era irrenunciable»^[13].

El 1.º de mayo de 1967, Podestá publicó un artículo cuestionando la prohibición del gobierno militar de realizar actos durante el Día Internacional de los Trabajadores. Podestá, Clelia y Perteagudo planeaban realizar un acto en el estadio Luna Park para fines de ese año, en plena dictadura. La idea era que el obispo fuera el único orador y la exposición abordara *Populorum Progressio*. El 25 de junio Podestá le escribió una carta a Hélder Câmara en la que le cuenta que el nuncio papal Humberto Mozzoni le había advertido que no debía realizar el acto en el Luna Park. En esa misma carta, le habla a Hélder del profundo significado de su vínculo con Clelia y la decisión de ambos de asumir en libertad la «colaboración sacerdote-mujer». También le expresa, no sin preocupación, la fortaleza que les exigía asumir ese sentimiento.

A mediados de 1967 la situación de Podestá se complicó todavía más. Onganía lo citó en su despacho, en junio, para transmitirle que lo consideraba el mayor peligro de la Revolución Argentina^[14]. Y con la intención de presionarlo a Podestá para que renunciara a su puesto de obispo, le ordenó a la revista *Sí* que publicara en la tapa las fotos del obispo con su secretaria. Los

denunciaban, sin ningún tipo de eufemismos, de mantener una relación amorosa.

Clelia habló con sus hijas sobre lo publicado, porque estaba convencida de que se enterarían del contenido de la nota y porque, además, sabía perfectamente que de ahí en adelante las habladurías estarían a la orden del día. Había otro tema que la preocupaba: todavía no tenía la tenencia de sus hijas y pensaba que el contenido de la nota le podía jugar en contra para conseguir ese objetivo. Ellas aún permanecían pupilas en un colegio religioso y su padre conservaba la patria potestad.

«Para sacarlo a Jerónimo del medio, le armaron toda esta historia de su amorío que salió en la revista *Sí*. Ahí hablaban de una relación amorosa con su secretaria, o sea, mi madre. La foto de los dos era enorme. El obispo y su secretaria; o sea, un gran escándalo. Y mi vieja nos llamó y nos dijo “miren, van a escuchar, van a ver y les van a decir cosas en el colegio, que van a resultar muy duras de sobrellevar”. Y nos contó lo que había pasado. También nos dijo que algunas de sus amigas se iban a apartar de ella y que seguramente la iban a dejar sola»^[15].

Presionado por las autoridades de la Iglesia argentina y convencido de que el pontífice lo entendería, Podestá anunció que iría a hablar con el papa Paulo VI para defender su honor y enterarlo de la limpieza de su conducta. Así lo hizo, pero la audiencia no resultó como suponía y el Papa, en lugar de entenderlo, le exigió que «arrancara» ese sentimiento de su corazón.

Podestá sabía que podía hacer cualquier cosa menos renunciar a Clelia y al amor que los unía. Ellos no tenían nada que ocultar. La relación con “esa mujer” era la excusa de la Iglesia para sacarse de encima al obispo obrero que molestaba con cuestiones sociales y políticas que afectaban sus propios intereses.

«Cuando salió lo de la revista, mi vieja no nos dejó atender más el teléfono porque nos llamaban a casa y nos decían las barbaridades más espantosas que te podrías llegar a imaginar. No les importaba si el teléfono lo atendía un chico. No les importaba nada»^[16].

Finalmente, el 10 de noviembre, el nuncio Mozzoni le pidió a Jerónimo la renuncia al Obispado. Podestá pidió ver al Papa antes de tomar una decisión,

pero Mozzoni le pidió que firmara la renuncia con la promesa de no tramitarla hasta conocer la decisión papal. Podestá la firmó y fue directo a contarle a Clelia lo que había pasado. Los dos sabían que la situación era irreversible y que habían sido víctimas de una trampa. Se abrazaron y lloraron juntos un largo rato. Estuvieron durante horas sentados en el sillón del *living* de la casa de Clelia, en silencio, juntos. Con el alma partida pero, al mismo tiempo, con la certeza de que eran indestructibles.

Jerónimo y Clelia viajaron a Roma para hablar con el Papa, pero Paulo VI nunca los recibió. Clelia pudo hablar con el secretario de Estado de la Santa Sede, el cardenal Giovanni Benelli, quien mostró una postura irreductible y sexista.

De vuelta en Buenos Aires, el 3 de diciembre de 1967, cinco días antes de lo que le habían informado, Podestá fue desalojado por la policía de la diócesis de Avellaneda. Según Ezequiel Perteagudo, Onganía había exigido la renuncia de Podestá a cambio de realizar el salvataje de la irregular situación del Banco Popular de La Plata^[17], en el que Mozzoni y Plaza estaban involucrados. La cuestión de fondo nunca había sido Clelia, sino la oposición de la dictadura y los negocios de la Curia.

Perteagudo le escribió una carta al ex presidente Juan Domingo Perón, preocupado por la situación de Podestá porque, según creía, reflejaba lo que estaba pasando en lo más alto del poder político del gobierno y de la Iglesia. El ex presidente le respondió a la brevedad:

«Madrid, 18 de diciembre de 1967

Señor Ezequiel Perteagudo.

Mi querido amigo:

He recibido su carta del 12 pasado y le agradezco las informaciones como sus amistosas palabras y las explicaciones sobre el “Caso Podestá” que, si se lo sabe aprovechar bien, podrá ser muy útil no solo para el propio Monseñor sino para la propia situación del país y nuestras inquietudes.

Veo por las publicaciones que este asunto ha comenzado, pero no ha terminado. Si los trabajadores, los peronistas y los sacerdotes obreros proceden bien, esto, en el campo político, puede dar mucho. Ahora no podemos dejar a Monseñor Podestá en la estacada, no solo por él, sino también por la razón que tiene y la verdad que sostiene. Encarna, en mi concepto, la causa que debemos sostener también

nosotros desde el ángulo que él, precisamente, no puede actuar. Su posición, por ahora, debe ser la de “mártir”, y él no debe luchar: nosotros debemos hacerlo por él. Verá usted los efectos a cierto plazo. En todas estas causas, los mártires son indispensables y él tiene condiciones especiales para eso. No hay que apurarse.

Le adjunto un articulito para *Imagen*: “Así se escribe la historia”, en el que deseo desenmascarar a unos canallas que parece que se la han tomado conmigo.

Como yo conozco ya mucho de esta técnica publicitaria yanqui, creo que lo mejor es desenmascararlos de entrada: así se acaban, porque ya no pueden especular con que son revistas argentinas. Esta *Siete Días Ilustrados* es del grupo Time-Life y publicará reportajes inexistentes, como el que me atribuyen en el número que menciono.

Ya les dedicaré algunas otras cosas a los yanquis que, por lo que se ve, “quieren Lola”. Si a Usted le parece, para que tenga actualidad este artículo, conviene publicarlo cuanto antes. Usted debe tener allí un adelanto de dos artículos. Tan pronto pueda, le mando otro más, para que tenga cuatro de reserva. Temo siempre que, por falta de adaptación a la situación reinante allí, pueda no estar en los temas, por eso le ruego que me diga si voy bien.

He visto que todo lo armado por los militares ha quedado en veremos. Yo ya sabía que sería así porque la crisis está siempre a la hora de salir. Si se resuelven a hacerlo, creo que no habrá problema, pero lo que será un verdadero problema será el hacerlos salir. Por eso nosotros debemos seguir con nuestras cosas y nuestra preparación, si después ellos salen, mejor, de lo contrario, no hay que depender de ellos. Es muy aleatoria la conducta de esta clase de revolucionarios, yo lo sé por experiencia, porque he asistido a muchas de estas asonadas que luego quedan en “aprontes”.

Aprovecho el viaje de una Señora compañera y amiga para hacerle llegar estas pocas palabras, junto con mi saludo y nuestros mejores deseos para usted y su familia en estas Navidades y Año Nuevo, que les auguramos prósperos y felices.

No deje de mandarme la Revista cuando pueda: tengo hasta el número 25 del 16 de noviembre. No deje de avisarme si le parece que yo escriba algo sobre el asunto de Monseñor Podestá en relación con la política pre y pos conciliar. No he querido hacer nada de esto

porque no quiero “meter el dedo en el ventilador”, desde que este asunto ha de tratarse con cuidado por el propio Monseñor.

Saludos a los suyos y a los amigos

Un gran abrazo

Juan Perón»

Ya fuera de la Iglesia, Jerónimo se mudó a un departamento de un ambiente, a una cuadra de la casa de Clelia. Ahí empezó a escribir y a ordenar todos los discursos que había dado en los últimos años.

En 1968 publicó su primer libro, *Violencia del amor*. Fue una iniciativa de Clelia, que además colaboró en su redacción. Al año siguiente trabajaron juntos sobre un segundo libro: *La Revolución del Hombre Nuevo*.

A partir de su relación con Clelia, Podestá atribuyó un papel central en su prédica a la idea del «amor». Manifestó su simpatía por el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) —antecedente de la Teología de la Liberación—, creado en 1968 como adhesión al «Manifiesto de los 18 Obispos del Tercer Mundo» que impulsó Hélder Câmara.

Luego de su remoción como obispo de Avellaneda, la Iglesia lo designó obispo de Orrea de Aninico, una diócesis africana desaparecida, cuyo último obispo había sido Cresconio, en el siglo v. Podestá participó de la reunión plenaria de obispos argentinos realizada en el partido bonaerense de San Miguel, el 22 de noviembre de 1971, en su carácter de obispo de la diócesis africana de Orrea de Aninico. Para entonces, la prensa había difundido la información de que Podestá y Clelia se habían casado o vivían en pareja. Podestá decidió exponerse a declarar públicamente que sentía un profundo amor por Clelia, pero que ambos habían decidido mantener la relación en un estado puramente espiritual debido a su condición de sacerdote. Declaró además que aquella «versión indignante» sobre su casamiento era una maniobra de quienes pretendían que le fuese quitada su condición de obispo. Mientras tanto, al mismo tiempo que debía defenderse de los dichos públicos sobre su relación con Clelia, se ocupaba de denunciar los asesinatos en manos de grupos militares y paramilitares, de escribirle cartas al Papa para mostrarle la situación del país, de denunciar las violaciones a los derechos humanos y de reunirse con otros sacerdotes comprometidos como él.

Podestá volvió a mudarse, esta vez al mismo edificio de Clelia, en el barrio de Almagro. Y un tiempo después, empezaron su convivencia. Tampoco podían seguir solventando los dos departamentos. Así fue como Jerónimo se sumó a la vida familiar de Clelia y sus seis hijas.

A ella no le gustaba cocinar, a Jerónimo le encantaba pero no era un experto en materia culinaria, aunque le ponía voluntad. Fueron años duros para todos en la casa. Clelia, la tercera hija, recuerda los días en que llegaba a la casa y su madre les preguntaba: «¿Qué comemos hoy? ¿Arroz con sopa o sopa de arroz?»:

«El arroz con sopa era porque había mucho arroz y la sopa de arroz era porque había poquito y éramos seis para compartirlo. A Jerónimo le gustaba muchísimo cocinar y con nosotras se comportaba como un padrazo. Íbamos y le preguntábamos, por ejemplo, cualquier cosa sobre la que tuviéramos que estudiar. Lo llamábamos *El libro gordo de Petete* porque, para explicarnos algún tema, se remontaba a los inicios de todo. Nosotras lo mirábamos impacientes y le decíamos “no, no, tanto no”. Y él nos respondía: “Pero si no sabés lo de antes, no vas a entender lo de ahora”. Era muy compañero con nosotras. Una vez me mandé una macana horrible. Volví de Salta para rendir examen porque me habían quedado dos materias de primer año colgadas y me bajé en Córdoba y me fui a la casa de unas amigas. Me quedé como quince días ahí. Un día la mamá de las chicas me preguntó: “¿Tus papás saben que vos estás acá?”. Al recibir mi respuesta negativa, se enojó y me dijo: “Llamalos ya por teléfono”. Cumplí y me comuniqué con mamá, quien, bastante molesta, me preguntó “¿cuándo pensás venir?”. Yo le dije que no sabía y del otro lado de la línea recibí una respuesta seca: “Bueno”. Cuando finalmente regresé a Buenos Aires, lo hice en un avión militar porque no tenía un mango y porque mis amigas tenían un montón de hijas de militares de la Fuerza Aérea en el colegio en el que iban, en Córdoba. Y cuando llegué al Aeropuerto de Morón, llamé por teléfono y pregunté: “Volví. ¿Me pueden venir a buscar?”. Y Jerónimo muy tranquilo me dijo: “Te bajaste en Córdoba, no viniste a rendir los exámenes, hiciste lo que se te dio la gana, viajaste en un avión de la Fuerza Aérea... Me parece que te podés tomar el tren para volver a casa. O sea, “hacete cargo, nena”».

Clelia y Jerónimo realizaron una gira por Europa en 1971. Estuvieron en Roma durante una serie de encuentros de sacerdotes. Allí, varios medios quisieron entrevistarlos. Era un momento en que se empezaba a discutir la cuestión del celibato en los sacerdotes.

En 1972, Podestá se manifestó sobre la Masacre de Trelew^[18] y recibió a familiares de las víctimas. Ese mismo año lo invitaron a Yugoslavia y volvió

a viajar junto con Clelia. El recorrido incluyó escalas en las principales ciudades europeas.

De vuelta en el país, Clelia y Jerónimo siguieron con su vida y militancia. Se cuidaban mutuamente. Discutían con vehemencia cuando hablaban de política o de religión, pero jamás se peleaban o enojaban. Jerónimo siempre la tomaba de la mano, incluso en los momentos en que Clelia se ponía brava, durante alguna acalorada discusión.

En 1974 los amenazó la Triple A:

«Eso sí que fue muy feo. Ocurrió en agosto del 74. Me acuerdo porque yo estaba embarazada de tres meses, más o menos. Sonó el teléfono en casa y era Tomás Eloy Martínez, quien preguntó a mamá si Jerónimo estaba con ella. Mi mamá le dijo que sí y le preguntó si estaba todo bien. Al recibir la respuesta afirmativa, no dudó: “Váyanse todos ahora”, le dijo Tomás Eloy. Esa era una época en la que la Triple A te avisaba pocos días antes de que te iba a matar»^[19].

Tras la advertencia, salieron inmediatamente de la casa. A la noche llamaron para saber cómo estaban las cosas y, para su sorpresa, un hombre desconocido atendió el teléfono y se hizo pasar por «amigo de las chicas». Comprendieron enseguida que tenían la casa tomada.

Después de discutirlo durante horas, estuvieron de acuerdo en que se tenían que ir del país. Pero la familia no tenía dinero y los pasajes para ambos costaban alrededor de mil dólares. No había ninguna posibilidad de juntar ese dinero, quedaba muy lejos de la realidad económica familiar. Pero pudieron resolverlo. «Aunque sea en el asiento del baño, te voy a sacar», le dijo Petronni, el gerente de Aerolíneas Argentinas, a Jerónimo. Petronni era de Avellaneda y sentía un profundo aprecio por Podestá.

Tardaron una semana en juntar plata para llevarse. Los pasaportes los tenían al día. Salieron de Ezeiza de una forma extraña: no pasaron por Migraciones y los subieron directamente al avión. La tripulación los acompañó hasta sus asientos. A las pocas horas desembarcaban en Roma vía Madrid:

«Nuestro primer destino era el Vaticano, ya que pensábamos que podíamos hacer una denuncia pública y de resonancia internacional, de lo que empezaba a ocurrir en la Argentina. ¡Dios Bendito! ¿Por qué la Iglesia no escuchó a tiempo? Frente a un régimen político-militar

como el argentino, sólo la Iglesia tenía poder y fortaleza como para evitar la masacre que llegó después»^[20].

Luego de la escala en Europa, viajaron a México y finalmente a Lima. Allí se quedaron hasta 1982, aunque con escapadas intermitentes a Buenos Aires. Las hijas de Clelia se quedaron en el país. Fueron años muy difíciles para la familia. Se desordenaron y se dividieron. La cotidianidad, el contexto, la convivencia, la vida misma se habían desarmado de un minuto para otro:

«Yo ya estaba casada. La hermana que me sigue a mí se quedó en la casa con mi hermana menor y otra más, que ya ni me acuerdo cuál era, porque para mí esa época es muy confusa, de memoria selectiva. Mi hermana menor se fue a vivir unos meses a la casa de unas amigas. Después viajaron a Perú en el verano y a los dos meses volvieron. Así estábamos. Mi mamá que iba y venía, porque el pedido de captura era contra Jerónimo y no contra ella»^[21].

Después de muchas idas, venidas y cambios de países, Jerónimo y Clelia decidieron que Perú era el lugar para pasar el exilio, porque no estaba tan lejos de Buenos Aires. Los dos querían volver, no les gustaba vivir separados de su familia. Durante esos años vivieron de lo que pudieron. Cuando viajaba, Clelia se llevaba a Buenos Aires algunas artesanías para vender y, cuando volvía a Perú, traía trajes de baño.

Después de varios años en Perú, con unos ahorros lograron comprar un departamento en Buenos Aires, sobre la calle Chirimay, en el barrio de Caballito. Clelia estaba convencida de que era una oportunidad para que Jerónimo volviera. Nadie sabía de esa nueva dirección y podría estar seguro.

Parecía que todo se iba acomodando y que pronto volverían a ser una familia como la de antes, pero el día de la mudanza, mientras Clelia esperaba el camión acompañada por cinco de sus seis hijas, escucharon una sirena. Todas se miraron preguntándose a quién irían a buscar. La sorpresa fue que las buscaban a ellas. Un vecino, que era policía, las había denunciado como subversivas y de ahí se llevaron detenidas a las cinco hijas de Clelia hasta la Comisaría 13.^a. Por alguna razón, a ella no la detuvieron:

«Mi mamá le gritaba “llevame presa a mí, largá a las chicas”. No, le decía el comisario. Y su argumento era que, si nos dejaba libres, ella iba a volver. Los viejos tenían amigos dentro del Ejército, de la parte

nacionalista. Recuerdo al coronel Daño. Nos tuvieron ahí todo el día mientras nos decían cosas horribles como, por ejemplo, “son seis, faltaría un par más y podríamos hacer una gran orgía”. Estuvimos todo el día escuchando esas cosas hasta que, a la noche, oímos que desde la radio decían: “Habla el teniente coronel Daño; que las chicas Isasmendi no se muevan de ahí hasta que yo llegue”. Ahí nos sacaron del calabozo y nos pasaron al casino, o lo que ellos llaman el casino. Y nos vino a buscar Daño a las doce de la noche. Recuerdo que nos dijo “no se mueven sin mí, porque las chupan a todas otra vez en la esquina”»^[22].

Primero en la Argentina y luego en Latinoamérica, Clelia y Podestá fueron los fundadores del Movimiento de Curas Casados. Hacia mediados de los 80, su militancia se concentró en el trabajo con ese grupo. Realizaban muchos viajes por la región y reuniones locales. Unos años después armaron la Federación Internacional.

Jerónimo sufrió el desprecio de los sacerdotes, sobre todo cuando se puso a militar de lleno en el Movimiento de Curas Casados. Con el correr de los años, el único que se le acercó fue Jorge Bergoglio^[23].

Jerónimo se había levantado un día con la idea de pedir una audiencia con el entonces cardenal Bergoglio. Clelia intentó convencerlo de que no era una buena idea porque ya le había pasado con Quarracino, quien, a pesar de haber sido compañero de seminario y tener los dos la misma edad, le había negado el encuentro cuando se lo había solicitado. Clelia temía que le pasara lo mismo con Bergoglio, pero, para sorpresa de ambos, el cardenal aceptó el pedido y recibió a Jerónimo.

Pudieron reunirse por primera vez en 2000. Jerónimo ya no estaba bien de salud. Desde 1994 padecía una insuficiencia cardíaca que requería cuidados y había empeorado en esos meses. A principios de mayo de ese año fue internado por primera vez. Estaba en la clínica San Camilo y, cuando Bergoglio se enteró, le pidió permiso a Clelia para ir a visitarlo y darle la unción de los enfermos. En junio, cuando fue internado por segunda vez en terapia intensiva, Clelia llamó a Bergoglio para decirle que las monjas del sanatorio no la dejaban entrar a verlo.

El cardenal ordenó a las monjas que la dejaran estar las veinticuatro horas junto a Jerónimo, y así fue. Clelia pudo estar a su lado los cuatro días que permaneció en coma. Luego de su muerte, Bergoglio comenzó a llamar a Clelia todos los domingos a las tres de la tarde. Hablaban durante horas. En varias oportunidades, ella le dijo que algún día sería Papa. Cuando en marzo

de 2013 fue elegido, el flamante Papa Francisco la llamó por teléfono para preguntarle dónde llevaba escondida la escoba.

Ya como el Papa Francisco, se siguieron comunicando por teléfono los domingos a la hora establecida, aunque por diferentes razones los llamados llegaban fin de semana por medio. Clelia, por las dudas, cada domingo elegía permanecer en su casa. La última charla la tuvieron el domingo 3 de noviembre de 2013. El lunes 4, Clelia murió.

Clelia y Jerónimo se habían casado en 1994. Fue idea de Jerónimo, quien consideraba que era necesario como una forma de proteger a Clelia en caso de que a él le pasara algo. Además, resultó una muy linda excusa para celebrar. Ese día, luego del registro civil, fueron directo a su casa para brindar con familiares y amigos. Algo sencillo e íntimo, sólo para los amigos más cercanos.

Siempre fueron una familia muy unida. Solamente el exilio los separó, pero, a pesar de la distancia, lograron mantener intacto el espíritu familiar. Clelia y Jerónimo siempre estuvieron juntos. Y probablemente esos encuentros se estén recreando aún hoy en alguna otra dimensión, desde ese lunes 4 de noviembre de 2013, cuando volvieron a estar unidos para toda la eternidad.

Besos

Gabriela Mistral

Hay besos que pronuncian por sí solos
la sentencia de amor condenatoria,
hay besos que se dan con la mirada
hay besos que se dan con la memoria.

Hay besos silenciosos, besos nobles
hay besos enigmáticos, sinceros
hay besos que se dan sólo las almas
hay besos por prohibidos, verdaderos.

Hay besos que calcinan y que hieren,
hay besos que arrebatan los sentidos,
hay besos misteriosos que han dejado
mil sueños errantes y perdidos.

Hay besos problemáticos que encierran
una clave que nadie ha descifrado,
hay besos que engendran la tragedia
cuántas rosas en broche han deshojado.

Hay besos perfumados, besos tibios
que palpitan en íntimos anhelos,
hay besos que en los labios dejan huellas
como un campo de sol entre dos hielos.

Hay besos que parecen azucenas
por sublimes, ingenuos y por puros,
hay besos traicioneros y cobardes,
hay besos maldecidos y perjuros.

Judas besa a Jesús y deja impresa
en su rostro de Dios, la felonía,
mientras la Magdalena con sus besos
fortifica piadosa su agonía.

Desde entonces en los besos palpita
el amor, la traición y los dolores,
en las bodas humanas se parecen
a la brisa que juega con las flores.

Hay besos que producen desvaríos
de amorosa pasión ardiente y loca,
tú los conoces bien son besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Besos de llama que en rastro impreso
llevan los surcos de un amor vedado,
besos de tempestad, salvajes besos
que sólo nuestros labios han probado.

¿Te acuerdas del primero...? Indefinible;
cubrió tu faz de cárdenos sonrojos
y en los espasmos de emoción terrible,
llenáronse de lágrimas tus ojos.

¿Te acuerdas que una tarde en loco exceso
te vi celoso imaginando agravios,
te suspendí en mis brazos... vibró un beso,
y qué viste después...? Sangre en mis labios.

Yo te enseñé a besar: los besos fríos
son de impasible corazón de roca,
yo te enseñé a besar con besos míos
inventados por mí, para tu boca.

Entrevista a Rubén Dri^[24]

¿Qué pasaba en Latinoamérica con la religión en las décadas del 60 y del 70? Tratemos de comprender el contexto en el que se empieza a hablar de la Teología de la Liberación.

Rubén Dri: Para hablar de la Teología de la Liberación en Argentina hay que mencionar al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, que no es lo mismo. La Teología de la Liberación no surge al mismo tiempo que el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Para que se entienda: hay dos décadas de grandes transformaciones que impactaron mucho en América Latina y en el centro de Europa. Un ejemplo fue el Mayo Francés. Se producían en todas partes grandes movilizaciones juveniles porque hubo una toma de conciencia generalizada, pero también por la influencia de la Revolución Cubana. Se diría que hasta ese momento éramos países dependientes y dominados, y que asumimos que debíamos trabajar para la liberación. Esto significaba que el ser humano pudiera comer, tener su casa, acceder a la cultura, etcétera... Todo lo que producía esa dependencia impactaba en nosotros como cristianos pero, además, como militantes de la iglesia como sacerdotes. Porque los que hemos hecho la carrera y nos hemos comprometido con el sacerdocio, siempre entendimos que la mejor manera de ser fiel a nuestra fe es ser fiel a nuestro compromiso con el prójimo. Pero, claro, hay miles de maneras de amar al prójimo y ahí está el problema. Lo concreto es que las décadas del 60 y del 70 fueron de grandes movilizaciones, de grandes transformaciones, y nosotros, desde el sacerdocio, tomamos conciencia de que debíamos adherir al proyecto de Jesús de Nazaret, que es lo mismo que decir a un proyecto de liberación. Porque Él no murió en la cruz porque no le gustaba a Pilatos o al Imperio Romano sino que, en realidad, lo sometieron a ese suplicio porque tenía un proyecto subversivo, un proyecto en contra del Imperio Romano, en contra del sacerdocio judío. Entonces, nos fuimos mezclando con los sectores populares y leímos sobre el significado de la palabra «opresión», sobre el hambre, sobre la importancia de ir a la escuela. Ya no alcanzaba sólo con salvar el alma o ayudar desde un plano de

superioridad. Comenzamos a pensar en la recuperación del sujeto como sujeto y a darles a los sectores populares las herramientas para su propia liberación.

Antes cité a la Revolución Cubana y al Mayo Francés, pero en ese tiempo también sucedieron la Revolución Argelina y la Vietnamita. Y nosotros estábamos en medio de todo eso con una iglesia que, a su vez, también entró en un proceso de renovación, único en la historia, que se había iniciado con el Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, que significó una apertura a los problemas del mundo moderno y abrió las compuertas al interior de la Iglesia. Así nos sentíamos. No sólo éramos legitimados, sino también impulsados por las reformas. Estábamos redescubriéndonos y redescubriendo el mundo. Nos repensábamos como cristianos y como sacerdotes. Y ahí es cuando podemos insertar lo que se llamó Teología de la Liberación, un movimiento que surgió a principios de 1968, más allá de que distintos grupos ya estábamos comprometidos a nivel social y a nivel político. De manera que, cuando llegó la propuesta del movimiento, enseguida hubo una adhesión masiva.

Primero estuvo el Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo, liderados por *Hélder Câmara*, quienes sacaron un escrito que a nosotros nos impactó muchísimo porque se hacía una crítica al capitalismo y planteaba el socialismo como organización político social. Ya desde ese momento no nos podíamos pensar sin un compromiso social y político, y sin sentir que el amor al prójimo debía ser concreto. Pero, como siempre pasa, hubo contradicciones internas. Nos organizamos horizontalmente y estábamos en contra de la Iglesia. Fundamos un boletín y una revista interna que llamamos *Enlace* para comunicarnos con otros sacerdotes y enterarnos de lo que estaba pasando. Y entonces llegaron los debates internos, porque la mayoría adheríamos al peronismo pero de manera diferente. Y entonces empezó a correr en forma paralela el movimiento colectivo y el compromiso político, porque una cosa era comprometerse políticamente y otra, en lo partidario. Es decir, nosotros como sacerdotes podíamos pertenecer a la Juventud Peronista, que después fue Montoneros, o al ERP o al Peronismo de Base, o directamente al socialismo. Y así, con el tiempo, nadie le preguntaba al otro dónde estaba militando. Eso corría por cuenta individual. Y además estaba la represión. Entonces, cuando había un secuestro salíamos inmediatamente, hacíamos denuncias, nos pronunciábamos políticamente; pero nos cuidábamos en lo partidario para no comprometer al movimiento. E insisto, por la represión. Porque estábamos todos apuntados. Para decirlo de forma simple: a nadie le molesta que se atienda a un pobre, que se le dé de comer, la beneficencia; pero sí molesta cuando se intenta darle las herramientas necesarias para que

se concientice y salga a luchar por su propia liberación. Ahí ya no pasás inadvertido.

Usted decía que esto empezó a gestarse en el 68. A medida que pasaban los años, ¿cómo fue el compromiso político?

Nuestro compromiso se fue profundizando a la par de que se profundizaba la represión. Yo participé en seis encuentros entre el 68 y el 73. En el último, el del 74, no participé porque ya estaba clandestino. En la última reunión del encuentro nacional hubo mucho debate sobre el peronismo y sobre la Iglesia. No llegamos a ningún acuerdo. Recuerdo que estaba Podestá, pese a que el nuestro era un movimiento de sacerdotes vedado a los obispos. En los encuentros no participaban los laicos ni los obispos, porque no queríamos meterlos en nuestros propios problemas. Pero a Podestá ya lo habían bajado y luchaba por otra concepción de Iglesia. Nosotros, en cambio, no queríamos reformar a la Iglesia. Queríamos volcarnos totalmente hacia la transformación y propiciar la revolución, pero no deseábamos pelearnos con los obispos. Sabíamos que finalmente iba a pasar, porque nuestro compromiso inevitablemente iba a crear contradicciones y conflictos. Decía que en esa última reunión, en la que estaba Podestá con el grupo de Rosario, se discutió la pertenencia a la Iglesia y la obediencia. El grupo porteño de Mujica, Ricciardell y Vernazza sostenía que debíamos permanecer dentro de la Iglesia. La mayoría de nosotros no estaba de acuerdo porque nos habíamos propuesto, desde un principio, no meternos a reformar la Iglesia, no luchar por derechos sacerdotales, que sería como luchar por el gremio. Queríamos volcarnos a la transformación, a la revolución, a la liberación. Eso se discutió, pero no nos pusimos de acuerdo. También se habló de la represión, ya que estábamos en el 73 y padecíamos persecuciones. Sin ir más lejos, en agosto del 74 pude escapar de Resistencia mientras era perseguido por el Ejército. Por esos días cayeron presos la mayoría de mis compañeros y yo pasé a la clandestinidad. Después hubo otros intentos para seguir reuniéndose, pero ya estábamos complicados y dejamos de existir como movimiento.

Volviendo a la Teología de la Liberación, ¿cómo la incluían en ámbitos por fuera de la Iglesia?

La Teología de la Liberación surgió en lugares con curas comprometidos o laicos comprometidos. Se dio muy fuerte en los sectores de campesinos, en

las ligas agrarias, con los trabajadores en los gremios, y después en la educación. Y ahí nos vinculamos con Paulo Freire, o sea con la educación para la libertad. Con esto quiero decir que la Teología de la Liberación no nació en la Iglesia, no nació en una academia. Se habla de un fundador, Gutiérrez, un cura para el Tercer Mundo peruano, que es quien escribió el primer libro, que se llamó *Teología de la Liberación*. Pero el nacimiento no fue con ese libro. Gutiérrez fue el primero que le dio un contexto. En definitiva, la Teología de la Liberación no nació en la estructura de la Iglesia; nació en la práctica, en las villas, en los barrios... Después se fue transformando culturalmente para llegar incluso a una especie de ciencia, a una teología. Se comienza a estructurar y ahí hay diversas ramas o diversas maneras de pensarla. Hay corrientes en las que el marxismo influyó más y en otras influyó menos. Con esto digo que no es algo monolítico ni tampoco una propuesta de nuevos dogmas. Es otra manera de mirar los grandes problemas desde el proyecto originario de Jesús de Nazaret.

¿Cómo se vivían en ese momento los enfrentamientos?

Los enfrentamientos fueron muy fuertes. Recordemos que en el 66 estaba la dictadura de Onganía, la de Levingston y la de Lanusse. Eso ocurrió entre el 66 y el 73. Pero las grandes tensiones comienzan cuando nosotros nos enteramos del avance del Concilio Vaticano II y empezamos a reunirnos para estudiar los problemas. Hubo muchos conflictos con los obispos. A mí, una vez, me sacaron de la Catedral con el carro de asalto. No queríamos tener enfrentamientos con los obispos pero se producían porque, si nosotros transformábamos a la Catedral en el centro de toda la problemática social, era imposible que no reaccionaran los obispos pero, fundamentalmente, la clase media que iba allí a escuchar misa. Por otra parte, como estábamos en una etapa de grandes transformaciones, queríamos llevar adelante ciertas utopías. Por ejemplo, queríamos transformar el sermón en un diálogo con el público. Y en esos diálogos estaban los militantes que, a su vez, planteaban problemas fuertes. Entonces, había señoras de la clase media que se escandalizaban y nos denunciaban al obispo. Recuerdo que el principal planteo era: «¿Por qué, en lugar de dar misa, hacen política?».

O sea, una mala palabra.

Yo tuve ese conflicto en Corrientes. Allí, el obispo Vicentín excomulgó al cura Mature, quien fue respaldado por los curas para el Tercer Mundo, y entonces redobló la apuesta y lo suspendió. Para que entiendas: con la excomunión estás directamente afuera, y con la suspensión ya no podés ejercer más como sacerdote, no podés celebrar misas, etcétera. La respuesta de los curas a las sanciones de Vicentín fue tomar las capillas y las iglesias.

¿Los fieles apoyaban a los sacerdotes?

Era contradictorio. Tuvimos mucho apoyo de los sectores populares, pero la clase media estaba dividida. Algunos apoyaban, pero con otros había conflictos muy fuertes. En Rosario, el obispo Bolatti, de hecho, suspendió a todos los curas para el Tercer Mundo. Puedo citar una cantidad innumerable de conflictos de ese tipo.

¿El movimiento estaba extendido en todo el país?

Absolutamente. De Salta no me acuerdo, pero sí en Tucumán y Jujuy, por citar a dos provincias muy alejadas. En el sur, en El Bolsón también había. Después estaban los centros más importantes, como Córdoba, Santa Fe, Chaco... Era un movimiento nacional.

¿Había otros movimientos que convivieran con el de ustedes dentro de la Iglesia?

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo fue el más importante, el que tuvo más influencia. En un momento determinado, la prensa se hacía eco de todo lo que hacíamos, de lo que no hacíamos, de lo que denunciábamos... No era todo a favor; también había cosas en contra. La oposición surgió de la Iglesia Católica. Algunos grupos de iglesias protestantes participaron también. Incluso hubo quienes aportaron teológicamente, como Míguez Bonino, pero fueron sectores minoritarios. Después estaban nuestras relaciones con los movimientos sociales, políticos, culturales. O con la CGT de los Argentinos. Yo era muy amigo de Raimundo Ongaro. De hecho, participamos de la CGT de los Argentinos.

Usted pasó a la clandestinidad y el movimiento se disolvió...

Yo pasé a la clandestinidad, algunos se defendieron y a otros los mataron. Estuve dos años clandestino en Buenos Aires, al escaparme del Chaco, pero mi militancia fue en Resistencia. Por esa época milité con el mayor Bernardo Alberte, quien había sido delegado de Perón y pertenecía a la izquierda peronista, al peronismo combativo. Conseguí trabajo en un frigorífico durante dos años, hasta que vino la dictadura militar y en agosto armé mi salida clandestina hacia México. Me quedé ocho años en México. Lamentablemente, no existe más el movimiento como organización nacional, pero sí existieron trabajos y muchos siguieron trabajando, siguieron agrupándose. En algunas diócesis, como por ejemplo Neuquén, monseñor De Nevares los protegió y pudieron seguir militando.

La dictadura arrasó con todo.

El movimiento terminó ahí, pero se mantuvieron las ideas. Aquellas transformaciones que se habían producido siguieron generando efectos. Algunos grupos trabajaron como pudieron, ya que durante la dictadura era muy complicado levantar la cabeza. Especialmente porque la cúpula de la Iglesia estaba totalmente comprometida con el Proceso. De hecho, con su silencio avalaron que matasen incluso a obispos. El compromiso de la Iglesia con los militares fue escandaloso. Lo sentimos como una traición. Fue lamentable, pero así sucedieron las cosas.

Ya en democracia, ¿hubo algún fenómeno similar?

Con Alfonsín, nos encontramos con un país que venía de una derrota muy profunda. Era un país que no estaba pensando en soportar transformaciones revolucionarias. La lucha se dio por el lado de los derechos humanos. Lo de las Madres fue ejemplar, surgieron los organismos de derechos humanos, los valores democráticos. Nosotros, la verdad, no pensábamos mucho en la democracia porque veíamos las cosas de otra manera. Queríamos que el pueblo se organizara para tomar el poder, para una democracia popular. Cuando volví de México en el 84, seguí con las ideas tercermundistas, aunque ya no como cura, porque terminé con esa etapa cuando pasé a la clandestinidad. Entonces organicé un grupo que se llamó Encuentro Cristiano, para militar en el área cristiana, trabajando por los valores democráticos, los derechos humanos, para recuperar la memoria histórica y todo eso que formó parte de aquella etapa.

¿Qué ideas del movimiento cree que prosperaron?

Las ideas no mueren. Fecundan. Pero surgen de otra manera. Vos tenés hoy los Curas de la Opción por los Pobres, que son una continuación del Movimiento de los Curas para el Tercer Mundo. En otro contexto, con toda su originalidad, pero es lo mismo. Vos tenés los Curas Villeros o el Movimiento de Fe y Política, que tiene su epicentro en Santiago del Estero. No son muy conocidos, pero yo suelo ir allá. Con esto quiero decir que hay una recuperación de las ideas, no todo ha muerto. El Movimiento de Curas para el Tercer Mundo murió en el tiempo y no hay que resucitar a los muertos. Eso suele ser una tentación. Pero, para mí, lo importante es que todas esas ideas hayan fructificado de otra manera. Yo he mantenido mi militancia en muchos ámbitos, y también académicamente. Tengo una cátedra que fundé en el 86 de Sociología de la Religión, donde trabajamos estas ideas. O sea que las transformaciones perduraron en el tiempo y seguramente alguna vez se terminarán produciendo.

CAPÍTULO 2

Alicia Alfonsín y Damián Cabandié

Amo, amas...

Desde que tenía 7 años, Alicia empezó a caminar sola la cuadra y media que separaba la casa familiar del club del barrio. Disfrutaba de esa extraña sensación de libertad que sentía al andar por la calle sin su mamá y sin su papá. Se imaginaba grande, independiente, más segura de sí misma. La confianza que le dispensaban sus padres también la llenaba de orgullo; era la confirmación de que la consideraban una chica responsable, capaz de cuidarse sola. En el Club Deportivo y Social Colegiales^[25] jugaba al básquet con el número 6 en la espalda y era una de las goleadoras del equipo.

Alicia desarrollaba una intensa vida social en el club. Su grupo de pertenencia se componía de amigas —más y menos íntimas— y compañeras —más o menos cercanas—. Los días transcurrían parecidos para ella. La caminata hasta Teodoro García 2860, a pasos de la estación Colegiales del Ferrocarril Mitre; el aprendizaje para jugar en equipo, los éxitos y las derrotas deportivos, las horas y horas de entrenamiento, las charlas de amigas... Hasta que la niña dio paso a la adolescente dulce y alegre; hasta que la adolescente se convirtió en la prematura mujer idealista; hasta que esa mujer jovencísima conoció a quien sería el gran amor de su vida: Damián, el padre de su hijo Juan.

Damián, que se había mudado a Colegiales a los 11 años, llegó al club cuando cerraron la Unidad Básica Beto Simona^[26], ubicada sobre Zabala. Luego de la muerte de Juan Domingo Perón^[27], aumentó la persecución a los grupos juveniles peronistas, a Montoneros^[28] y a la Juventud Peronista (JP)^[29]. Muchas unidades básicas tuvieron que cerrar sus puertas. Para seguir con la tarea social que venían haciendo, la estrategia de los militantes de la Beto Simona fue simular el armado de una obra de teatro en el club del barrio.

Cuando Alicia y Damián se conocieron, ella tenía 15 años y él, 17. Y al poco tiempo se enamoraron y el mundo de Alicia dio una vuelta de campana. Sus padres, que hasta ese momento habían sido su principal sostén, no apoyaron la relación con Damián y mucho menos su compromiso con sus nuevas inclinaciones políticas. Era 1975 y Alicia, como tantos otros jóvenes, tenía inquietudes sociales y admiraba al *Che* Guevara, pero todo dentro de lo que, para los adultos, era normal. Cuando empezó a salir con Damián y a acompañarlo a la villa de Colegiales^[30], a la General Mitre, sus padres

creyeron que el compromiso de Alicia superaba por mucho al de la clase media progresista y lo consideraron inadmisibile.

Alicia

Desde que Alicia nació el 5 de enero de 1961, su vida fue fluyendo de acuerdo a las normas clásicas de una tradicional familia de clase media. Formaba parte de ese molde que parecía uniformar a los jóvenes de fines de los 60, el mismo que estalló por los aires a mediados de los 70. Por eso Alicia asistió a un colegio de monjas y hacía deportes en el club de su barrio. Era dulce y callada pese a que siempre aparentó más edad de la que en realidad tenía.

Su papá *Coco*, como lo conocían en el barrio y como lo llamaban todos, era aeronáutico; su mamá, *Coca*, se desempeñaba como ama de casa. Tuvieron cuatro hijos: Juan Carlos, Liliana, Eduardo y Alicia.

Cuando el dinero alcanzaba, el destino elegido para las vacaciones por la familia Alfonsín era la costa atlántica. La infancia de Alicia junto a sus tres hermanos mayores fue tranquila. Era buena alumna y, sobre todo, una excelente basquetbolista. Se lucía tanto en los entrenamientos como en los partidos. Era la goleadora del equipo y su eficacia con los tiros libres rozaba el ciento por ciento.

«Alicia era, más allá del mito que se generó con los años, una jugadora de básquetbol muy especial. Jugó hasta cadetas, es decir, hasta los 17 años. Pero incluso llegó a jugar en Primera ya que, desde esos años, intentamos sumar al primer equipo a los jugadores de las divisiones más chicas. Alicia jugaba porque se la bancaba y porque el equipo que teníamos necesitaba a una jugadora como ella. Era más sanguínea que técnica. Tenía una fortaleza demoledora. Tengo recuerdos de verla entrar en bandeja para convertir un doble ya que, pese a que era pequeña, era muy atlética»^[31].

Alicia llegaba al club con sus botas de gamuza, sus *jeans* pata de elefante y su pelo largo suelto. Entraba al vestuario. Se vendaba, se ponía el equipo del club, se recogía la cabellera castaña y se calzaba sus mejores zapatillas para salir a la cancha. Se podía decir, sin miedo a equivocarse, que Alicia era una pieza clave en el equipo.

Más allá de su pasión por el básquet y de la personalidad avasallante que transmitía en la cancha, Alicia era muy reservada. Pocos sabían detalles de su vida personal, de sus sentimientos profundos o de sus inquietudes. Era una adolescente más bien introvertida, observadora, que tenía su propio mundo y lo manifestaba de una manera muy diferente a la del resto de sus compañeras de equipo y de las chicas de su edad.

Sus padres eran antiperonistas y no tenían ningún compromiso con la militancia política.

Juan Carlos, el hermano mayor de Alicia, era el único en la familia que tenía ciertas inquietudes, aunque más del tipo intelectual. Tenía afinidad con el pensamiento progresista y de izquierda, y fue quien en un principio le acercó material de lectura política a su hermana. De estos intercambios surgió la profunda admiración de Alicia por el *Che*, la Revolución Cubana y Fidel Castro.

Durante su niñez, Alicia vivió a la vuelta del club donde el tango había dominado el escenario con grandes valores como Aníbal Troilo, Osvaldo Pugliese y el *Polaco* Roberto Goyeneche.

«Alicia era una hija de este club, una histórica de toda la vida. Era de este barrio, vivía en Zapiola y Palpa; provenía de una conocida familia del club. Era la época en que las familias venían, jugaban al básquet, hacían algún deporte en el club, cenaban y socializaban. Para decirlo con todas las letras: era una clásica familia de clase media»^[32].

El Club Deportivo y Social Colegiales fue también un lugar de encuentro social. Adultos, jóvenes y niños se reunían en el patio central para escuchar tango y se organizaban recitales de rock. En varias oportunidades Alicia fue parte de la organización de festivales en los que tocaron el *Flaco* Luis Spinetta^[33] y Manal^[34].

«Le gustaba lo que se llamaba la música más progresiva en esa época, cosa que a Damián también le interesaba. Ese mundo existía, era así; aunque hoy parece que estoy contando *Tango feroz*^[35]. Pero es tal cual; ahí debajo de ese arco cantaba el *Flaco* Spinetta u otras bandas; como por ejemplo Manal. Eso le atraía y fue lo que la conectó con Damián»^[36].

También la cautivaban los temas musicales de bandas como Vox Dei^[37], Almendra^[38] y Aquelarre^[39].

Comenzó la escuela secundaria en el colegio religioso y de mujeres Compañía de María, ubicado en Céspedes al 3100, pero frente a los compromisos de la militancia tuvo que cambiarse para cursar en el turno noche. Era buena estudiante y lectora. Le gustaba escribir versos y leer poesía.

La relación con su familia nunca había sido extraordinaria pero empeoró cuando empezó su noviazgo con Damián. Se llevaba mal con su mamá porque sentía que no la comprendía. Sólo con su hermano Juan Carlos podía mantener una conversación, y la contenía en el mundo que se abría frente a sus ojos. A pesar de la resistencia familiar, siempre defendió sus ideales, sus inquietudes y su amor por Damián, al que se oponían tanto *Coco* como *Coca*.

«Para estar con Alicia había que bancársela, porque el lugar desde donde miraba el mundo era muy especial. Damián era más cercano a ella que otros pibes. Es más, había muchos otros pibes que gustaban de Alicia, pero no podían estar con ella porque no dejaba que se le acercaran. Lo más parecido a Alicia que había en el club, aunque con cabeza de varón, era Damián. Así que no había forma de que no se encontraran. A Damián le gustaban las mismas cosas que a Alicia, y Alicia, una vez que lo conoció, se bancó estar al lado de un tipo que llevaba una vida en la que sus ideales siempre estaban por delante»^[40].

Damián

Aunque lo anotaron el 16 de junio de 1958, Damián nació dos días antes, el 14, en la provincia de Entre Ríos. Al poco tiempo sus padres se mudaron a Buenos Aires. La mamá de Damián, Ita, tenía otro hijo, apodado *Chato*, de un matrimonio anterior. Ya separada de su primer marido, conoció a Wilfredo, con quien tuvo a Damián, el primer hijo de la pareja.

El hecho de que Ita estuviera separada, con un hijo de su matrimonio anterior, no estaba bien visto en la sociedad entrerriana y por eso decidieron comenzar una nueva vida, lejos de la mirada ajena y de las críticas moralistas y conservadoras.

Ya instalados en Buenos Aires, nació Ricardo, el segundo hijo del matrimonio de Ita y Wilfredo. A los pocos meses, la pareja se separó e Ita se

quedó viviendo en San Miguel, mientras que Wilfredo se mudó a la capital, donde formó una nueva familia con Muñeca, también separada y con una hija, Mariel.

Wilfredo y Muñeca trabajaban en ENTel^[41], donde años después ingresaría Damián y se convertiría en delegado gremial.

Damián tenía 11 años cuando se mudó con su padre y Muñeca a Colegiales. Ricardo se sumó un tiempo más tarde. Mariel, tres años más grande, compartía habitación con Damián. En la pared del lado de él colgaban fotos y pósters de automovilismo, su gran pasión, además de la política; del lado del que dormía Mariel las paredes estaban cubiertas con afiches de rock.

En la adolescencia, Mariel también militaba, pero en la Fede^[42], y Damián siempre intentaba convencerla de que el camino era el peronismo y no el comunismo. Mariel y Damián siempre se llevaron muy bien, aun frente a las diferencias políticas, y eran muy respetuosos el uno con el otro. Wilfredo era el único que no aceptaba las distintas opiniones y se enojaba cada vez que aparecía el tema de la militancia de los integrantes de su familia.

Como le pasaba a Alicia, la familia de Damián no tenía inquietudes políticas y era, básicamente, antiperonista. Sin embargo, con la desaparición de Damián, Muñeca será una ferviente militante del Partido Comunista^[43] y de Abuelas de Plaza de Mayo^[44]. Ella siempre sintió a Damián y a Ricardo como sus propios hijos.

«Tengo papelititos en los que me ponía “ma, me voy a cortar el pelo”, “ma, despertame”, era como si yo fuera la mamá. Cuando trabajaba en teléfonos, Damián me esperaba con la comida. Siempre me hacía churrascos. Damián tenía locura conmigo y yo con él. Nos queríamos mucho. Él limpiaba toda la casa, era muy ordenado; igual que Juan ahora. Tenía siempre ordenadito el placar, siempre ordenadita la pieza»^[45].

Muñeca fue el motor de la búsqueda de Juan, el hijo de Damián y Alicia, quien nació en la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA)^[46]. Este compromiso significó un cambio radical en la pareja que constituían con Wilfredo. Ideológicamente, Wilfredo era conservador y, además, negador de la realidad. Tras muchos años de discusiones, el matrimonio se desintegró. Wilfredo jamás aceptó el compromiso de Muñeca con los derechos humanos y mucho menos su militancia en el PC.

Muñeca rememora la mala relación que tenía Damián con su padre, *El Gringo*, como lo llamaban los amigos a Wilfredo. Además de lo ideológico, también mantenían diferencias deportivas: *El Gringo* era hincha de Boca y amaba el boxeo; Damián era de River y se apasionaba con el automovilismo. «Damián era hincha de River y su papá, de Boca. Es algo raro, pero ejemplifica lo cruzados que estaban en sus vidas»^[47].

Hay un episodio que Muñeca recuerda como si fuera hoy: fue el día que se trezaron a golpes de puño en la cocina. Damián quería explicarle a Wilfredo cuál era su lucha y qué ideales lo movían, pero su padre lo cuestionaba y lo descalificaba. Damián perdió la paciencia y empezó a levantar la voz y a golpear la mesa: «Acá no me entienden», gritaba. Muñeca quería interceder y trataba de calmar los ánimos, le hacía preguntas a Damián para que él pudiera expresarse y confiara en ellos, pero *El Gringo* interrumpía permanentemente la conversación:

«Al final se agarraron a las trompadas, me rompieron todas las manijas de la cocina, porque Wilfredo lo tiró contra la cocina y él le devolvió el empujón. Nunca lo vi a Damián contestarle al padre y darle una trompada. Solamente ese día. Fue un quiebre para los dos»^[48].

Los que lo conocieron a Damián aseguran que era un pibe aplicado, «cero vaguito, más bien todo lo contrario». Era fanático del automovilismo y le gustaba pescar.

«Practicaba *hobbies*; le gustaba la pesca, lo que demuestra ese carácter de bajo perfil que tenía. No era un ogro ni un ermitaño, pero se mantenía al margen, como apagado. Iba a pescar seguido, con compañeros, con amigos o con algún tío de su familia materna. Tenía cañas y toda una colección de anzuelos»^[49].

También le gustaba hacer asados y era un buen cocinero, tanto en los campamentos como en su casa. Le daba mucho placer sorprender a Muñeca cuando llegaba de trabajar y la esperaba con la comida preparada. A Damián le encantaba el pastel de papa y el budín de pan que le hacía Muñeca.

Su militancia comenzó en la secundaria de la Escuela Técnica N.º 34 Ingeniero Enrique Martín Hermitte, de Villa Crespo. Allí se integró por primera vez a la Unión de Estudiantes Secundarios, la famosa UES^[50].

Enseguida se acercó al peronismo y se unió a la JP. Y cuando comenzó a trabajar en ENTel, pasó muy rápido a ser elegido delegado.

Damián realizó tareas sociales en la villa de Colegiales y militó en la Unidad Básica Beto Simona, hasta que la tuvieron que cerrar después de la muerte de Perón. Ni bien el viejo general salió de escena, el clima de persecución implementado por las fuerzas de seguridad y las parapoliciales se incrementó día a día. Lejos de sentirse amedrentados, los militantes buscaron la forma de continuar con su idea de obtener una sociedad más justa. Fue entonces que, estratégicamente, eligieron al club del barrio para simular el estreno de una obra de teatro, hacer base y continuar con la militancia.

Wilfredo, el padre radical y antiperonista de Damián, no aceptaba su militancia y el clima se fue tornando cada vez más espeso en la casa familiar. Muñeca define aquel momento de la vida:

«Damián empezó a ir al colegio a la noche y le dio un marco más político a su militancia. Seguramente algo lo atravesó ideológicamente. Pese a tener 17 años, se convirtió en un pibe muy independiente y desmontó el vínculo familiar. Yo creo que fue una consecuencia no deseada por Damián, pero necesaria para sostener lo que pensaba»^[51].

Damián no era deportista y jamás había ido al club del barrio, pero la necesidad de encontrar un lugar donde continuar con la militancia lo llevó a ese espacio donde Alicia jugaba como local desde hacía ya varios años. Damián no tenía un grupo de pertenencia allí y su vínculo era Carlos Funes, el actual presidente del club y ex cuñado de Damián.

«Venía solo —explica Carlos— y la persona más cercana era yo. Lo cuidaba mucho, pero a veces lo peleaba para que no me armara un bardo montonero en el club. Todas esas cosas ahora las veo con culpa, porque el flaco era un pendejo que hacía teatro. Teníamos una subcomisión de jóvenes que organizaba fiestas para los pibes y hacía su aporte en ese espacio. Tenía perfil bajo, pero era un gran constructor, un laburante, redisciplinado; no era como esos adolescentes que duermen hasta el mediodía. Damián era aplicado, tenía una cabeza distinta. A los 16 o 17 años, ya era un pibe más maduro que cualquier otro de su edad. Damián, definitivamente, ya era un militante político»^[52].

Alicia y Damián

Alicia y Damián se conocieron a fines del 75, se enamoraron, militaron juntos y se casaron. El 23 de noviembre de 1977 fueron secuestrados. Alicia estaba embarazada de cinco meses y medio. Su hijo, Juan, nació en la ESMA y fue entregado a un matrimonio que lo anotó como propio. Recuperó su identidad luego de una intensa e incesante búsqueda que encabezaron Muñeca y las Abuelas de Plaza de Mayo.

El escenario del encuentro entre Alicia y Damián fue el Club Deportivo y Social Colegiales, donde era muy común que se formaran parejas. Esas uniones solían convertirse en un hecho social, pero ese no fue el caso de Alicia y Damián. Por el contrario, ellos se apartaron de esa norma y vivieron la relación, al menos al comienzo, como algo más íntimo. Sólo unos pocos amigos sabían que eran novios.

Carlos lo deja muy claro:

«No se los veía abrazados. También se mezcla mucho en esta historia todo el asunto de la legalidad y de la ilegalidad. Ya en la época que se conocieron, Damián estaba militando en una organización que era perseguida»^[53].

Damián militaba en la JP y Alicia era admiradora del *Che* Guevara. A partir del vínculo que construyó con Damián, se despertó en Alicia su interés por el peronismo y la militancia. Juntos hicieron trabajo social en la villa de Colegiales y donde se levantaba la cancha del Club Fénix.

La relación que tenían no era bien vista por ninguna de las dos familias. Solamente Muñeca fue incondicional a los deseos y a las decisiones de quien crió, quiso y cuidó como si fuera su hijo biológico.

La relación entre Alicia y Damián avanzaba. Cada día estaban más enamorados y más comprometidos con la militancia. Al mismo tiempo, se incrementaron para Alicia, tal como le ocurría a Damián, los conflictos familiares. Ni bien ponía un pie en su casa, comenzaba la catarata de reclamos, gritos y amenazas acerca de que no volvería a salir y, mucho menos, para encontrarse o relacionarse con Damián. Los padres de Alicia estaban desquiciados con la relación, hasta el punto que un día hicieron realidad las amenazas y la encerraron para que no volviera a verse con Damián. El encierro duró poco, ya que a los pocos días Damián se presentó en la casa de la familia Alfonsín para plantearles a los padres de su chica que

la relación de ellos era seria y que, pese a su oposición, ellos iban a estar juntos. *Coca y Coco*, muy a su pesar, tuvieron que aceptar el planteo.

Pese a que el viento soplaba en contra, Alicia y Damián siguieron adelante con su relación y con su compromiso militante. Ambos cambiaron sus horarios escolares al turno noche para militar durante el día. Alicia daba clases en la villa y solía llevar a grupos de niños y niñas a la casa de Damián para que Muñeca les preparara la merienda y les lavara la ropa sucia mientras los chicos se bañaban en un lugar calentito, en una casa.

Tras el golpe que derrocó a Isabel Perón el 24 de marzo de 1976 y durante los primeros meses en que se consolidó la dictadura más sangrienta de la historia argentina, *Bebé y Buggie*, como les decían a Alicia y a Damián, estuvieron lejos de amedrentarse y de abandonar la militancia, a pesar del pedido a gritos de los familiares y de algunos amigos.

Una de las primeras medidas que tomó la dictadura fue suspender las actividades políticas y gremiales, intervenir la CGT^[54] y la CGE^[55], cerrar el Congreso Nacional y dejar sin vigencia la ley de leyes, es decir, la Constitución nacional.

«Nuevo Gobierno» fue el título principal del diario *Clarín* en su edición del 25 de marzo de 1976. «Total normalidad: las Fuerzas Armadas ejercen el gobierno» tituló en tapa al día siguiente. «El general Videla fue designado presidente», dijo *La Opinión* en su tirada del sábado 27 de marzo; *Última Hora* sintetizó: «Cayó Isabel».

Pero para los militantes las cosas se complicaban cada día más, al punto que por esos días ningún amigo o compañero cercano a la pareja tenía noción de dónde estaban viviendo. Damián seguía trabajando en ENTel y, como era delegado, Muñeca andaba preocupada por su vida, ya que conocía y sabía de la vehemencia con que se desempeñaba su hijo en las asambleas. Ella era consciente de que el clima represivo se estaba incrementando cada día con la consolidación del gobierno *de facto*.

Damián escuchaba las sugerencias de moverse con cuidado, pero no estaba dispuesto a modificar su compromiso militante. «Yo le decía: “Damián, no arengues ahora arriba de un banquito, porque están los militares”. Y él me decía: “¿Qué me van a hacer? Yo no estoy haciendo nada malo”. Y mirá cómo se lo llevaron... nunca más supimos de él»^[56], recuerda Muñeca.

Alicia también continuaba con su tarea social en la villa y visitaba a Muñeca todos los días. Con ella, además de hablar de política y de su relación con Damián, hacía catarsis por la mala relación que tenía con su familia, en

especial con su madre, a quien prácticamente no veía. Se sentía incomprendida y abandonada por sus padres.

«Un día Alicia me dejó una cartita que decía: “Si a mí me llega a pasar algo, no le digas a mi mamá que me morí en un accidente, decíle que yo me voy por mi patria”. Me dejó esa carta y yo no sabía dónde la había metido. Lloré muchísimo cuando la encontré hace unos años. Me la dejó y se fue. Ese día no se quedó, como todos los días, a tomar el té. Se había peleado con la madre y estaba muy enojada»^[57].

Las discusiones de Alicia con su madre eran habituales. Alicia se quejaba de la falta de comprensión y entendimiento y Muñeca trataba de explicarle que a Damián le pasaba lo mismo con su padre:

«Vos no te pelees con tu mamá. Dejala... Ella tiene su forma de pensar. No pretendas que te entienda, *El Gringo* tampoco lo entiende a Damián. Para los padres es difícil de comprender»^[58].

En el primer año de la dictadura, mientras se suspendía la actividad política y los derechos de los trabajadores, se intervenían los sindicatos, se prohibía el derecho a huelga y se disolvían el Congreso y los partidos políticos, Damián y Alicia siguieron apostando a sus ideales. Se destituía a la Corte Suprema de Justicia y se intervenía la CGT y la CGE, pero ellos siguieron firmes en sus convicciones. Al tiempo que suspendían la vigencia del Estatuto del Docente, clausuraban locales nocturnos, ordenaban el corte de pelo para los hombres, se quemaban miles de libros y revistas considerados subversivos y se censuraba a los medios de comunicación, Damián y Alicia eligieron celebrar el amor. Ese mismo año, en 1976, se casaron.

En contra de la voluntad de sus familiares, que no los acompañaron, pasaron por el registro civil del barrio porteño de Belgrano y, ante la presencia de Muñeca y de un amigo de Damián de la infancia, se convirtieron en marido y mujer.

Ni *Coca*, ni *Coco*, ni los hermanos de Alicia; ni *El Gringo*, ni los amigos del club... Nadie fue al registro civil ni tampoco a compartir las empanadas que había preparado Muñeca para el festejo. Un poco era por la desaprobación del casamiento y otro poco porque muchos no querían acercarse a una pareja que vivía desde hacía tiempo en la clandestinidad. No hubo brindis ni abrazos ni besos. Y sí muchas ausencias.

Al poco tiempo Alicia quedó embarazada. Ambos estaban felices con la noticia. Como era de esperarse, no ocurría lo mismo con la familia, que seguía sin aceptar el matrimonio. *Coco, Coca, El Gringo* y los amigos, ante la inminente llegada del bebé, empezaron a insistirles para que dejaran la militancia y se fueran a vivir lejos de Buenos Aires. Pero para la pareja esa nunca fue una opción. La posibilidad de abandonar la militancia o alejarse de la ciudad por temor a la acción represiva de los dictadores Jorge Rafael Videla^[59], Eduardo Massera^[60] y Orlando Ramón Agosti^[61].

Sí habían tomado ciertas precauciones y sólo Muñeca sabía que estaban viviendo en una habitación que alquilaban en el barrio de Congreso. Alicia y Damián se comunicaban cada tres o cuatro días para contar cómo iban las cosas. Muñeca fue la que siempre estuvo al tanto de todo lo que les pasaba y hacían, y fue quien los apoyó incondicionalmente en cada una de sus decisiones. Alicia ya no la visitaba tanto, pero cuando se veían preparaban el ajuar para la llegada del bebé.

«Yo le estaba preparando mucha ropita y ella tenía una valija llena. Cuando vinieron a buscarla, los milicos se la llevaron. Primero se la llevaron a ella y después volvieron a la madrugada, entraron al departamento y se llevaron la valija con la ropa del bebé»^[62].

El 23 de noviembre de 1977, a las 18, cuando Alicia regresaba del almacén, diez hombres de civil se dirigieron resueltamente hacia ella y la detuvieron. Estaban armados. El encargado del edificio donde vivía junto con Damián pudo ver cómo fue introducida a golpes en un camión que tenía la leyenda «Sustancias alimenticias». El mismo día, también en la vía pública, Damián fue secuestrado. Según se pudo reconstruir, lo estaban esperando a la salida del trabajo, en la puerta de salida de ENTel.

Muñeca fue la primera en sospechar que algo andaba mal cuando Alicia no fue a visitarla ni la llamó durante dos días seguidos, incumpliendo sin aviso lo que ya era una costumbre.

«Dos días que no vino y no llamó. Era raro que Alicia hiciera eso. Yo sabía que ellos estaban viviendo en una habitación en la calle Solís al 600. Pocos lo sabían. Alicia ya estaba de cinco meses cuando desapareció. Entonces me fui a averiguar y hablé con el portero. Le dije: “¿Usted no sabe de una chica...?”. Y me respondió: “Ay, sí, señora, venía del almacén con un yogurt y una Coca Cola en la mano

y la estaban esperando unos militares. La pusieron en un camión que decía Sustancias alimenticias, a las patadas”»^[63].

Ambos fueron llevados, primero, al centro clandestino de detención Club Atlético^[64], en el barrio de San Telmo, y luego, cuando se decidió la demolición de Club Atlético para la construcción de la autopista 25 de Mayo, fueron trasladados a El Banco^[65], en La Matanza. Sin embargo, Alicia permaneció pocos días junto a Damián en El Banco, ya que en diciembre fue llevada a la ESMA, es decir, al lugar adonde trasladaban a las detenidas que tenían que parir. Allí la pusieron en la «pieza de embarazadas» y en marzo de 1978 dio a luz a Juan, en un parto en el que habría intervenido el médico naval Jorge Luis Magnacco^[66]. Tras veinte días de amamantamiento, el bebé fue entregado a sus apropiadores. En ese momento, Héctor Febres^[67] reportaba en la ESMA a cargo de las mujeres embarazadas. Pocas horas antes de separarla de su hijo, le preguntó si quería enviarle una carta a sus familiares para contarles que estaba detenida, que había tenido un hijo y que quería que cuidaran de su bebé. Alicia aceptó la propuesta y esa misma noche, luego de redactar la nota, le entregó el bebé al suboficial Carlos Galián, también conocido con el apodo de *Pedro Bolita*^[68], con la certeza de que iba a ser entregado a su familia.

El bebé de Alicia y Damián fue apropiado por el ex oficial de inteligencia de la Policía Federal Luis Falco^[69] y su esposa María Teresa Perrone.

«¿Cuándo supo que Damián Cabandié y Alicia Alfonsín eran sus padres?», le preguntó a Juan Cabandié el fiscal Martín Niklison en el juicio por su apropiación, el 23 de agosto de 2011.

«El 26 de enero de 2004 —respondió Juan con convicción—. Pero desde hacía bastante tiempo que sospechaba que mis padres eran desaparecidos. Por eso me acerqué a Abuelas de Plaza de Mayo, a mediados de 2003. Por las dudas con relación a mi filiación, por mi situación de inestabilidad emocional, por no tener respuestas a muchas preguntas, por el maltrato que me prodigaba la persona que hasta ese momento decía que era mi padre y porque ningún argentino fue ajeno a lo que sucedió entre 1976 y 1983.»

En la casa de los Falco, Juan era Mariano Andrés, el hijo de Luis y Teresa, y hermano menor de Vanina, justamente la persona que lo acompañó en la búsqueda de su identidad. Falco era un violento; no así Teresa. La vida de

Juan se hizo un poco más sencilla a los 19 años, cuando sus apropiadores se divorciaron. «Falco era violento y autoritario; ejercía violencia sobre la familia, aunque en especial conmigo», recuerda Juan de esos días espeluznantes. Pero aquella paz circunstancial no cambió el fondo de la cuestión. Juan sabía que había algo más, un secreto que había que develar. E hizo lo necesario para descorrer el velo del espanto. Y todo ese tiempo junto a Vanina. Aun en las historias de terror, siempre hay un lugar reservado para las almas bellas.

Pasaron veintiséis años para que Mariano Andrés Falco recuperara su identidad y se convirtiera en Juan Cabandié, hijo de Damián y Alicia, y para que aquella historia de militancia fuera además una maravillosa historia de amor.

Nunca se encontraron sus cuerpos. Alicia Alfonsín tenía 16 años cuando fue secuestrada. Damián Cabandié, 19. Siguen desaparecidos. Pero donde sea que ellos estén, saben que el odio y el horror pueden destruirlo casi todo, menos el amor.

Amo, amas...

Rubén Darío

Amar, amar, amar, amar siempre, con todo
el ser y con la tierra y con el cielo,
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo:
amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.
Y cuando la montaña de la vida
nos sea dura y larga y alta y llena de abismos,
amar la inmensidad que es de amor encendida
¡y arder en la fusión de nuestros pechos mismos!

Entrevista a Estela de Carlotto^[70]

Estela de Carlotto: La dictadura cívico-militar que tomó el poder en marzo del 76 tenía varios objetivos fundamentales en la parte económica, en el sometimiento del país y en su plan de aniquilamiento, de muerte. Nosotros no podíamos imaginarlo. Quizás sí lo hicieron nuestros hijos, los militantes, porque nos lo advirtieron. Por ejemplo, mis hijas, cuando cursaban el secundario y la universidad, me decían que se venían tiempos muy difíciles. Ellas se cuidaban, tenían códigos de preservación que a una la sorprendían porque nunca los habíamos practicado. Lo cierto es que hubo represión, secuestro, tortura y muerte, y tantas otras atrocidades más que aún hoy desconocemos. Al enterarnos por nuestros hijos de que ocurría todo eso, fuimos viendo los riesgos que se corrían y deseando que nunca les pasara nada. Yo vivía en La Plata, una ciudad universitaria, obrera en ese entonces; y a cualquier hora del día veía cómo los Ford Falcon paraban, introducían chicos en los coches y después nunca más los volvíamos a ver. Y así era como venían nuestras chicas llorando porque alguno de sus compañeros no había regresado. Y así nos topamos con una realidad no deseada y sólo atinamos a cuidarlos, a pedirles que se fueran... Pero ellos no se quisieron ir.

¿Les pediste que se fueran?

A Laura. Claudia se fue, tarde pero se fue. Ya tenía una hijita después del secuestro de Laura. Pero Laura no quiso irse, decía que el proyecto de ellos estaba acá, que tenían un proyecto de vida porque también me decía que nadie quería morir, pese a que sabía que miles iban a morir y que iba a ser en vano. Eso me lo dijo a mí y ahí le dije que era irreductible. Se casó a los 18 años, ya tenía una libertad autodeterminante. Yo ya tenía también un pesado dolor, porque soy parte de la familia de los Falcone y María Claudia Falcone desapareció el 16 de septiembre del 76. A partir de ahí, el hermano de María Claudia fue esposo de mi hija Claudia. O sea que los Falcone y nosotros éramos familiares políticos. Y fue en ese momento cuando vino la represión a los Falcone. Cuando desapareció María Claudia, fueron a buscar a Claudia, mi hija, y a Jorge, el hermano de María Claudia, pero ya se habían ido de la casa. Después de ese episodio, nosotros fuimos a la casa para ver lo que se habían robado, qué habían roto. Y enseguida los Falcone también fueron

secuestrados. O sea que ya estábamos teñidos de una situación familiar, no la propia, pero sí cercanísima. Yo la conocí a María Claudia, y entonces deseé que no les sucediera nada a nuestros hijos. Y Laura, cuando secuestraron a su papá por veinticinco días, pasó a la clandestinidad y me escribía y me llamaba por teléfono. La última carta y el último llamado habían sido del 16 de noviembre del 77. Pasaron diez días y, como no teníamos noticias, dijimos «algo pasó» y ahí empezamos a movernos.

Yo ya había aprendido, más o menos, a buscar a un desaparecido por lo de mi marido y entonces busqué los mismos resortes: pagar dinero de chantaje, hablar con el general Bignone, un facineroso que dijo que los mataban a todos, hablar con algún político importante que no hizo nada. Y la mamá de María Claudia Falcone me veía hacer todo esto. Yo apenas era directora de una escuela, pero un sentido común me llevó a hacer esas cosas, a buscar a quien me podía dar señales. Fui a ver a abogados que me pidieron sumas siderales para decirme sólo algo o quizás nada; había toda una mafia en esta situación de miedo y de incertidumbre. Yo iba a la escuela, cumplía con mi turno, que era a veces de mañana y a veces de tarde, y en el horario que no estaba en la escuela salía a buscar. Y la mamá de Claudia, Nelva, un día de abril de 1978 me dijo que se había enterado por una liberada del mismo centro clandestino donde estaba Laura, de que ella estaba esperando un bebé. Nosotros no sabíamos nada, pero estaba con un embarazo de seis meses y el bebé iba a nacer en junio. Me dijo también que lo fuera a buscar yo a la Casa Cuna y que, si era varón, le pusiera Guido, como su papá. Alegría total, estaba viva, iba a tener un bebé y yo iba a cuidarlo mientras ella estuviera presa, hasta tanto la juzgaran o la condenaran, más allá de que Bignone me había dicho que los mataban a todos. Yo también pensaba que los mataban, porque mi esposo, cuando salió después de esos veinticinco días de secuestro, me contó cómo era la cuestión. Me dijo que a los detenidos los torturaban, les sacaban información, les ponían una inyección y los mataban. Pero habían pasado tres días y yo, que pensaba que Laura estaba muerta, me enteré de que seguía con vida y estaba embarazada. Esa noticia nos llenó de alegría. Y ahí es cuando Nelva Falcone me dijo: «Estela, acá en La Plata hay un grupo de señoras que, como vos, están buscando a sus nietitos y a sus hijos. ¿Por qué no te juntás con ellas?». Me dio un teléfono, llamé y fui. Me uní a ese primer grupo, que unos meses antes había empezado a juntarse. Cada una entraba cuando le tocaba la desgracia de buscar a un ser querido. Me recibieron muy bien. Hacían lo que podían. Había universitarias, profesionales, pero el grupo de La Plata era chico y viajábamos a Buenos Aires a encontrarnos con el resto

de las abuelas de Buenos Aires y el conurbano. Hacíamos reuniones clandestinas en confiterías y así fuimos elaborando ideas de acuerdo a las circunstancias. Teníamos cuidado. Hacíamos llamadas en código y estábamos atentas por si alguien nos seguía.

¿Y las seguían...?

Claro. Y nuestros maridos nos esperaban. Además, quedaban nuestros otros hijos, en mi caso, dos varones, a quienes protegí mucho cuando desapareció mi marido, para que no les pasara nada. Después Guido, el mayor de los varones, se fue al exilio también y se fue a Nicaragua a colaborar; es decir que él también tiene una historia militante. El más chico, Remo, fue el que más sufrió, porque se quedó y empezó a participar con familiares en La Plata, en la búsqueda de su hermana, siendo muy chico. O sea que, lo que pasó, fue una historia de todos. Ya había nacido el CELS, un grupo de abogados que nosotros consultábamos y nos aconsejaban. Dentro del grupo de las Madres y Abuelas que buscábamos a nuestros hijos, había una psicóloga que también planificaba en ese sentido. Y entonces empezamos a recorrer. Íbamos a Casa Cuna, pero no nos dejaban ver a ningún niño. Y también hablábamos con una buena secretaria de mujeres del juzgado de menores de La Plata, que nos ayudó mucho.

¿Y los medios?

Nada. Cuando queríamos publicar algo, no aceptaban. Y recuerdo que la primera solicitada chiquita la publicamos en *La Prensa*, que nos costó mucho dinero y mucho riesgo porque nos pedían que cada una trajera un certificado de la policía del domicilio. Eso era lo mismo que quedar escrachadas. Pero igual firmábamos. Y la primera solicitada decía: «Somos Abuelas que buscamos a nuestros nietitos, si usted sabe de alguno», era un llamado de amor, de lo más *light*, que no provocaba nada, pero era prohibido. Después *Buenos Aires Herald* fue un medio que también nos ayudó. El resto, nada.

No tenían visibilidad.

No. Empezamos a ser visibles cuando tapizamos las paredes de las calles más importantes de Buenos Aires con carteles con la búsqueda. O cuando veían a un chico ya nacido con una fotito. Fueron los primeros que

encontramos, porque fueron reconocidos. Y hubo quien vino y dijo que nos llamó porque poníamos un teléfono y una dirección en esa demanda callejera. Decíamos que, si alguien sabía algo, nos avisara y algunas personas llegaban y decían «a ese chico lo conozco, vive cerca de donde estoy», y ahí íbamos y encontrábamos chicos, por la búsqueda de datos de los recién nacidos. Fue una tarea de investigación doméstica, porque venía gente que nos decía que «en tal casa de un policía hay un bebé y la mujer nunca estuvo embarazada». Y ahí íbamos. ¿Cómo hacíamos? Por ahí una decía «dejá que voy con unos libros para chicos de la edad, toco timbre y digo que soy vendedora de libros para chicos de 5 años», y detrás del árbol otra abuela le sacaba una foto al nene. Era un poco absurdo, porque a ningún juez le podíamos llevar eso. Primero, porque era dictadura y, segundo, porque el juez nos decía: «¿Qué pruebas tienen? Porque una foto o una información no me dice nada». O: «¿Cómo hago para demostrar que ese chico es el que ustedes buscan?». Ese era el problema con los ya nacidos, pero el verdadero dilema lo teníamos con los que estaban en camino.

No sabíamos dónde estaban naciendo. Después supimos que había maternidades clandestinas y muy de a poco nos fuimos enterando. Ahí donde Laura tuvo al suyo, La Cacha, también nacieron muchos chicos. Y la instancia judicial era hablar con un juez que era de la dictadura, que nos escuchaba y nos decía «por acá nunca pasó», y después sabíamos que ese juez había entregado algún chico ya nacido y que era el mismo que había negado todo. Los primeros dos chiquitos que encontramos en el 79, que desaparecieron en el 77 en Buenos Aires, con sus papás, hijos de uruguayos, aparecieron adoptados legalmente en Chile y fueron los hermanitos Julián Grisonas. A ellos, alguien los cruzó al otro lado de la cordillera. Los papás no aparecieron nunca, pero estaban con una familia que creía que eran chicos abandonados. Las segundas dos nenas, casi en la misma situación, las encontramos acá en Buenos Aires, en San Martín, en un juzgado de menores, dadas en adopción porque, cuando las secuestraron, las dejaron abandonadas, como aquellos niños en una plaza. Las tomó Minoridad y las dio en adopción.

Distinto a cuando se las quedaban entre ellos...

Claro. Porque estas nenas eran ya nacidas y eran las primeras. Yo creo que estaban ensayando.

Después se transformó en un plan sistemático.

Sí. A mí me tocó acompañar a una abuela de La Plata a San Martín a hablar con el juez varias veces. Y nos negaba todo. Hasta que, por la persistencia y porque aquella secretaria de La Plata se comunicaba para pedirle que nos prestara «atención», nos dieron bolilla. Era la cuarta vez que íbamos con esa señora muy humilde y yo al juez lo desafiaba pidiéndole que trajera un expediente. Finalmente, le dijo a mi amiga: «Señora, le voy a mostrar acá que hay dos chiquitas, a ver si a usted le parece que es alguna de ellas». Abrió un legajo de adopción y cuando vi a las dos nenas le dije: «Son tus nietas, Laura». Pero ella lo negó: «No, no son mis nietas». Era lógico. La más chiquita, que tenía meses, era un esqueletito y a la otra, la más grandecita, le habían cortado el pelo y parecía una chica abandonada de cualquier hospicio. En ese estado, la abuela no las reconoció. Ahí le dije al juez: «Léame, ¿cómo es el caso?». «Abandonadas en una plaza», y le pregunto: «¿Cómo se llaman las nenas?». Me dice: «Tatiana y Laura Malena». Ahí le repito a la abuela: «Usted sabe que esas son las nenas». Y la abuela las volvió a mirar y las reconoció. Ahí el juez nos dice que «los padres adoptivos están acá, en la habitación del juzgado. Le voy a permitir a la abuela que los vea, pero ni una palabra ni un gesto». Entró la abuela y ahí estaba ella, la mujer que había adoptado a las chicas. Era un encanto, una inocente total, que tenía agarradas a las nenas porque ya hacía tres años que vivían con ella. La mayorcita, Tatiana, estaba sentada como en una camilla con una asistente. «Hola, buenas tardes», le dijo la abuela y Tatiana pegó un respingo, la miró y agachó la cabeza. Entonces la abuela le dice: «¿Me conocés a mí?» y dijo: «No». Ahí quedó todo, porque Tatiana se acordaba de la abuela. Ella ahora es una psicóloga que trabaja con nosotros. La abuela falleció. Fue una historia muy fuerte para mí. Pero el problema era ¿qué pasaba con los que no conocíamos, con los que estaban naciendo?

¿Cómo empieza después a armarse la estructura, la organización?

Todos los recursos salían de nuestros bolsillos. Dejaba mi sueldo entero. Cada una ponía alguna donación, pero con cuidado, porque era todo clandestino. No teníamos dónde reunirnos. El primer tiempo, íbamos a la Liga que está en Corrientes y Callao, y las Madres, que tenían un poco más de tiempo que nosotros, ya tenían un lugar. Pero después de una gira muy grande que hicimos por Europa en el año 80, ya tuvimos la oportunidad de alquilar un departamentito, que después compramos, y hoy ya tenemos varias casas de todos los colores. Pero antes era todo así, ver las posibilidades, quién podía

ayudarnos y hacer visible el tema en el exterior. Porque cuando fue el Mundial del 78 pudimos hablar y ahí se supo. Viajaron abuelas antes que yo a Europa, porque tenían familiares allá, y pudieron divulgar lo que estaba ocurriendo. En el 79 llegó la Comisión Interamericana; vinieron los periodistas y aprovechamos para hablar con ellos, y después ya empezaron a invitarnos. En el 80 hicimos una gira de dos meses por Canadá. En el 81, dos meses por Europa, en once países, contando la historia. Ahí vino la ayuda de las Naciones Unidas, de la OEA. Y después organizaciones como Amnistía Internacional nos invitaba. Hemos ido a Londres muchas veces y estuvimos con otros grupos amigos en Dinamarca, y fuimos interesando al parlamento; los grupos de apoyo de Suecia nos daban dinero, nos empezó a dar dinero Naciones Unidas. Es decir, empezamos a tener la solidaridad y un poquito de desahogo monetario como para viajar. Pero pasaba que insistíamos en que no podíamos identificar a los nietos. En el 82, en un viaje que hicimos a Estados Unidos, dos abuelas nos contactamos, por medio de la hija de Emilio Mignone, con un organismo que se llama Sociedad por el Avance de la Ciencia. Nos recibió Eric Stover, un empleado que escuchó de lo que necesitábamos. Nosotros fuimos ahí por un aviso que había salido en un periódico de La Plata, muy chiquito, en el que un papá que negaba la paternidad había hecho una comparación de su sangre con el hijo presunto. El resultado dio que era el padre. Y ahí nos dijimos: «¿Servirá la sangre?». En Italia, en Francia y en otros lados dijeron que no, que la sangre nuestra no servía, que tenía que ser del papá y de la mamá. Fuimos allá, Eric Stover nos escuchó y dijo «Vamos a estudiarlo». Pasamos a Nueva York y nos recibió un argentino, Víctor Penchaszadeh, un científico genetista, y su mujer. Nos hizo ver a Fred Allen, que era director del Blood Center, un lugar muy importante de Nueva York sobre la sangre, al que también le contamos el tema y dijo que lo iban a estudiar. En el 83, gente de allá armó un seminario internacional de científicos de la genética del mundo y de la antropología forense. Y en ese simposio se llegó a la certeza de que la sangre de las familias servía para identificaciones. Todos llevamos 50% de papá y 50% de mamá. Pero, si es el abuelo, lleva el 50% del otro papá y de la otra mamá. O sea que en menor escala, pero también estaba la composición genética. Eso fue lo que se llamó histocompatibilidad. En el 84 llegó la democracia a la Argentina, vinieron científicos y se fundó un principio de banco genético con una comparación de una abuela con una nieta que nunca estuvo desaparecida. La prueba salió bien. Y ahí empezamos a encontrar a los niños con la certeza de no equivocarnos. Dicen que la ciencia progresó gracias a nosotros, porque

impulsamos la genética. Hoy en día es complejísima, ya es el ADN mitocondrial y el nuclear, y hay muchos más del hombre, que cada vez se va profundizando y haciendo más posible la certeza total y absoluta de cuándo es un nieto encontrado. Y ese banco existe y es uno de nuestros logros que nos dejará en la historia como las creadoras de algo muy importante.

Después también organizamos un grupo de abogados, que al principio había que cuidarlos porque podían desaparecer. Los recursos de *Habeas Corpus* los hicimos primero nosotros a pulmón. Y después tuvimos por suerte el apoyo de abogados y de genetistas. Pero ya en democracia todo fue más fácil. Esos fueron los tres pilares fundamentales: la genética, la jurisprudencia y la psicología. Hubo que trabajar mucho en ese sentido, porque era todo nuevo. Hubo que trabajar mucho con psicólogos para que estuvieran preparados para hablar con alguien que había estado separado durante años de su verdadera identidad.

¿Cómo empezaron a trabajar eso

La primera nieta que restituimos a través del Banco de Datos Genéticos fue Paula Eva Logares, una nena ya nacida y que tenía dos años más de lo que decía su partida de nacimiento. Entonces, en ese caso, se demostró la validez del banco. Porque se hicieron los análisis, aunque había certeza total, y dio que era la nieta perdida, la nieta buscada. Eso fue para probarlo, después todo lo demás salió por añadidura. Entonces, esta nena que retornaba a su casa después de dos o tres años de vivir con esa gente, era un poco el cuestionamiento. Me acuerdo de que no quise ir a tribunales porque pensaba si estaríamos haciendo bien. No me podía sacar de la cabeza que esta chica iba a sufrir de nuevo. Y por suerte me equivoqué. La chiquita no sufrió, la abuela le habló, se acordó de ella, del perrito, del nombre de pila del papá, que le decía Caio, y fue a la casa con la abuela y recorrió todo porque reconoció. O sea, ahí había psicólogos acompañando a la nena toda la noche para ver si se despertaba llorando, si tenía pesadillas. Los psicólogos nacen ya con ese temperamento de acompañamiento de los chicos.

¿Cuántos años tenía la nena?

Ocho.

Imagino que debe ser más difícil con los que son más grandes, con los que van encontrando ahora.

Nunca fue difícil ni fácil, sino algo que hay que ir analizando año tras año, de acuerdo a la edad y a las circunstancias de la apropiación. Hay apropiaciones tremendas, de castigo, de violación del propio tipo que decía que era su padre. Y otros casos que tal vez no, aunque igual son ladrones. Y entonces eso nos va formando una variedad de situaciones en las que hay que tener atención psicológica para el acompañamiento de los chicos que tienen historias tremendas. Ya en democracia nos topamos con justicia mala, pero justicia al fin, ya que es un derecho que tenemos, porque es un delito que no se puede obviar. El juez interviene con sus psicólogos para ver cuándo esa persona quiere ver a su familia. Pasó con un chico de 17 años. La abuela entró y el chico le dijo: «Sí, señora, todo bien, pero no me pida que la quiera porque a usted no la conozco», y la abuela le dijo: «Yo sí te quiero y te voy a esperar». Y un día estaba él llamando a la abuela, totalmente consustanciado. Pero para eso tuvo que pasar bastante tiempo. Depende de cada caso, cada uno tiene su matiz.

Y después estuvieron con el caso del plan sistemático de sustracción de menores, bebés, que fue la causa que llevó Bagnasco adelante. Y ahí terminaron todos presos.

Exactamente. Nosotros vimos el número enorme de madres de familias que reclamaban una criatura y eso no era una casualidad. Y cuando, en mi caso, por ejemplo, me di cuenta de que Laura tuvo su bebé y yo creía que eso le iba a salvar la vida, me equivoqué. Esperaron a que lo tuviera para sacárselo y matarla. Yo recuperé el cuerpo años después, cuando hice la exhumación para demostrar que todo lo que decían estos asesinos no era cierto. Ellos decían que mi hija nunca había estado secuestrada ni tenido un hijo, que era una guerrillera que llevaba armas hasta en los dientes. Todo eso dio por tierra con la exhumación, porque los huesos hablan. Fueron experiencias que fuimos acumulando para ir avanzando y hasta hoy en día seguimos avanzando en nuevas técnicas o estrategias, ya con el reconocimiento internacional de que eso pasó, de que hubo un plan sistemático que nos costó años que la justicia reconociera. Pero por fin se reconoció y se juzgó a los responsables.

Además, eso no encuadraba dentro de la «obediencia debida». Era la forma de meterlos presos.

Claro. Porque todavía estaban las leyes de impunidad y lo único que no se perdonó fue el robo de bebés. Y eso nos venía bien para juzgarlos y condenarlos. Por eso nosotros siempre, en todo momento, en dictadura y en democracia, trabajamos con la justicia. Abuelas es una organización pionera en trabajar con la justicia, y ahora estamos trabajando con todos los juicios que se están haciendo en el país.

¿Saben cuántas mujeres estaban embarazadas?

No. Es incierto.

¿No se sabe cuántos bebés están buscando?

Calculamos 500, que es la cifra estimativa. No tenemos las denuncias de 500, pero es tal la cantidad de jóvenes con dudas que vienen con una historia, que van a la Conadi, y ahí se les hace el proceso de exámenes. No coincide con nadie del banco pero es posta. Y es porque todavía hay familias que dicen que por ahí su hijo se fue, o que se olvidó de ellos. A veces mataron a todos y dejaron a los bebés sin nadie para que los busque. Está el caso de la señora Herrera de Noble, que estuvo imputada por el robo de dos chicos. Suponemos que esos chicos no deben tener familia de origen. Ellos aseguran eso para que nadie los busque, porque ella no quería que nadie le reclamara por esos chicos. Tenemos casos en que el chico se analizó pensando que era y nadie los viene a buscar, y después aparece una versión tardía de que sí nació, de que la familia lo busca. Y ponen su sangre y aparece la identidad.

Eso tiene que ver con la campaña que han hecho.

El encuentro de cada nieto hace que vengan más. Todo depende de la difusión. Hay miles de analizados y la Conadi los tiene registrados en el banco, a la espera, por si se da alguna concordancia en el futuro. Porque muchos no coinciden genéticamente con ninguna de las familias. Y quedan ahí registrados. El asunto es que también hay mucha venta y tráfico de chicos.

Y en estos casos, ¿también los ayudan a buscar su identidad?

Claro. Pero en el banco están cuando el relato de su situación es bastante coincidente con el relato de los apropiados. Tenemos casos de secuestrados y prisioneros que han quedado embarazadas de compañeros.

No de los torturadores.

Hubo un caso que encontramos hace poco, que la mamá fue violada, quedó embarazada y nunca le dieron el hijo. Se encontraron cuarenta años después. Y es hijo de un torturador. Ahora está trabajando con nosotros. Pero cuando se encontró con la madre fue tremendo, porque la madre después nos confesó que tenía terror de que se pareciera al violador. Entró y vio que su cara y la del hijo eran idénticas. Se abrazaron y lloraron juntos como si se hubieran buscado toda la vida. El chico es una ternura, como la madre. Parece que no tiene nada del otro. Y eso es lo más fuerte: recuperarlos y salvarlos de no ser ellos; salvarlos de una historia que no conocen. Además, está la herencia que les dejan a sus hijos y eso también nos conmueve mucho.

CAPÍTULO 3

Delia Barrera y Ferrando y Hugo Scutari

Sentido de su ausencia

Delia y Hugo se conocieron una noche de 1972 y se pusieron de novios. Amor a primera vista, dirán algunos. Y tienen razón: desde el mismísimo momento en que cruzaron sus miradas, el amor ya era un hecho consumado. Ella tenía 17 años y estudiaba en la academia Pitman^[71] porque quería aprender a escribir a máquina, que por aquellos años era casi todo un oficio. Él tenía cinco años más que ella, trabajaba en el Banco Nación de Juan B. Justo y Corrientes, y estudiaba derecho.

La cita ocurrió porque una amiga de Delia quería salir con un chico del Banco Nación que le gustaba. Delia lo conocía, organizó el encuentro para su amiga y, para que todo fuera menos violento, le encargó a su amigo que invitara a alguien más del trabajo para salir los cuatro. Y el elegido fue Hugo.

No bien lo vio, Delia se fastidió porque ya lo tenía ubicado, aunque no sabía ni su nombre. Se lo cruzaba cada día que iba para Pitman, en el mismísimo momento en que Hugo encaraba hacia el banco para cumplir su turno. Cada vez que Hugo la veía, le decía un piropo. Y a Delia no le caía bien esa actitud de un fulano que no conocía. Por eso, en cuanto advirtió que su cita sería con el valijero piropeador, lo agarró del brazo a su amigo, lo llevó aparte y le recriminó que justo hubiera traído «a ese desubicado». ¿Cómo podía saber que ya se conocían de la calle?, le preguntó absorto el muchacho.

Pese al pésimo comienzo, la noche resultó mucho mejor de lo esperado. Fueron a Tío Cáliz, un boliche por la zona de la cancha de Vélez, y Delia y Hugo bailaron toda la noche y hasta que finalmente se besaron. Y desde ese día fueron inseparables.

Hugo era delegado en el Banco Nación. Vivía en Haedo, le gustaban las cartas y, cuando podía, le tiraba unos boletitos a los burros. El fútbol era otra de sus pasiones: jugaba siempre con los compañeros del banco y era hincha de River. Era un tipo muy divertido y le encantaba la música, especialmente el tango. A Delia le regaló varios discos de Edmundo Rivero y de Julio Sosa. A ambos les gustaba ir al bar Unión, en San Telmo, a escuchar tango en vivo. También iban mucho al cine Gran Rivadavia, donde pasaban dos películas juntas de Bruce Lee y «todas esas cosas horribles que le gustaban a él», recuerda Delia.

Cada vez que se encontraban, les encantaba caminar por la ciudad. Algunas veces iban desde Villa Crespo hasta el centro. Conversaban mucho. Y también discutían:

«Nos peleábamos bastante en la calle —recuerda Delia—. De golpe pasaba una señora y Hugo se arrodillaba delante de ella y le rogaba: “Dígale que me perdone”. Siempre me hacía pasar esos papelones. Cuando íbamos a Flores y escuchaba que venía el tren, me agarraba de la mano y me llevaba corriendo hasta abajo del puente. Y en el preciso momento que el tren pasaba por arriba y tapaba todos los ruidos, se ponía a gritar barbaridades. Fui muy feliz con Hugo»^[72].

Cuando se conocieron, en octubre de 1972 ninguno de los dos militaba. Hugo Alberto Scutari comenzó a hacerlo en la Juventud de Trabajadores Peronistas^[73]. En un principio se lo ocultó a Delia para salvaguardarla del peligro. En 1977 ya se habían ido a vivir juntos, pese a que Hugo había sido despedido del banco un año antes, por la Ley Antiterrorista^[74]. Desde mediados de 1976 trabajaba en una fábrica y trataba de mantener a Delia al margen de los asuntos políticos, por lo que le escatimaba datos.

«Hugo empezó a militar en la Juventud de Trabajadores Peronistas, pero también lo hacía en la Facultad de Derecho. Si salíamos y estábamos en un bar, me decía de repente “Ya vengo” y se iba. Yo por ahí me quedaba sola en el bar esperándolo durante una o dos horas, hasta que finalmente volvía. Nunca me contaba qué era lo que hacía o a qué lugar iba. Las reuniones con su responsable político o con otros militantes —de las que yo no participaba por no ser militante— eran los viernes o el sábado, por lo que no salíamos al cine, a bailar o simplemente a divertirnos. Ahí sí teníamos algunos roces, porque no me decía nada»^[75].

Pero con el tiempo los roces empezaron a ser más frecuentes y más intensos. Delia le reclamaba más presencia a Hugo. Le reprochaba que ya no salieran o los plantones a los que la sometía en diferentes lugares de la ciudad cada vez que se marchaba de improviso. Para peor, cuando Delia le hacía preguntas, Hugo se negaba a responder. Todo iba de mal en peor y hasta estuvieron cerca de separarse. Todo hasta que Hugo entendió que la situación ya era insostenible y decidió contarle a Delia la verdad.

«Primero me puse mal por el miedo. Me preguntó si quería participar y, ante mi respuesta afirmativa, me dijo que iba a tener que hacerlo desde muy abajo. Por eso jamás participé en las reuniones que se hacían con los responsables. Yo empecé a militar con una amiga, *La Peti*, cuyo esposo había vivido alguna vez con Hugo cuando eran bancarios»^[76].

Así fue como empezaron a juntarse con *La Peti* y con *El Gordo Ariel*. A Delia la llamaban *Moni* y a Hugo, *Cacho*. *Arturo* era el responsable. Nadie era conocido por sus nombres reales. La cuestión de la seguridad estaba muy instalada. Cuanto menos se supiera del paradero del compañero, mejor. Las primeras actividades de Delia fueron hacer pegatinas, repartir panfletos y pintar paredes.

«Uno de mis objetivos de vida, siempre, fue luchar contra todo lo que fuera opresión, contra la mentira y la injusticia. Por eso, cuando empecé a militar, me sentía bien, en plenitud»^[77].

Delia comenzó a dar clases de apoyo escolar en las villas. La militancia se puso peligrosa y de un día para otro se fueron a vivir a la villa de Monte Grande.

«Ahí nos encontramos con *Pocho* (uno de los hermanos de Hugo) y con el hermano mayor, que estaba en la parte armada de Montoneros, a quien después lo iba a matar el *Turco Julián*^[78] en una cita»^[79].

Cuando la madre de Delia supo que su hija se había ido a vivir con Hugo a un departamento en el barrio de Belgrano puso el grito en el cielo. Hacía poco había fallecido el padre de Delia y la madre no aceptó la nueva realidad, hasta tal punto que fue capaz de mentirles a los familiares y amigos inventando un casamiento que nunca ocurrió.

«En casa hacíamos las mariposas y los volantes. Teníamos un mimeógrafo que hacía mucho ruido, por lo que poníamos la música alta para disimular. El portero no nos tenía mucha simpatía. Yo trabajé desde el 74 hasta el 77 en la Secretaría de Estado de Comercio. Me echaron con la Ley de Imprevisibilidad^[80]. Luego, en junio, empecé a trabajar en el laboratorio Labinca, que quedaba cerca de casa.

Teníamos un departamento más o menos bien equipado. Yo había heredado los muebles de mi abuela, la heladera, un Wincofón... Y tenía mis discos»^[81].

Pese a que las cosas se complicaban cada día más, nunca pensaron en irse del país. Confiaban en que se estaban cuidando y en que a ellos no les pasaría nada.

«Ningún compañero de los que militaban con nosotros conocía dónde vivíamos. Teníamos sumo cuidado cuando llegábamos a casa. Cuando estábamos en la zona, comprobábamos que no nos siguiera nadie, que no hubiera nada raro. Tratábamos de no hablar en casa sobre nuestras actividades. Y otra decisión calculada fue no casarnos legalmente, porque pensábamos que de esa forma estábamos más protegidos»^[82].

El 26 de julio del 77, día en que se recordaba la muerte de Evita, Delia y Hugo realizaron una actividad en la intersección de las avenidas Rivadavia y La Plata: mandaron un auto con bombas Molotov. *Arturo* era el responsable del operativo y participó en esa acción. Fue el último día que lo vieron. Delia reconoce que desde aquel episodio empezó a desconfiar, sobre todo porque *Arturo* lo citaba a Hugo y luego no se presentaba.

«Algo había pasado. El lunes 1.º de agosto *Arturo* faltó a una cita programada con Hugo. Lo volvió a citar el miércoles 3 de agosto. Hugo fue y justo en ese lugar había volanteada de Montoneros, algo que jamás podía ocurrir en un lugar de reunión. *Arturo* también faltó y Hugo quedó expuesto. Cuando lo citó otra vez para el viernes 5, decidimos que no fuera, pero a medida que se acercaba la hora Hugo fue cambiando de opinión. Finalmente me dijo que iba a ir. El lugar elegido era Primera Junta. Me dijo que iba a mirar desde enfrente, desde la boca del subte, y que, si veía algo raro, no se iba a presentar. Fue el último momento que vi a Hugo en libertad: el 5 de agosto, a las 7 de la mañana, en casa»^[83].

La reunión era a las 17. Delia volvió al departamento a las 20.30. Se bajó del colectivo en la esquina de Los Incas y Superí y caminó hacia Elcano. A medida que se acercaba al departamento, observó que había un auto estacionado en la puerta. El encargado del edificio estaba en la vereda. Fue hasta la esquina para, desde ahí, identificar la ventana del *living* de su casa.

Con Hugo tenían una marca: si la persiana estaba levantada hasta tres cuartos, todo estaba bien. Delia constató de que efectivamente la persiana estaba a la altura acordada y había luz en el interior. Supuso que estaba bien. Decidió entrar.

«El portero entró adelante de mí y, de golpe, salieron tres tipos. Lo último que vi fue que el portero hizo un gesto con la cabeza y uno de los tipos me llamó por mi nombre. Ahí me di cuenta de que estaba todo mal, aunque jamás imaginé qué tan feas se iban a poner las cosas»^[84].

A Delia la trasladaron a La Leonera. Cuando llegó, la arrojaron en una celda con los ojos vendados y las manos atadas. Se sentó en el piso y se puso a llorar. No veía nada. Tenía miedo. Mucho miedo. No podía contener el llanto, la congoja, los gritos de desesperación, de angustia, de dolor, de ahogo.

«Cuando llego a La Leonera estaba sola. Me puse a llorar. Y entonces escucho el grito: “Quedate tranquila, Moni, estoy acá”. Hugo había escuchado mi llanto y me había reconocido. Sentirlo cerca me hizo recuperar las fuerzas. Hasta en ese lugar horrible permanecemos juntos»^[85].

La Leonera era un salón grande, con paredes de un metro de alto. Ahí metían a los recién secuestrados. Eran como cubículos donde ponían a dos o tres personas. Siempre estaban con las cadenas en los pies y tabicados. Si pescaban a alguien con los ojos destapados le daban una paliza.

No bien llegó a La Leonera empezaron a golpearla. Se turnaban para hacerlo. Después la sometieron a la picana eléctrica en la cara, en la boca y en los genitales, para que diera nombres de sus compañeros. Las sesiones de tortura ocurrían día tras día. Delia asegura no haber perdido nunca la noción del tiempo. Dice que fue un desafío. Se obligaba a recordar qué día era:

«Sabía que había caído el 5 de agosto, que el 8 me torturaron, que el 16 de agosto nos pasaron a una celda, que el 13 de septiembre lo sacaron a Hugo y lo pasaron a otra celda, que el 20 lo trasladaron. Llegó mi cumpleaños 23 y lo pasé dentro del campo. Cuando estuvimos juntos en la celda, yo dormía y él me cuidaba, y al revés; hablábamos muy bajito del futuro y de lo que íbamos a hacer cuando

saliéramos de ahí. Seguramente nos hubiésemos ido del país a Italia, donde tenía su familia»^[86].

El 13 de septiembre los separaron. Entró Juan Carlos Falcón, alias *Kung Fu*^[87], el mismo que la había secuestrado a Delia en su departamento de Belgrano, y le dijo a Hugo que se preparara para ser trasladado. Los dos le pidieron seguir juntos, pero no se lo permitieron. Desde ese día, incluso, dejaron de verse en los traslados hacia el baño.

«*Kung Fu* fue al único que absolvieron en el juicio de ABO^[88]. Era el mismo que estaba en mi casa el día en que me secuestraron. Falcón era el encargado de nuestro caso. Algunos represores tomaban casos particulares y otros no. Él era el que nos torturaba. Ese 13 de septiembre sentimos la llave. Cada vez que la escuchábamos nos teníamos que levantar para pararnos en el fondo de la celda. Falcón estaba con uniforme de fajina. Hugo era el preso H23 y yo, el H26. Nos miró y dijo: “H23, afuera”. Pensamos que lo llevaban para otro interrogatorio, pero enseguida le dijo que lo trasladaban a la celda 8. Le pedí que me llevara con él y me dijo que no. Ahí nos separaron. Ya no coincidimos más en las salidas al baño, pero nos escuchábamos. Tosíamos fuerte para saber que seguíamos juntos. El 20, uno de los compañeros destabificados —todos están desaparecidos, pero eran usados por los militares como mano de obra esclava para darnos de comer y llevarnos al baño— abre la puerta de la celda y me dice que salga. Me lleva a una fila donde estaba *Cacho*, Rolando Besoni, y me dice que, si alguien preguntaba por qué estaba ahí, le tenía que responder que era porque estaba descompuesta. De pronto apareció Hugo y me dijo que lo iban a trasladar a un penal en el sur. Que yo iba a salir pronto en libertad y que tenía que ser fuerte. Me dio un beso en la mejilla y se marchó rumbo a su celda. Yo, con el alma partida, me fui a la mía. A la noche, cuando se hacían los traslados, escucho movimiento. Cuando Hugo pasó junto a la puerta de mi celda, tosió. Yo hice lo mismo pero no me aguanté y le pedí al represor de turno que me dejara darle un abrazo, pero me dijeron que no. Así fue como nos despedimos. Con una tos fingida»^[89].

Pese a todo, Delia estaba segura de que volvería a ver a Hugo. Al día siguiente, la trasladaron al centro clandestino Atlético.

«Me sacaron la ropa y me vistieron con unas bermudas, remera y alpargatas. Cuando llegué al Atlético, vino el coronel Antonio Fioravanti, el capo del Atlético, y al verme llorando me preguntó qué me pasaba. Le dije que se habían llevado a Hugo y que estaba preocupada. Me respondió que me quedara tranquila porque Hugo estaba mucho mejor que yo; que estaba en una granja de recuperación, que tenía más libertad y que iba a trabajar en la tierra. En ese momento le creí y me quedé tranquila. Era tan ilusa que incluso pensé que seguramente ya le habían avisado a la familia de Hugo. Pero tiempo después, cuando me dieron la libertad, el *Violador Zapatilla Negra*^[90], que me dejó a la vuelta de la casa de mi vieja, me dijo: “Olvidate de todo, no hables y formá una nueva pareja”. Y ahí me di cuenta de que Hugo ya no iba a volver. Tenía tanto miedo que en los siete años siguientes de la dictadura no le dije una palabra a nadie sobre lo ocurrido»^[91].

Delia nunca más supo qué pasó con Hugo. Aún permanece desaparecido.

«Hugo es algo que está dentro de mí y que no se va a ir nunca. No lo había soñado en los últimos cuarenta años. Pero hace dos noches soñé que encontraba en una caja, dobladita, la remera que tenía cuando se fue, junto con sus restos. Eso es lo que más desearía: encontrarlo para poder decir “Ahí está”. La peor tortura que llevo auestas hoy es no poder hacer el duelo, no cerrar el tema, no poder llevarle una flor a su tumba. Porque yo no lo vi muerto. Lo vi irse. Vi a un hombre vivo. Y entonces, para mí, sigue vivo. Muchas veces me tengo que callar porque esto no puedo hablarlo en casa. Cuando estábamos en la celda, no sé si él vaticinaría su final, pero me decía: “Cuando esté nublado y veas un pedacito de cielo, ahí voy a estar yo”. Y a veces voy en la ruta en el auto, con José, mi marido, y observo ese pedacito de cielo y ahí lo veo a Hugo. Hace años que no llevaba fotos de Hugo en la cartera, pero ahora no la puedo sacar. Hugo fue el amor de mi vida y seguirá siéndolo por más que uno forme otra pareja y tenga hijos. Es otro amor. Con Hugo vivimos cosas muy intensas, muy fuertes, muy lindas; con José también, pero fueron muy distintas. Y será que también a uno los años le van pasando y se nos están muriendo los compañeros, como el caso de Nilda Eloy en La Plata, y vos decís “se están yendo todos los compañeros y los que queremos que regresen jamás vuelven”.

Creo que jamás vamos a encontrar los restos de Hugo porque los represores no van a hablar y nosotros no tenemos ni idea de dónde pueden estar: no sabemos si fue víctima de un vuelo de la muerte, si lo incineraron en la Chacarita o qué otra cosa hicieron. Pero si algún día lo llegáramos a encontrar, ese día cerraríamos el duelo y terminaría esta tortura terrible. A veces pienso: ¿qué habrá sentido en ese último momento?, ¿a dónde pensaría que lo llevaban?, ¿cómo habrá sido ese último minuto de su vida? Yo estoy viva. Me costó aceptarlo, pero estoy viva y puedo dar testimonio de todo lo que pasó. Porque de otra manera nadie podría decir lo que ocurrió en los campos. No tengo dudas de que ellos lamentan habernos dejado a muchos detenidos desaparecidos con vida. Porque, de no ser por nuestro testimonio, muchos hubieran seguido impunes por la vida»^[92].

Sentido de su ausencia

Alejandra Pizarnik

si yo me atrevo
a mirar y a decir
es por su sombra
unida tan suave
a mi nombre
allá lejos
en la lluvia
en mi memoria
por su rostro
que ardiendo en mi poema
dispersa hermosamente
un perfume
a amado rostro desaparecido

Entrevista a Daniel Rafecas^[93]

Asumió en el Juzgado en 2004. ¿Cómo estaba la causa del Primer Cuerpo del Ejército con los indultos y cómo fue avanzando en los distintos tramos?

Daniel Rafecas: Era el final de toda una era de olvido e impunidad por parte del Estado, con una pequeña grieta abierta en 2001, cuando el juez federal Cavallo declaró la inconstitucionalidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final en el caso Poblete Hlaczik. Ese fallo fue confirmado en 2003 por la Cámara Federal y, finalmente, en 2005, por el caso Simón. En ese contexto de reapertura de las investigaciones, asumí la causa del Primer Cuerpo y estaba todo por hacerse. Los expedientes estaban parados desde el año 87, justo después de la Ley de Obediencia Debida.

¿Usted denominó esta causa como heredera del Juicio a las Juntas?

Bueno, digamos que era el tronco central... Fue el filón principal de casos que se ventilaron en el Juicio a las Juntas. Se correspondía con episodios que tuvieron lugar en el marco de la causa del Primer Cuerpo, por la enorme cantidad de centros clandestinos, de operativos, de secuestrados, por la extensión territorial de la causa... Sí, de alguna manera es continuadora del Juicio a las Juntas.

¿Había real magnitud de lo que significaba?

Yo la tenía claramente. Es más, tenía la expectativa o la ilusión de que se abriera este cargo en la Justicia para ocuparme de esa causa. Y desde el primer día me puse a trabajar intensamente por la relevancia que tenía. Por ejemplo, recuerdo que dupliqué o tripliqué la dotación del personal asignado a la causa.

¿Cuántos eran?

Cuando yo llegué habría tres o cuatro personas, y al poco tiempo ya eran doce, con tres secretarios asignados.

Eso habla de un acompañamiento, no sólo desde la Justicia, sino también desde gobierno de turno. Lo digo porque estimo que contaba con más recursos...

No. Los recursos me los dio la Corte Suprema. Fui a pedir más cargos y me los fueron dando. Eso me permitió ampliar la dotación y dar respuestas más o menos satisfactorias a reclamos legítimos de organizaciones y familiares de víctimas que tenían más de treinta años. Era tan grande la cantidad de trabajo que teníamos que avanzamos en varias líneas diferentes. En ese momento tomé la decisión de empezar por los más grandes, por los centros clandestinos más importantes y los grupos más relevantes. Así fue como avanzamos con el circuito Atlético-Banco-Olimpo y Vesubio.

¿En julio de 2017 elevó a juicio el caso del Vesubio?

No. Fueron elevaciones sucesivas. Esta fue la tercera elevación. Ya en 2005 estábamos dictando procesamientos y deteniendo. Fueron algo así como veinte detenciones por Atlético-Banco-Olimpo y alrededor de doce o trece por el Vesubio. Después fuimos por Automotores Orletti, Mansión Seré y el circuito represivo de la zona oeste, la represión en los centros clandestinos de la Policía Federal, de Garage Olimpo, Coordinación Federal y algunas comisarías. También había un centro clandestino en Virrey Ceballos, acá en el centro, y la represión en la provincia de La Pampa y en la ciudad de Junín, y un centenar de operativos sueltos sobre los cuales también fuimos consiguiendo pruebas para avanzar.

¿Hay algún número de los procesados?

Sí, llevamos una estadística. Tenemos un universo de procesados que ronda las mil quinientas personas, de las cuales la mitad están condenadas. Y nosotros, específicamente ahí, hemos aportado como doscientos procesados, de los cuales también la mitad están condenados.

Y las víctimas, ¿cuántas fueron?

Hubo unas dos mil víctimas reconocidas judicialmente y con los hechos probados, incluyendo la etapa previa al golpe de Estado, porque ya a fines del 74 comienzan a funcionar los centros clandestinos, como pasó con el Primer Cuerpo. En Puente Doce, por ejemplo, en el 75 tuvimos un centro clandestino que trabajó a pleno con muchísimos desaparecidos y asesinados. Por eso se abarca también esa etapa previa.

A cargo de ese Primer Cuerpo del Ejército estaba Suárez Mason. ¿Quién era?

Suárez Mason, alias *Pajarito*, era el representante del ala dura de la dictadura dentro de las disputas internas del Ejército. Era el que propiciaba exterminar a todos los que consideraban enemigos, junto con Santiago Riveros, del Cuarto Cuerpo del Ejército, o con Luciano Benjamín Menéndez, del Tercer Cuerpo, a diferencia de otros más moderados. Suárez Mason logró posicionarse por debajo del Jefe de Estado Mayor, que era Videla, y estaba a cargo del área más grande, más significativa en términos de densidad de población, de militancia y de represión. Era tan inmensa la tarea que le cedió una parte de su poder a la Marina, a Massera, a la ESMA, que funcionaba autónomamente. Y el otro brazo que desprendió de él fue el de la zona de La Plata, pero se lo pasó a Camps. Por fuera de eso, todo lo que era el Gran Buenos Aires quedaba bajo la órbita del Primer Cuerpo y Suárez Mason. Lamentablemente, murió en los 90, durante la etapa de impunidad, y no fue juzgado. Sí fue juzgado su segundo, Olivera Róvere, que fue procesado, elevado a juicio y condenado por los crímenes cometidos.

Habitualmente surge una pregunta: ¿tuvo presiones políticas o amenazas provenientes de represores o anónimas?

Siempre las recibí de ex represores o de detenidos, pero nunca fuera de esos casos. Bah, tampoco eran amenazas. Eran actitudes de franca oposición a lo que se estaba haciendo, pronósticos de que la movida de derechos humanos se iba a terminar en la elección de medio término de 2005 y 2006, o augurios de que todo se iba a dar vuelta y que en el futuro yo iba a estar de un lado y los juzgados del otro, con lo que esa frase significaba. Ese tipo de comentarios hacían los Guglielminetti, los Ruffo, que eran personajes supuestamente intocables. Fue el momento en que los torturadores, los represores y los integrantes de los grupos de tareas vivían con garantías de

impunidad. Pero cuando en 2005 se encontraron con que el panorama había cambiado y empezaban a ir presos, no salían y cada día había nuevos procesados, se produjo la lógica tensión con esos sectores. Todo fue así hasta que entendieron que era irreversible, inevitable; que estábamos frente a una política de Estado con apoyo popular y de los sectores democráticos. Pero efectivamente los primeros tiempos fueron de tensión: con los diputados, los detenidos, los abogados, los familiares... Era duro cruzarse en los pasillos de tribunales con represores o familiares de los represores, policías o con personas involucradas. Pero no fue nada más grave que los comentarios que mencioné.

Más allá de la importancia que tuvo el asunto, ¿qué significó para usted en lo personal y en su carrera profesional como juez?

Sin dudas fue el momento culminante de mi carrera. Nada de lo que haga de acá en más va a tener ese significado e importancia institucional, histórica y política. De eso soy plenamente consciente. Al mismo tiempo, fue un desafío inigualable, y creo haber estado a la altura y haber cumplido en gran medida con las demandas de Verdad, Justicia y Reparación por parte de las víctimas. Tuve un equipo de trabajo espectacular que me permitió colmar en gran parte mi vocación de justicia. Todo lo que atravesé a lo largo de mis años de preparación se vio justificado a partir de mi actuación durante esos casi quince años al frente de esta causa. Una línea de investigación que propiciamos fue la de hacer declarar a los soldados conscriptos en ese entonces. Porque los operativos del regimiento los hacían los oficiales y suboficiales pero con el apoyo de soldados para las guardias externas, para parar el tránsito en las rutas, para dejar zonas liberadas... Y no fue uno, sino que fueron varios soldados los que aportaron información muy certera, que fue clave porque eran testigos privilegiados. Ellos los vivieron desde adentro; estuvieron un año conviviendo con esos oficiales y conocían su identidad, quiénes eran, cómo pensaban o qué decían en las arengas antes de salir a un operativo. Muchos de ellos recordaron fotográficamente dónde se apostaban y qué rol cumplían en esos operativos ilegales. En mi caso, como juez, siento que fueron testimonios muy valiosos por las circunstancias y también porque yo lo viví, ya que fui soldado conscripto en el 86. Y yo, hasta el día de hoy, me acuerdo con lujo de detalles, momentos, instancias y personajes. Si hoy me presentaran fotografías de oficiales o suboficiales con los cuales conviví durante ese año, los reconocería sin ningún problema. Es decir, también desde

esa experiencia personal que tuve como soldado, me parecieron muy valiosos y confiables los testimonios de los conscriptos y por eso todavía hoy les seguimos tomando declaración a muchos de ellos para seguir armando el rompecabezas. Sobre la base de la declaración de los soldados consolidamos las imputaciones a los oficiales y probamos que participaron como jefes de compañía o de sección en esta cadena de la que estamos hablando. Luis Felipe Bustos, que era jefe segundo del regimiento; Serapio Eduardo del Río, jefe de la compañía A; el teniente primero Guillermo Cogorno, jefe de la compañía B; el teniente Gustavo González Sass, jefe de la compañía de comandos y servicios; y los subtenientes Emilio Morello, Luis Brun, Martín Sánchez Zinny y Horacio Linari. Todos ellos están en procesamientos.

Qué lentos que son los procesos, ¿no? En especial cuando no se tienen datos y se necesitan los testimonios de estos soldados. ¿Es muy complejo acelerar?

Una cosa son las dificultades de obtener pruebas a cuarenta años de los hechos, pero además está el problema de que el modelo procesal con el que nos manejamos es del siglo XIX. El proceso podría acelerarse muchísimo si las audiencias fueran orales o si hubiera menos instancias de recursos para las defensas, es decir, bloquear la posibilidad de dilatar las cosas deliberadamente. Pero no se ha avanzado en ese sentido. Y más allá de todo, me parece muy bien que se utilice el Código Procesal vigente porque hay que respetar las garantías de los acusados. Es cierto, todo es más lento, pero finalmente la justicia llega.

Que tenga el apoyo de los organismos de derechos humanos, ¿qué significado tiene?

Justifica las amarguras, los sinsabores, las injusticias, las persecuciones. Para mí y para la gente con la que trabajo desde hace tantos años, gratifica tener el reconocimiento de los colectivos que representan a las víctimas del terrorismo de Estado. Porque eso quiere decir que el trabajo que se hizo ha servido para hacer justicia y para proveer una reparación real a las miles de víctimas, a sus familiares, a sus seres queridos, a su círculo de pertenencia, a las organizaciones políticas, sindicales, gremiales y profesionales que se vieron diezmadas. Por eso hablo de que, en este caso, hay que tener la plena conciencia histórica institucional de lo que está en juego. Y eso me llevó a

que las resoluciones no fueran burocráticas sino cargadas de sentido por el contexto histórico, las reivindicaciones y las aspiraciones. Están cargadas de un reconocimiento, desde la Justicia y desde el Estado de lo mal que se actuó en aquel entonces y de lo importante que fue volver a poner a las instituciones en el lugar que corresponde. No fue solamente que nosotros hicimos nuestro trabajo, sino que además aspiramos a defender, desde nuestro lugar, una política seria de derechos humanos en Argentina. Me parece que ese fue el punto de identificación entre los organismos y el juzgado. Y también, lo que no es poco, desde el juzgado buscamos hacer valer los principios constitucionales, afianzar la justicia y cumplir con las exigencias de la comunidad internacional en materia de persecución de los crímenes de lesa humanidad. En este caso, en mi función, ha confluído esto: las demandas universales de juicio y castigo por los crímenes de lesa humanidad y la demanda constitucional de afianzar la justicia y enrolar esta tarea en el marco de los derechos humanos.

¿Lo sorprendió el fallo del 2×1?

Me pareció preocupante. El fallo estaba basado en garantías, es un fallo garantista que hace una interpretación de los artículos 2 y 3 del Código Penal. Desde 1921, tenemos un artículo en el Código Penal Argentino —el artículo 3— que nadie conoce realmente o nadie le presta atención, y dice: «en el cómputo de la prisión preventiva», que era lo que se trabajaba en el caso Muiña, «se observará separadamente la ley más favorable al procesado». Esto es lo que dice la ley. O sea, tenemos que cambiar la ley. Hay que sacar este artículo. Es complicado. Yo no digo que esto automáticamente nos lleve al caso Muiña, porque está la cuestión de que son delitos de lesa humanidad y cabe la posibilidad de que se lo interprete como una amnistía encubierta. En definitiva, no digo que fuera correcto lo que dijo la Corte con el voto mayoritario, pero tenían basamento legal para hacerlo.

Gil Lavedra mencionó que los delitos de lesa humanidad son imprescriptibles y descartó la utilización de ese artículo 3 por dos razones: porque los delitos de lesa humanidad permanecen vigentes y porque en el medio estuvieron los indultos. ¿Es correcto?

Es una discusión técnica. Por más que sean delitos de lesa humanidad, eso no puede justificar que los condenados permanezcan presos toda la vida y por

lo tanto, no hay cómputo posible. Las penas son temporales, incluso la de prisión perpetua. La ley argentina, desde 1921, sabiamente, dice que la prisión perpetua puede pedir la libertad condicional a los veinte años y entonces estos artículos empiezan a tener incidencia. De todos modos, así como me sorprendió el fallo, también me sorprendió gratamente la reacción popular, esa plaza más que maravillosa. Esa misma tarde ya las dos cámaras habían sancionado. Y esa plaza, en buena medida, ha sido un logro colectivo a partir de las políticas de Memoria, Verdad y Justicia constantes. O sea que lo que fue una política de Estado durante doce o trece años se transformó en esa plaza. Eso revela que un trabajo serio, constante y profundo devino en un cambio cultural. Creo que, como sociedad, debemos estar satisfechos.

CAPÍTULO 4

Leonor Canelles y Alberto Nadra

Hagamos un trato

Leonor Canelles y Alberto Nadra se conocieron durante los últimos años de la dictadura. En medio de ese contexto de violencia y represión, sintieron que formar una pareja los hacía más vulnerables y los exponía a sufrir un dolor inmenso en caso de que alguno de ellos (o ambos) cayera en manos de los represores. Por esa razón pusieron entre paréntesis los sentimientos y, recién un año después de aquel primer encuentro, tuvieron la primera cita. Y luego, bastante más rápido de lo que podían imaginar, se casaron. De esto ya pasaron treinta y cinco años, tienen dos hijas y muchas ganas de ser abuelos.

La vida de ambos estuvo siempre atravesada por la militancia, incluso desde antes de nacer: son hijos de Fernando Nadra^[94] y Jorge Canelles^[95], dos emblemáticos dirigentes de la izquierda argentina. En el caso de Alberto, la actividad de su padre lo llevó a vivir en la clandestinidad la mayor parte de su niñez y gran parte de la adolescencia. Leonor fue detenida y torturada cuando tenía 17 años y aún hoy padece las secuelas físicas y psicológicas de aquella experiencia traumática. La ausencia de sus padres también fue el común denominador durante su juventud.

Alberto

«Sabía, y lo supe casi desde que tengo memoria, que de un día para otro podía perder los pocos tesoros que guardaba. (...) Lo sabía; lo supe casi desde que tengo memoria. Mientras, vivía esa sucesión intercalada de tensión constante, el mundo de la literatura, aquel temor doloroso, el gran amor que teníamos como familia (mis padres, mis hermanos y yo), la doble identidad y los juegos infantiles. Mientras tanto vivía todo eso, y más, con una naturalidad que hoy me resulta escalofriante»^[96].

Alberto es el tercer hijo de Fernando Nadra. Junto con sus hermanos Fernando (hijo) y Rodolfo tuvieron la infancia semiclandestina que relata en su libro *Secretos en rojo. Un militante entre dos siglos*. Recién entonces, en

ese proceso de reconstrucción biográfica y a la distancia, pudo reconocer que la infancia jamás llegó a su vida.

Cursó sus estudios primarios en varias escuelas porteñas, en varias ocasiones con identidades y documentos falsos. Esta etapa, que en su libro denominó «La infancia extraviada», fue determinante para desarrollar el compromiso social y político.

Alberto cuenta cómo aprendió junto a sus hermanos, desde muy pequeños, las conductas y los gestos necesarios para sobrellevar el día a día de sus vidas tan peculiares.

De niños nomás supieron cómo cruzar la calle «en el sentido del tránsito», de modo que se viera natural —un gesto de prudencia ante los automóviles—, o cómo girar la cabeza con naturalidad para chequear si los perseguía algún policía de civil.

Los hermanos Nadra no jugaban con los chicos del barrio. Las escuelas a las que concurrían estaban distantes del domicilio familiar. Incluso sabían perfectamente que no debían contarles a sus amigos o compañeros dónde quedaba exactamente la casa en la que vivían. La excusa preferida era que sus padres (papá o mamá alternativamente) «estaban muy enfermos para las visitas» y, si eso no era suficiente, aclaraban que tampoco tenían teléfono para comunicarse con ellos, algo que por otra parte no llamaba la atención en aquellos años en que conseguir una línea telefónica era una aventura casi siempre sin final feliz.

«Desde los 6 años, cuando apenas iniciaba la primaria, supe que existía la posibilidad de no volver a ver la casa en la que estaba viviendo —todas eran ocasionales— ni a los amigos que me hubiera hecho, e incluso no asistir a alguna juntada que hubiéramos arreglado de antemano. Sabía, lo supe casi desde que tengo memoria, que, de un día para otro, podía perder los pocos tesoros que guardaba: mis barquitos de juguete, algún autito, aquellas amadas revistas sobre *Vidas Ejemplares*, *Hora Cero*, las aventuras de los superhéroes y mis irremplazables libros de Julio Verne, Alejandro Dumas y Emilio Salgari»^[97].

Alberto reconstruye los primeros años de su vida según la lógica «del militante perseguido» y cada uno de los hábitos y costumbres los adquirió para evitar correr riesgos innecesarios: no debía identificar nunca un apellido real, reconocer con la mejor fingida naturalidad un documento o certificado

escolar propio junto a un nombre extraño, inventar excusas, evadir cualquier información contrastable.

«En cada situación debía actuar correctamente; como nos habían enseñado. Cada palabra era clave; cada error podía ser fatal. Cada momento, una mezcla de corazón acelerado y estómago anudado. No podía equivocarme; lo sabía y lo sufría. La vida de toda la familia estaba en juego. Y lo sufría. Cada día. En silencio. Al fin y al cabo muchos otros militantes —quizás muchos otros chicos como yo— estaban en una situación similar o peor.»

El primer año de la escuela media lo cursó en un colegio comercial de Haedo, pero al final de ese ciclo, debido a su activismo estudiantil, las autoridades lo obligaron a abandonar la institución. Terminó los estudios en el bachillerato del Colegio Nacional Mariano Moreno y, más tarde, cursó parcialmente las carreras de Sociología y de Abogacía en la Universidad de Buenos Aires.

Con el tiempo, sus hermanos mayores Fernando y Rodolfo también se convirtieron en militantes. Alberto llegó a ser uno de los referentes más importantes de la Fede.

Militancia

En 1965, cuando Alberto todavía cursaba en el comercial de Haedo, fue elegido delegado estudiantil por sus compañeros. Durante ese período, mientras gobernaba la Argentina el presidente radical Arturo Illia, participó en un periódico mural^[98], donde los estudiantes condenaron la invasión de 42.000 marines estadounidenses en República Dominicana para impedir la reposición del gobierno legítimo de Juan Bosch^[99]. El escrito le valió la expulsión por parte de las autoridades, quienes, luego de reincorporarlo tras una movilización impulsada por sus compañeros, le impusieron como sanción disciplinaria un cambio de establecimiento para el año siguiente.

En 1966 ingresó al Colegio Nacional Mariano Moreno, donde colaboró en la reorganización del Centro de Estudiantes hasta 1967, años en los que la dictadura de Juan Carlos Onganía prohibía la actividad política en las escuelas. En 1968, siendo delegado estudiantil, estuvo entre quienes promovieron la primera huelga en la enseñanza media contra la imposición de planes de estudio que los alumnos consideraban antipedagógicos y

restrictivos. Al año siguiente, el Centro de Estudiantes de su colegio inició el repudio a los asesinatos de los alumnos en las protestas populares de Corrientes, Rosario y Córdoba, mediante la exhibición de cintas negras en las solapas de los sacos de los varones y en los guardapolvos de las mujeres. Esta medida se generalizó en varios establecimientos públicos del resto del país.

En sus años transcurridos en la UBA, fue miembro del Consejo de Delegados y del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras (CEFyL). Participó en las tomas de establecimientos y en los enfrentamientos con policías provinciales y la Guardia de Infantería, acciones implementadas por los diferentes movimientos estudiantiles universitarios contra los exámenes de ingreso en 1970 y 1971^[100]. Durante esta época de militancia universitaria, fue detenido más de una vez y privado ilegalmente de su libertad por la policía y por grupos parapoliciales.

Alberto se acercó a la actividad política a los 13 años, en la Fede, y participó en los organismos de base estudiantiles. Con el tiempo, y por su ejercicio del periodismo, comenzó a militar en el gremio de prensa. En los primeros años de la década del 70, fue uno de los fundadores de las Juventudes Políticas Argentinas (JPA)^[101]. Más tarde colaboró en su reconstrucción luego del golpe de Estado de 1976, y hasta 1982. Las principales acciones de las que participó como parte de las JPA fueron: el llamado por la Paz en el Conflicto del Beagle, la movilización con motivo de la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH)^[102] en 1979, las marchas de la Comisión de los 25^[103] y de la CGT Brasil^[104] a la iglesia de San Cayetano y una significativa Jornada de Lucha que se desarrolló el 30 de marzo de 1982 en Plaza de Mayo^[105]. Ese mismo año, las JPA fueron relanzadas como el Movimiento de Juventudes Políticas (Mojupo), del que Alberto también formó parte.

Durante su militancia en el gremio de prensa, Alberto participó de la Junta Electoral de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA, años después UTPBA^[106]), en las elecciones de julio de 1972. En esos comicios compitieron figuras como Jorge Luis Bernetti, Carlos Borro, María Victoria Vicky Walsh, Eduardo Molina y María Cristina Suárez (Lista Marrón); y Sergio Peralta, Enrique Tortosa, Julio Orione, Walter Fumarola, Ricardo Mainardi y Jorge Marrone (Lista Azul y Blanca). Un año después, Alberto participó en un operativo de rescate y difusión del último poema de Víctor Jara, escrito poco antes de su asesinato, mientras permanecía detenido en el Estadio Nacional de Santiago de Chile, en los comienzos de la dictadura de Augusto Pinochet:

*Somos cinco mil
en esta pequeña parte de la ciudad.
Somos cinco mil
en las ciudades y en todo el país?*

*Solo aquí
diez mil manos siembran
y hacen andar las fábricas.*

*¡Cuánta humanidad
con hambre, frío, pánico, dolor,
presión moral, terror y locura!*

*Seis de los nuestros se perdieron
en el espacio de las estrellas.*

*Un muerto, un golpeado como jamás creí
se podría golpear a un ser humano.
Los otros cuatro quisieron quitarse todos los temores
uno saltó al vacío,
otro golpeándose la cabeza contra el muro,
pero todos con la mirada fija de la muerte.*

*¡Qué espanto causa el rostro del fascismo!
Llevan a cabo sus planes con precisión artera
Sin importarles nada.
La sangre para ellos son medallas.
La matanza es acto de heroísmo
¿Es este el mundo que creaste, dios mío?
¿Para esto tus siete días de asombro y trabajo?*

*En estas cuatro murallas sólo existe un número
que no progresa,
que lentamente querrá más muerte.*

*Pero de pronto me golpea la conciencia
y veo esta marea sin latido,
pero con el pulso de las máquinas
y los militares mostrando su rostro de matrona
llena de dulzura.*

*¿Y México, Cuba y el mundo?
¡Que griten esta ignominia!
Somos diez mil manos menos
que no producen.*

*¿Cuántos somos en toda la Patria?
La sangre del compañero Presidente
golpea más fuerte que bombas y metralas.
Así golpeará nuestro puño nuevamente.*

*¡Canto qué mal me sales
cuando tengo que cantar espanto!
Espanto como el que vivo
como el que muero, espanto.
De verme entre tanto y tantos
momentos del infinito
en que el silencio y el grito
son las metas de este canto.*

*Lo que veo nunca vi,
lo que he sentido y que siento
hará brotar el momento...^[107]*

En 1975, el gremio de prensa fue intervenido por el gobierno de María Estela Martínez de Perón, situación que se prolongó durante toda la dictadura posterior. Entre 1976 y 1983, la militancia de Alberto también incluyó la denuncia de las violaciones sistemáticas a los derechos humanos en Argentina y en la región. Durante esos años se desempeñó como jefe de redacción y editor del área Cono Sur de la corresponsalía en Buenos Aires de la agencia cubana Prensa Latina^[108].

En 1977 recibió y publicó una copia de la carta que Rodolfo Walsh envió a la Junta Militar^[109], y que provocaría su secuestro y desaparición. Prensa Latina fue la primera agencia que difundió el documento en el mundo, mucho antes de que la carta fuera conocida en Argentina. Por esta acción, Alberto fue amenazado de muerte y tildado por la CIA de «agente de inteligencia^[110]».

«Yo era simplemente el jefe de redacción de la agencia Prensa Latina. Ellos partían de la base de que yo era un agente de inteligencia

cubano... Bueno, eso sostenía la CIA. ¿Y qué quería decir? Que me estaban vigilando ellos y que me estaban vigilando los otros. Estaban todos los servicios metidos ahí»^[111].

En 1979, la Organización Internacional de Periodistas (OIP)^[112] lo distinguió por su trabajo con el Premio al Mérito Periodístico y comenzó a formar parte del Comité Central de la organización en 1982. Durante los últimos años de la dictadura, también estuvo a cargo del quincenario *Aquí y Ahora*^[113] y, a partir de 1984, inició su participación en los medios gráficos gestionados por la dirección del Partido Comunista argentino^[114].

Formó parte del Consejo Editorial de la revista teórica *Nueva Era*^[115] y dirigió el semanario *Propuesta*^[116]. En noviembre de 1986 también participó en la redacción de los documentos «Tesis e informe central, los ejes teóricos del proceso denominado “viraje”»^[117], en el XVI Congreso del PC. No obstante haber sido elegido en ese acto miembro permanente del Comité Central, la desnaturalización del «viraje» profundizó las diferencias de Alberto con los principales dirigentes comunistas y, después de veintiséis años, el 8 de octubre de 1990, renunció al PC.

A través de su militancia en las JPA, Alberto estuvo comprometido con la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH)^[118], la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH)^[119], Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas^[120], Abuelas de Plaza de Mayo^[121] y Madres de Plaza de Mayo^[122]. Así, en 1977 concurreó con otros dirigentes juveniles a la primera marcha de las Madres de Plaza de Mayo y fue uno de los organizadores de los seminarios juveniles de la APDH en el 79 y el 80. Entre el 6 y el 20 de septiembre de 1979 integró la delegación juvenil que declaró ante la CIDH.

«Lo de la dictadura fue muy de pulsión, más animal que todo. Uno veía lo que estaba pasando, hacía lo que creía que tenía que hacer, negaba la realidad, naturalizabas una situación verdaderamente aterradorante y, a pesar de todo, no estábamos paralizados por el miedo, o al menos yo no lo estaba. Sabía que me podían matar al día siguiente y, sin embargo, no vivía asustado. Cuando se te cruzaba un Falcon te ponías nervioso o cuando sentías una frenada... No era que todo me importaba un carajo. No. Lo que te quiero decir es que lo teníamos internalizado como algo natural»^[123].

Días después de la recuperación democrática en 1983, Alberto viajó a Moscú como delegado de la Federación Juvenil Comunista para exponer en el Congreso Internacional de Periodistas que se llevaba adelante en Rusia.

«Viajé el lunes posterior a las elecciones que consagraron a Raúl Alfonsín presidente de los argentinos. Leonor estaba embarazada de siete meses de nuestra hija mayor, Yamilé. No fue fácil explicarles a los representantes de los partidos comunistas de todos los continentes la posición del PC, que en esa elección había apoyado la fórmula Luder-Bittel».

Entre 1995 y 1999, Alberto produjo y condujo su propio programa de política y economía en televisión por cable. En diciembre de 1997 integró el Foro de Confluencia junto con un centenar de personalidades políticas, sociales y artísticas que reclamaron fuertes cambios al documento programático «Carta a los Argentinos», que fue aprobado como plataforma electoral por la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación en 1998. Y cuestionaron la elección de Fernando de la Rúa como candidato para las elecciones presidenciales de 1999.

Ya en los comienzos del siglo XXI, perteneció al partido UNITE^[124] y, como parte de su dirección, acordó con Néstor Kirchner un enfoque programático para el apoyo a su candidatura presidencial a fines de 2002, tras haber sido impulsada por el Frente para la Victoria (FPV).

Desde 2004 y hasta diciembre de 2015 fue delegado de la Sedronar (Secretaría de Políticas Integrales sobre Drogas de la Nación Argentina) ante el Congreso de la Nación y, con el nucleamiento de periodistas y trabajadores de la comunicación que conformaban *Los 100*^[125], impulsaron la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Hasta el día de hoy se desempeña como secretario de esta organización.

Leonor

Es la hija mayor de Jorge *El Flaco* Canelles, uno de los referentes del Cordobazo y gran amigo de Agustín Tosco^[126]. Canelles estaba casado con la tucumana Cristina Coronel, de ascendencia criolla e india, con la que tuvo tres hijas: Leonor, Beatriz y Silvia.

Leonor, al principio, no tenía participación orgánica pero acompañaba a su padre a diferentes reuniones y con el paso del tiempo se fue acercando a la política partidaria. Sus hermanas menores también fueron militantes y padecieron secuestros y torturas.

El 9 de octubre de 1974, el Navarrazo^[127] que derrocó a Obregón Cano y Atilio López lanzó un operativo conjunto de fuerzas policiales junto con el Comando Libertadores de América, el equivalente cordobés a la Alianza Anticomunista Argentina (AAA)^[128], y arrasaron con los locales del sindicato Luz y Fuerza, del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y, finalmente, del PC. Leonor, *El Flaco* Canelles y otros cincuenta camaradas fueron detenidos en Obispo Trejo 364, sin haber opuesto resistencia: la orden del partido difundida en todo el país indicaba que se usarían las armas únicamente en operativos conducidos por parapoliciales de civil y no en los casos en los que hubiera agentes uniformados.

La movilización por la libertad de los compañeros fue inmediata e intensa. Dos días después de su detención, frente al D2 (Departamento de Informaciones de la Policía de la Provincia, ubicado en el edificio del Cabildo histórico), los militantes aún esperaban la salida de Canelles padre e hija, quienes seguían sin ser liberados. Estuvieron entre los últimos en salir y ya todos sabían que la hija de *El Flaco* había sido torturada, junto con Tita Clelia Hidalgo, quien murió por el ensañamiento y el tardío intento de hospitalizarla. Los camaradas sabían que Leonor, esa chica flaquita, bonita, altiva pese a sus escasos 17 años, había soportado los golpes, la picana, las vejaciones, la pérdida de su compañera y los simulacros de fusilamiento. Todos sintieron un fuerte impacto cuando ella salió a la calle con la ropa rasgada y ensangrentada, pero con la frente alta.

Alberto escribió en su libro sobre esta experiencia de Leonor a partir de una conversación familiar que se dio muchos años después y de manera inesperada, porque a *Leo*, como suele decirle Alberto, no le gusta hablar del pasado y menos aún de las épocas más oscuras, en las que le tocó poner el cuerpo y que aún hoy le siguen doliendo.

«—No sirve pensar en eso. Nadie puede decir qué hará cuando lo torturen. Porque, sencillamente, nadie lo sabe.

Esa fue la respuesta natural, sin vacilaciones —y, como siempre, práctica— de Leonor. Para ella, “la cuestión” nunca llegó a existir.

Por primera vez me había animado a preguntar:

—¿Cómo aguantaste la tortura?

—No sé... Era como estar viviendo una película. Como si yo no estuviera ahí, sino otra persona; con otra gente... extraña... Me acuerdo las cosas como en cámara lenta. Sé que varias veces perdí el conocimiento y lo que viene antes de eso se ve en amarillo fuerte. No sentía dolor. Creo que por momentos bronca, pero tampoco estoy segura...

—¿Pero no dijiste nada? —insistí, rozando con cuidado temas intocados. La mirada de mi negra volvía a perderse; quizás un poco como ese día, tantos años atrás:

—No. No dije nada —respondió con lentitud y voz inexpresiva—. Pero no hubiera podido. Recién me salieron palabras de la boca horas después de que nos soltaran. Estaba llorando después de ver a mamá, después de los exámenes médicos. No sé... Mi papá me abrazó... Estábamos afuera...

Estaba afuera. Pero nunca volvió a ser verdaderamente libre»^[129].

Mucho antes de ser secuestrada y torturada, Leonor ya había experimentado situaciones de violencia. Su casa familiar fue atacada en varias oportunidades con explosivos y se derrumbó prácticamente en su totalidad en uno de esos atentados. Leonor además fue baleada desde un auto en la vía pública, en pleno centro de la ciudad de Córdoba. Sus pantalones oxford resultaron agujereados por los proyectiles y salvó su vida por milagro.

Leonor se crió compartiendo cenas, mates y largas charlas los fines de semana en la casa de Tosco y su familia, visitando a su papá en la cárcel y hasta festejando su cumpleaños en uno de esos encuentros en prisión. Vivió su infancia y su adolescencia con gente de sólidos compromisos políticos. En su casa siempre había personas que discutían las problemáticas sociales y laborales mientras compartían un asado y un vino. Fue criada en un ambiente rodeada de trabajadores.

Pasó meses de hambre y de desesperación cuando su papá se fugó porque lo buscaban para matarlo y fue entonces que se convirtió en el sostén de la familia. Tuvo una vida austera y con muchas limitaciones económicas. Empezó a trabajar a los 13 años para sostener su casa. Con lo que ganaba compraba fiambre, queso y, de vez en cuando, algún que otro juguete para sus hermanas. Leonor priorizaba a su madre y a sus hermanas por encima de sus propios proyectos y deseos. Incluso suspendió una boda y terminó la relación porque pensó que, si ella se iba, su familia quedaría a la deriva. Era adolescente y ya era el pilar en el que se apoyaban su madre y sus hermanas.

Ella era la persona fuerte que sostenía a las tres, tanto en lo material como en lo emocional. Leonor asumía sin dudar el rol de sostén de su familia ante la ausencia de su padre.

Con el tiempo aprendió a no mostrar sus sentimientos, a ser fuerte y a proteger y cuidar de los demás. Su infancia y adolescencia estuvieron marcadas por un padre que tuvo que escaparse en varias oportunidades para salvar su vida, pero en ese trayecto dejó solas a su esposa y a sus tres hijas por largos períodos. Estas ausencias paternas moldearon el carácter y la personalidad de Leonor.

El Flaco, como le decían a Canelles, el veterano militante cordobés y ex afiliado al PC, murió a los 75 años, luego de una larga enfermedad. A modo de homenaje, en la sede central de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), una sala lleva su nombre.

Otra de las personas que fue determinante en marcar su personalidad fue su abuela materna, María Leonor^[130], una catalana católica y muy impregnada de costumbres conservadoras. María Leonor le inculcó la importancia de estar siempre bien vestida y arreglada, y le transmitió la obsesión por la limpieza, la pulcritud y cosas como que la cartera y los zapatos siempre deben hacer juego.

Luego de su detención en el D2, su solidez y su temperamento se modificaron. Nunca volvió a ser la misma. Los rastros de esa traumática experiencia se adhirieron a su cuerpo y conformaron su memoria. Y con el transcurso del tiempo empezaron a hacerse notar. Las lesiones son cada vez más identificables y hoy padece las secuelas de aquella época.

Leonor y Alberto

«...el croquis está trazado, hay dos historias de dos personas que se encuentran en el momento justo, para ambos...»^[131].

El primer encuentro de Alberto y Leonor fue durante el invierno de 1980, en un edificio ubicado en Callao al 500, donde funcionaba la sede de la APDH. Ese día hablaba Raúl Alfonsín, quien sería luego el primer presidente elegido por el voto popular tras el golpe del 76. Se trataba de un seminario juvenil y Leonor había sido invitada para ayudar en una comisión.

Terminada la jornada en la APDH, con un grupo de amigos y militantes se fueron a tomar algo al bar La Ópera, un clásico de la época. Los dos sintieron

una atracción inmediata e, incluso, Alberto le pidió el teléfono. Ella le dio el de su trabajo, una importadora de juguetes. Pero él nunca la llamó.

Según Alberto, todos sus amigos de la vida o de la militancia le buscaban novia, porque la mayoría de ellos estaban casados o en pareja estable:

«Entre el 76, con 24 años, y el 80, con 28, era totalmente soltero. Todos sabían que tenía algunas cosas, pero nadie conocía nada. Yo no mezclaba los tantos. Por eso vivían buscándome novia. Todos querían que me casara».

Para Alberto, «lo de Leonor apareció como una premeditada maniobra de acercamiento que me armaron». No hay ninguna duda de que su presencia en la sede de la APDH se trató de una estrategia organizada por los amigos, «sobre todo por el Negro Ángel Castañeda»^[132].

Así fue como se cruzaron por primera vez. ¿Casualidad? ¿O un plan orquestado por los amigos de Alberto? Ellos querían presentarlos, pero sabían que ninguno aceptaría la propuesta de una cita a ciegas.

«Ahí nos conocimos. Nos presentaron y hubo onda entre los dos. A diferencia de otros casos, había atracción, pero como había ocurrido tantas otras veces en las que me interesó una piba de la Fede o de otra organización, yo dije no. Era el 80 y todavía estábamos en medio del quilombo»^[133].

El segundo encuentro, meses más tarde, también se dio de manera «casual» durante una fiesta en la que volvieron a intercambiar teléfonos. Alberto dejó pasar casi un año antes de llamarla. Finalmente, el 5 de abril de 1981, un día que pasaba cerca de donde ella trabajaba, la llamó para invitarla al cine.

«Aparecí después de casi un año y le dije “Hola, Leonor, soy Alberto”, y ella me respondió “Ah, hola, ¿qué hacés?”. Entonces fui directo: “Si bajás ahora, te invito al cine. Y si no podés, no”. Y Leonor no dudó: “Bueno, bajo”, me dijo. Y fuimos al cine»^[134].

Entraron en una sala de Lavalle y Florida y vieron *Ordinary people*^[135]. Esa primera noche terminaron tomando un café en La Ideal, donde se pasaron las horas hablando de la película y de sus vidas. Al día siguiente se volvieron a

encontrar y empezaron a salir. «Nos veíamos casi todos los días. Fueron ocho meses movidos. Y eso que no había celular»^[136].

Empezaron a verse cada vez más seguido y, casi sin darse cuenta, ambos apostaron a una relación estable, algo que no habían imaginado al principio. Los dos habían tenido relaciones anteriores. Leonor, incluso, estuvo por casarse. Pero no fue hasta entonces, con el peligro de la dictadura ya alejándose, que se animaron a construir una pareja en el más tradicional de los estilos.

«Ahí más o menos empezó todo el proceso de la relación. Al principio, te digo la verdad, yo estaba saliendo informalmente con otras dos chicas, con las que corté ni bien se formalizó lo de Leonor. Esto lo digo porque siempre fui un tipo respetuoso. Además, Leonor es bastante bruja, ya que siempre que me crucé con alguna mujer con la que había tenido alguna historia, ella se dio cuenta enseguida. Yo siempre le he sido fiel.

Hasta que empecé a salir con ella no había tenido una vida monacal. Había vivido muchas cosas y había tenido muchas relaciones importantes, muchas situaciones formales. Así que esa cosa de estar buscando experiencias nuevas o la vocación de saldar alguna asignatura pendiente o alguna fantasía amorosa o sexual, ya lo había vivido. Jamás necesité nada por fuera de Leonor».^[137]

Ante el cambio de clima político en el país y con la dictadura en retirada, tanto Alberto como Leonor empezaron a sentir cierta seguridad para proyectar una vida normal y asumir riesgos y compromisos afectivos.

«Ya había otro clima. Había movilizaciones, puteadas a la dictadura y la Multipartidaria^[138] ya se movía. Es más, fuimos juntos a la marcha en que nos gasearon, cuando mataron a Dalmiro Flores^[139], fue una movilización gigantesca contra todas las atrocidades de la dictadura»^[140].

La atracción se fue transformando en amor y los dos sentían que ya habían cumplido una etapa en sus vidas y estaban en la puerta del comienzo de otra:

«Lo sentí así. La propuesta de casamiento no fue convencional. Un día fui al registro civil de la calle Uruguay y pedí turno. Me lo dieron para

el 26 de marzo del 82. Leonor había venido a casa de visita. Yo vivía solo en un departamento. Estábamos charlando cuando le dije: “Che, Leo, ¿qué tenés que hacer el 26 de marzo?”. Ella me respondió “Nada”. “Porque tengo un compromiso y quería saber qué tenías en la agenda. ¿Tenés algo?”. “No”, me dijo. Faltaban como tres meses. Y entonces solté lo que tenía guardado: “Bueno, entonces, a las 3 de la tarde, anotate Uruguay, no me acuerdo si es al 500”. “Bueno, pero decime qué es”, me respondió intrigada. “Es para que nos casemos”»[141].

Inmediatamente comenzaron los preparativos. Mandaron una tarjeta de invitación muy informal, con una foto de los dos y una frase que generó polémica entre algunos invitados: «Algunos se conforman con quererse, pero los más exigentes también se casan». En esa época las invitaciones eran más formales, pero como Alberto estaba al frente de la revista de la FJC pudo contar con fotógrafos profesionales y los distintos pasos de imprenta que entonces se requerían, además del papel ilustración.

«El texto era obviamente en joda. Sin embargo, con sorpresa, me enteré de que algunos amigos se enojaron. El escritor y dramaturgo Ismael *Paco* Hase, que convivía y convivió muchos años con la locutora Nora Perlé, se lo tomó como una suerte de ofensa. De todas maneras fue una tormenta en un vaso».

El 26 de marzo de 1982, Alberto y Leonor se casaron y los festejos se hicieron en la casa de Fernando, el hermano mayor de Alberto, en el barrio de Caballito. Además de amigos y compañeros de militancia, se sumaron los principales dirigentes del PC, muy cercanos al papá de Alberto. También estuvieron invitados dirigentes históricos del sindicalismo, amigos del papá de Leonor. El día después de la boda, se fueron a Bariloche, pero Alberto interrumpió la luna de miel porque se desató la guerra de Malvinas. «Me volví para combatir, para asumir mis responsabilidades políticas ineludibles»[142].

Con el final de la guerra y el regreso de la democracia, Leonor y Alberto pudieron tomarse unos días en la costa y ella conoció el mar por primera vez.

Los primeros años de casados decidieron postergar la llegada de los hijos para hacer «un poco de pareja». Cuando tomaron la decisión, un médico de la obra social del sindicato de La Bancaria, donde se atendía Leonor, les dijo que ella no podía tener hijos por un problema hormonal. Así empezó una serie

de estudios muy angustiantes y estresantes para los dos. Mientras se realizaba los chequeos correspondientes para dar con el diagnóstico preciso, dejaron de cuidarse y tanto Leonor como Alberto aseguran que saben el día que quedó embarazada.

«Sabemos el día en que las concebimos a las dos chicas. Es porque Leonor, al día siguiente de quedar embarazada, no puede tomar mate ni vino. Pasó las dos veces. El día que nos dejamos de cuidar, quedó embarazada. Imaginate el impacto que fue, porque los médicos nos habían dicho que no íbamos a poder tener hijos. Fue todo un período muy angustiante. Que sí, que no, que había que hacer estudios»^[143].

En el 84 nació Yamilé y al año siguiente, Giselle, a pesar de que Alberto no se animaba a un segundo hijo.

«La historia me enseñaba que, en general, la vida es complicada. Y Leo decía que quería concebir, “pero uno...”. Yo atendí ese pedido pese a que creía que los hijos únicos no es lo mejor, pero suponía que para nosotros, quizás, sí».^[144]

Leonor y Alberto pasaron por buenas y por malas situaciones. En los años que llevan juntos aprendieron a sobreponerse, a levantarse de las crisis, a disfrutar y a compartir incluso en las diferencias. No les gustan las mismas cosas: a Leonor le gusta la literatura histórica y a Alberto no tanto. Tampoco tienen el mismo gusto para las películas. Una coincidencia que recuerda Alberto es que, cuando recién se habían casado y no tenían a las chicas, iban juntos a entrenarse todos los días. Pero si algo tienen en común es el placer por las largas conversaciones. Tuvieron y tienen conexión y compromiso con los temas sociales; los unió la sensibilidad y el debate: hablan de todos los temas tratando de quitar de en medio lo partidario y enfocándose en la reflexión, en saber escuchar al otro y en aceptar los cuestionamientos que surgen del análisis de la realidad.

«Siempre hemos hablado mucho sobre distintos temas, con acuerdo o no; pero siempre hemos hablado mucho. Eso es algo que desde el principio nos unió; mucho más que decir “uy, a vos también te gusta Dostoievsky”. Nuestro amor no pasó por ahí. Hemos hablado, hablado

y hablado. Y hemos visto películas. Algunas veces me aburro yo y otras, ella.»

Otro gran tema de diálogo fue sobre la forma de educar a sus hijas. «En eso tampoco hemos tenido las mismas ideas, pero llegamos a acuerdos y los cumplimos a rajatabla. Jamás nos hemos contradicho el uno al otro; siempre aplicamos lo mismo»^[145].

Según Alberto, Leonor «es dura y tiene esquemas y conceptos muy afincados. En general es pesimista, no le gusta fantasear y siempre tiene los pies en la tierra». Mientras que él se reconoce a sí mismo como «más movedido, más inquieto» y con «gran capacidad para volar o fantasear».

«Al famoso soñador lo sigo teniendo adentro. No me molesta. A veces me ilusiono con que las cosas van a estar mejor. Eso no lo perdí. Y no considero que tenga que exorcizarlo porque, en última instancia, a mí me hace bien, me ayuda, me permite tirar del carro»^[146].

En la casa de Alberto y de Leonor, los encuentros familiares, tanto en el almuerzo como en la cena, son fundamentales y tienen sus reglas para fomentar el diálogo. Una de ellas es que no puede haber televisor de por medio en el comedor y tampoco se debe llevar el celular a la mesa. Hoy las chicas ya son adultas y profesionales. Viven solas y construyeron su propia cotidianidad. Pero van seguido a visitarlos. «Nuestras hijas vienen a casa y ni bien entran se ponen a charlar con nosotros. Se sientan y se largan a conversar»^[147]. O sea que el secreto de su amor no sólo está intacto, sino que queda claro que se transmitió de generación en generación.

Hagamos un trato

Mario Benedetti

Compañera
usted sabe
puede contar
conmigo
no hasta dos
o hasta diez
sino contar
conmigo

si alguna vez
advierte
que la miro a los ojos
y una veta de amor
reconoce en los míos
no alerte sus fusiles
ni piense qué delirio
a pesar de la veta
o tal vez porque existe
usted puede contar
conmigo

si otras veces
me encuentra
huraño sin motivo
no piense qué flojera
igual puede contar
conmigo

pero hagamos un trato
yo quisiera contar

con usted

es tan lindo
saber que usted existe
uno se siente vivo
y cuando digo esto
quiero decir contar
aunque sea hasta dos
aunque sea hasta cinco
no ya para que acuda
presurosa en mi auxilio
sino para saber
a ciencia cierta
que usted sabe que puede
contar conmigo

Entrevista a Daniel Campione^[148]

¿Cómo nace el Partido Comunista en Argentina?

Daniel Campione: El PC en Argentina nace inmediatamente después de la Revolución Rusa. El antecedente es el Partido Socialista Internacional, que aparece como una división del Partido Socialista Argentino tradicional, que había sido fundado en 1896, no a raíz de una discrepancia sobre la Revolución Rusa —pese a que era el contexto de época—, sino a partir de discutir el posicionamiento frente a la guerra. Los socialistas internacionales sostenían que había que mantener una actitud de neutralidad y de condena a la guerra y el Partido Socialista Argentino, a través de sus diputados —que tenía varios en ese momento, entre ellos Juan B. Justo y otras grandes figuras—, había contemporizado con la idea de que Argentina pudiera romper relaciones con las potencias centrales: Alemania y Austria-Hungría; y, hasta alguno, por ejemplo, Enrique Del Valle Iberlucea, que era el único senador, había arrimado la idea de que se podía entrar al conflicto bélico con apoyo socialista. Eso generó un enfrentamiento de los clásicos que ocurren dentro de los partidos: estaban los diputados que no acataron la decisión de un congreso que dijo que había que propiciar medidas de ruptura de relaciones o de guerra y la consiguiente acusación del incumplimiento y etcétera, etcétera y etcétera. Fue una ruptura bastante fuerte que, además, tuvo una característica que va más allá de lo ideológico, y es que los que fundaron este Partido Socialista Internacional eran hombres muy jóvenes, que estaban en los 20 años. Ninguno de ellos era diputado, ni siquiera concejal. Es decir, no eran parte de la élite del partido. Tampoco eran, con alguna excepción, profesionales universitarios. Mientras que Juan B. Justo y Enrique Dickman eran médicos y había un grupo de abogados, como Giménez o Mario Bravo o Antonio de Tomaso, que eran figuras de mayor edad, de un origen social más elevado y de una figuración distinta. Fue el típico grupo de mocosos rebeldes, para decirlo en un lenguaje para todas las épocas, que se tomaban el atrevimiento de enfrentar a las grandes figuras, entre ellos a su fundador, Juan B. Justo. No eran novatos totales ya que algunos llevaban diez años de militancia, lo que para su edad era muchísimo, pero no eran figuras relevantes. Y ocurrió que

ninguno de los que sí eran figuras se alineó con ellos. Por eso dije que el centro de la discusión no era la Revolución Rusa, aunque estuvo presente el tema en el debate. Poco tiempo después se celebró el primer Congreso de la Internacional Comunista y el Partido Socialista Internacional adhirió a lo que después se llamaría la Internacional Comunista. A raíz de esto, se obedeció la indicación de la Internacional de que todos los partidos afiliados o integrados debían pasar a llamarse Partido Comunista. Y ahí sí adquiere su nombre definitivo de Partido Comunista argentino, sobre el filo de 1920.

Si hubiera que resumir las ideas centrales de este grupo inicial, ¿por dónde habría que empezar?

Con definiciones vinculadas con el Octubre ruso revolucionario en contraposición a reformistas. La idea fue «nosotros queremos la revolución proletaria, nosotros no queremos adaptarnos pasivamente al parlamentarismo, ni a las instituciones burguesas; nosotros queremos hacer como en Rusia». Apareció el planteo, al poco tiempo, de que había que organizar sóviets en Argentina, o sea que la visión más lineal era «hagamos como Rusia». Por otra parte, eso era lo que estaba ocurriendo en Alemania e Italia. Y al compás de estos sucesos mundiales, el naciente Partido Comunista adquirió esa postura. También se sostenía que había que avanzar hacia una organización política, hacia una escuela de militantes y no hacia una organización recreativa o cultural. Por ejemplo, en el tema electoral, se discutía incluso si había que ir a elecciones o no. Pero tampoco hay que pensar que el naciente Partido Comunista tenía una orientación absolutamente extrema y de ruptura total con el antiguo Partido Socialista. Hay incluso un ida y vuelta, allá por 1920 o 1921, en el que una parte de los que se habían ido del Partido Socialista al Comunista quisieron adherir a la Tercera Internacional, se llamaron a sí mismos «terceristas» y se fueron del PC. También, al poco tiempo, algunos comunistas se volvieron al Partido Socialista porque se hablaba de organizar un frente universal, que no fuera un compartimento estanco. Otra característica importante que se vio fue una nueva concepción del trabajo sindical. El Partido Socialista tenía la idea de que una cosa era el partido y otra los sindicatos. Se daba que los principales dirigentes sindicales no eran dirigentes del partido aunque había excepciones, como por ejemplo la de Francisco Cúneo. Los comunistas pensaban que debía haber una estrecha relación entre partido y movimiento obrero. El partido debía organizar también la acción de los sindicatos.

¿Cuáles fueron esos primeros sindicatos?

El Partido Socialista Internacional y el Partido Comunista después, en los primeros años, no adquirieron gran peso en los sindicatos, pero en un momento llegaron a dirigir una Federación de la capital que se llamaba Unión Obrera Local, que unía a varios sindicatos. Y después aparecieron el Sindicato de Choferes y el de Metalúrgicos, que eran chicos. El Metalúrgico debía tener unos 500 afiliados, lo que ahora sería nada. Imaginate que no existía nada parecido a la personería gremial ni nada de lo que se incorporó en los 40. Con el tiempo, los comunistas se afirmaron en la construcción y, unos años después, ya en los 30, en el Sindicato de la Carne. Y esos sí eran dos sindicatos fundamentales. Lo que ocurría además era que, mientras decaía el gremialismo anarquista, los comunistas lograban hacerse con la dirección en reemplazo de los anarquistas, o sumando a los anarquistas que se hacían comunistas, porque muchos anarquistas se hicieron comunistas. Eso pasó porque los comunistas tenían una línea más dura y, si bien ideológicamente estaba cerca del socialismo, en lo fáctico estaban mucho más cerca de los anarquistas. Los socialistas eran más educados, moderados y reformistas. Bueno, la cuestión es que con el tiempo la identificación del Partido Comunista con la Unión Soviética creció y la Internacional Comunista pasó a ser una especie de PC mundial, con los partidos comunistas nacionales como miembros de integrantes. Y después todo cambió de sentido, hacia fines de la década del 20, cuando se afianzó la dirección de Stalin. Muchos creen que, cuando Stalin se convirtió en el dirigente principal, enseguida sobrevino lo que conocemos como stalinismo, pero no fue así. Pasaron varios años hasta que se afianzó esa idea de partido monolítico, con Stalin como único líder. Ahí sí la identificación con la Unión Soviética se hizo más fuerte, porque menguó el factor internacionalista y se viró hacia una identificación absoluta con la URSS. O sea que ya no se trataba de una revolución mundial que construyera un comunismo a escala mundial, sino que la Unión Soviética iba a ser el centro de todo. Ahí sí se estableció la idea de que la URSS era constitutiva y decisiva en la identidad de todo comunista y del partido.

Después llegó el ingreso del PC a las universidades. ¿Cómo se trazaron esas líneas para llegar a la Fede?

La entrada en las universidades fue desde el inicio. Había una agrupación que se llamaba Insurrexit. Sus miembros, o por lo menos una buena parte de ellos, se fueron del PC a una disidencia que se llamó Chispitas. Fueron muy

importantes, tanto que después fundaron otro partido, que fracasó. Pero Insurrexit se fundó ahí, en 1919 o 1920, al comienzo. Ya sobre el año 30 se fundó una segunda Insurrexit, que adoptó el mismo nombre aunque ya no eran los estudiantes que habían formado la primera. Esas dos Insurrexits, tanto la del 19 como la del 30, estaban muy radicalizadas. No querían la reforma universitaria que con el tiempo se convertiría en «la» línea de la Fede. La Insurrexit era contraria a la reforma universitaria. Planteaban que esa postura era un movimiento pequeñoburgués que aislaba al estudiantado del movimiento obrero, y querían un estudiantado unido al movimiento obrero y radicalizado. O sea, la primera Insurrexit decía «hagamos como en Rusia» y la segunda respondió a la línea de los partidos comunistas a escala mundial con consignas como «clase contra clase», «el repudio al social fascismo» o «el tercer período de ruina del final del capitalismo». Fue un período que se caracterizó como de ultraizquierdista. Esa segunda Insurrexit enfrentaba al proletariado con la burguesía universitaria. Y, a partir de eso, hubo una continuidad de la presencia comunista en la universidad durante la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzó el peronismo o, mejor dicho, con el golpe de Estado del 43, que después dio lugar al peronismo... En ese momento, aparecieron los comunistas, los radicales y los socialistas como opositores al golpe, con una fuerte influencia de la Federación Universitaria Argentina. Y durante el peronismo, también hubo una fuerte influencia comunista, aunque con líneas diferentes.

En un momento, las universidades se volvieron bastante peronistas y adhirieron al CGU, la Confederación General Universitaria, que era peronista. Durante un par de años hubo mayoría peronista, pero los comunistas mantuvieron su presencia y no dejaron de tenerla nunca. Siempre estuvieron ahí, disputando la conducción de la Federación Universitaria Argentina o dirigiendo algunas federaciones locales, como en La Plata, Córdoba o Tucumán. Incluso hubo épocas en las que los estudiantes llegaron a tener más peso en el PC que los sectores sindicales o barriales. El comunismo, en el movimiento universitario, jugaba como polo de atracción para el estudiantado que no se sentía atraído por el peronismo o para los sectores juveniles de clase media que tradicionalmente eran antiperonistas, o para los que veían que el radicalismo tenía una visión reformista pero moderada. Ni las agrupaciones trotskistas ni el Peronismo de Base ni el PRT eran potencias en el ámbito universitario. La Fede era bastante más fuerte que todas esas agrupaciones.

¿Cómo se conforma la Fede?

La Fede actúa con ese nombre casi desde el comienzo. Y sigue existiendo siempre con el criterio de que haya una organización juvenil con un nivel de autonomía pero, al mismo tiempo, con un alto nivel de politización. En esa Federación Juvenil Comunista, que es un organismo muy centralizado, las distintas Fedes locales son secciones de la Fede central. No es un organismo federativo por más que el nombre así lo indique. La idea es que la Fede actúe en todos los ámbitos del accionar de la juventud. Y entonces hay Fede universitaria, Fede secundaria, Fede en los barrios o territorial, Fedes sindicales... Y la idea era que los afiliados con menos de 30 años se afiliaran a ella. Y cada Fede tenía su propia organización.

En el peronismo, en un momento se tuvo la idea de que había que formar una rama juvenil equiparada a otras: la femenina, la sindical y las juventudes. En el comunismo la idea no era armar ramas del partido: era el Partido Comunista por un lado y la Federación Juvenil Comunista por el otro. Eran dos organizaciones separadas. El PC tenía su Comité Central y la FJC tenía su propio Comité Central. Los dirigentes de la juventud no eran dirigentes del partido, aunque podían ser miembros del Comité Central o de instancias del partido, e iban al congreso, por supuesto, pero la dirección del partido era una dirección adulta. Y en la Fede no. Esto marcó un corte generacional tan importante que, en los 80, produjo lo que se llamó «el viraje», un cambio drástico en la orientación del partido. Buena parte de los que encabezaron ese viraje fueron los dirigentes de la Fede, gente de 30 y pico que desplazaron a una dirección que llevaba entre veinte y sesenta años en la conducción. Porque, además, ahí hay que anotar otra cosa. Yo te decía que al comienzo, en el origen del partido, había gente muy joven. Lo que ocurrió fue que algunos de esos dirigentes seguían vigentes décadas después, como fue el caso de Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla, dos dirigentes del PC hasta su muerte. Codovilla murió a comienzos de la década del 70 y Ghioldi, en 1987. Fueron dirigentes desde la fundación hasta su muerte y en el máximo nivel de dirección desde 1928. Oreste Ghioldi, el hermano de Rodolfo, lo mismo. Fue dirigente desde la década del 20 hasta que murió, en 1982. Primero estuvo en la Fede y después en el partido. Con esto quiero decir que cada vez había más distancia generacional entre la Fede y el partido. En general, se llegaba al alto nivel de la dirección con 50 años cumplidos. Entonces, estaba Gerónimo Arnedo Álvarez que, siendo todavía joven, fue nombrado secretario general del partido en 1938 y siguió hasta 1980, es decir hasta su muerte. O sea, empezaba con 40 años y terminaba con más de 80. No fue casual tampoco que, cuando murió esa primera generación, se dio la ruptura y se desplazó a

los que quedaban de la vieja guardia. Uno de ellos era Fernando Nadra, padre de Alberto. Ahí se dio el final de esa dirección histórica que venía desde la fundación. Por eso en los años 80 se sinceró la ruptura. Nadie dijo nunca «nosotros somos la juventud y venimos a desplazarlos», pero en la práctica así ocurrió. Encima, la Fede era —al menos en las grandes ciudades— el sector con más presencia en la calle, muy dinámico, militante, con un aparato de propaganda fuerte y con una organización aceitada. La Fede ofrecía una batería de cosas para seducir a la juventud y por eso, muchas veces, afiliaba gente que no tenía un compromiso con la Unión Soviética. Era una gran aspiradora de jóvenes con inquietudes sociales y con vocación de militancia, pero no necesariamente identificados en un ciento por ciento en lo ideológico. Radicales militaron en la Fede, peronistas militaron en la Fede, conservadores militaron en la Fede y hasta gente de la UCD también.

En los 60, todo lo que era la actividad artística, literaria y la intelectualidad pasaban por la Fede. Jorge Asís, otro ex Fede, siempre decía: «¿Querés levantarte una mina? Sentate en La Paz y decís que te acaban de expulsar de la Fede». Bueno, en los 60 y en los 70 pasó un poco eso. Se dio el alejamiento de muchos jóvenes que se sintieron más atraídos por alguna variante de izquierda del peronismo y, en algunos casos también, por la propuesta de lucha armada, fuera peronista o no. Las FAR fueron casi una ruptura de la Fede. Nació como una agrupación marxista armada que no se decía guevarista pero estaba cerca incluso de la experiencia del *Che* en Bolivia. En los 70 ocurrió lo que en la jerga se llama «rupturas por izquierda». Se trataba de gente joven que no encontraba a la Fede lo suficientemente radicalizada, ya que tanto el PC como la Fede se opusieron a la lucha armada. Si bien había gente que hacía prácticas de tiro y viajaba a la URSS o a Cuba para hacer entrenamiento militar, práctico y teórico, nunca cuajó la idea de lanzarse a la lucha armada. La consigna era que «la conquista del poder llegaría por la acción de las masas», lo que quería decir: no a la guerrilla y sí a la acción de masas. Es decir, otro camino. Por eso otra de las vías de captación de la Fede en los 70 fue gente que se consideraba de izquierda pero que no se sentía atraída por la idea de la lucha armada.

Osvaldo Bayer cuenta que una vez el *Che* le dijo: «En Argentina metemos doscientas personas en la sierra —no sé si dijo en las de Córdoba o de San Luis—, hacemos la revolución y te van a mandar la Gendarmería. Si le ganás a la Gendarmería, te mandan al Ejército. Y si le ganás, te mandan a los cadetes. Vos sabés que esto no funcionaría en Argentina». Esa justamente era la idea; no demasiado doctrinaria, pero con la certeza de que ese no era el

camino. También dentro de la Fede, según testimonios, estaba el tema de las armas. Y después, en los años 80, ya pasando el período, cuando ya no había guerrilla, cuando se dan estas rupturas, vuelven a coquetear con el tema de la lucha armada, de Nicaragua, El Salvador y Chile, donde estaba el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Todo esto quiere decir que en los 60 y 70, el PC era la organización de izquierda que no iba a la lucha armada. Lo mismo decidieron los trotskistas, aunque por otros motivos. Salvo un temporario acercamiento del PRT al trotskismo, no hubo grandes organizaciones trotskistas armadas en Argentina.

¿Cómo encuentra al PC y a la Fede el golpe del 76?

Lo que se dio en el 76 no surgió de la nada sino que fue la culminación de una orientación. O sea, se dio la versión más funesta de algo que venía de mucho antes. El PC tenía la orientación de que, ante el conflicto, había que apoyar al sector más progresista, que a veces, más que progresista, era liberal o más democrático. Por ejemplo, en 1955, cuando se dio la Revolución Libertadora, el PC no apoyó inicialmente. Pero cuando un tiempito después se planteó la dicotomía o la disidencia entre el sector de Lonardi y el de Aramburu y Rojas, el PC se inclinó por el de Aramburu y Rojas con el argumento de que eran antiimperialistas. O sea que a través del tiempo, durante las dictaduras, el PC se inclinó por un sector frente a otro. Lo volvió a hacer en 1961 y 1963 con el enfrentamiento entre azules y colorados. Ahí primero aparece el planteo de que, si se prolongaba el choque entre los bandos, había que intervenir en forma armada. Los más liberales en ese combate eran los colorados, pero también eran los más anticomunistas. Entonces el PC apoyó a los azules.

En el 66, Onganía ilegalizó al PC y al poco tiempo dictó una ley específica contra el comunismo, lo que hizo que el PC se le pusiera en contra y lo calificara de fascista e imperialista. Ya en el período previo al golpe militar del 76, el PC planteaba un gobierno cívico-militar como forma de salvar la alternativa de un golpe más cruento. Eso ya era una concesión, pero estaba ahí para evitar males mayores. Después apareció todo ese asunto de la convergencia y yo sospecho que los militares usaron esa palabra antes que el PC, pero no estoy seguro. Dejando eso de lado, antes del golpe plantearon que entre los militares había una corriente fascista y otra más democrática y popular. Y cuando llegó el golpe, la postura del PC fue un pronunciamiento contemporizador: «Esta no es la vía más indicada para lograr un cambio» y

muy distante de la condena. Incluso, sin llegar a una condena explícita, el PC podría haberse distanciado más firmemente. O sea que asumió un apoyo crítico o una oposición muy blanda, o como se lo quiera llamar.

En ese momento no hubo diferencias entre el partido y la Fede. Tal vez algunas diferencias individuales, pero hubo coincidencia en que la sociedad condenaba a la guerrilla, cosa que no se recuerda, pero que existía. Por otra parte, el PC, al igual que el peronismo y el radicalismo, fue suspendido, pero no prohibido, tal vez porque la dictadura no quería romper con la URSS por cuestiones comerciales. Y entonces, desde el PC se decide cuidar al partido y pedir una «convergencia cívico-militar». Es decir, no plantean el repudio al golpe ni la restitución inmediata del régimen constitucional, sino un proceso de convergencia que diera lugar a algún gobierno de transición. Algo pensado en años, un poco acorde con lo que planteaba, creo que textualmente, el propio Videla. Además, el PC y la Fede desarrollaron en esos años una política de acercamiento a las Fuerzas Armadas porque tenían la ilusión de que ellos influían en todo, de que incidían en las cuestiones. Se decían a sí mismos que esos militares eran democráticos y que se podía mantener un diálogo. Ahora, ¿qué ocurría mientras tanto con los militantes del partido? Iban presos, los secuestraban, los echaban del trabajo. Esto hizo más terrible la posición porque, si la idea era cuidar al partido y la institución, no se acordaron de los militantes. Hubo poco más de cien desaparecidos del PC, pero bastantes más secuestrados, que fueron liberados o que estuvieron presos días, meses y años. Es decir, el PC no salió indemne. Y los esfuerzos se enfocaron en liberar militantes, visitarlos en la cárcel y ponerles abogados, tratar de rescatar a los que estaban secuestrados y conseguir la salida del país de aquellos que se pudiera. Había una situación bastante pareja con el resto y bastante contradictoria. Además, el PC trató de seguir actuando en el movimiento obrero y en el movimiento estudiantil. Pero como la orientación de la dictadura era terminar con todas las actividades políticas, también hubo choques en ese sentido.

La última vez que se pronunció el concepto «convergencia cívico-militar» en público, lo dijo el propio Patricio Echegaray, de la Fede, en un acto en el Luna Park, en septiembre del 82, y lo silbaron, seguramente porque allí estaban las Madres de Plaza de Mayo. Pero recién en esa época pasó a cuarteles de invierno la idea de la convergencia cívico-militar. Recién cuando asume Galtieri, Fernando Nadra entrega un informe donde dice: «se ha producido un giro a la derecha; esto ya no es la orientación que había antes». Como que recién ahí acusan recibo de que no se daba eso de la convergencia,

de que no había una transición democrática. Y la dirigencia de la Fede, ya te digo, el mismo Patricio, es el que dice esto en ese acto. Fue todo un proceso bastante enrevesado, bastante confuso.

En esos últimos años de la dictadura ¿hay alguna aproximación a los organismos de derechos humanos?

El PC tenía, desde siempre, al director de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, quizás el organismo de derechos humanos más antiguo. Cuando se funda la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, en vísperas del golpe militar, el PC ingresa con importantes dirigentes: Héctor Agosti y Alberto Pedroncini, pero debe haber otros. O sea que desde el primer momento del golpe hubo cuadros y dirigentes comunistas comprometidos con los derechos humanos, por lo que enseguida empezaron a recibir las denuncias de los secuestros y las detenciones y a poner abogados. Además, en el mismo edificio de la Liga funcionaba Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, que creo tenía antecedentes en una organización del PC, como Familiares de Presos. Pero este es nuevo y allí se agruparon familiares de los desaparecidos del PC y muchos otros familiares de desaparecidos, como el caso de Carolina Bonini, la madre de un desaparecido de Política Obrera. También había comunistas, como los padres de Steimberg, que eran dirigentes de esa asociación que es menos conocida que las Madres, pero que también tenía y tiene fuerza. O sea que el PC estuvo ahí desde el primer momento con sus abogados, con los directamente afectados por secuestros y desapariciones, y con presos que a medida que fueron liberados se incorporaban. Por ejemplo, en 1979 liberaron a Alberto Piccinini, un dirigente de Villa Constitución del sindicato metalúrgico, y a Carlos Zamorano, un abogado de Tucumán. Y al poco tiempo los dos estaban en la Liga, pese a que los mantenían con libertad vigilada. Así, contemporáneamente a esta línea de convergencia cívico-militar, estaban ahí los militantes del PC presos y los secuestrados. Aunque pueda resultar absurdo a primera vista, me acuerdo de testimonios de militantes del PC que estaban secuestrados y, al mismo tiempo, estaban de acuerdo con las dos líneas dentro de los militares. Había un endiosamiento del partido y de la línea política. Se decía que el partido tenía siempre la verdad y llevaba la línea correcta. Entonces, si el partido defendía la postura de la convergencia cívico-militar, para muchos —no para todos— se terminaba la discusión. Recién se lo criticó abierta y públicamente desde la propia dirección

partidaria en 1986, tres años después del final de la dictadura. Ahí sí se dijo que «hubo un error, una desviación de derechos y que se confió en diferencias que no eran fundamentales». Pero, volviendo atrás, este posicionamiento de intelectuales tiene que ver con esa voluntad de encontrar siempre la diferencia entre los liberales y los reaccionarios, entre los democráticos y los fascistas, entre los progresistas y los reaccionarios, para ponerle una fichita más al menos reaccionario, al más democrático, y entronca con esa posición que viene de mucho más atrás.

Otro tema que es muy importante señalar es la creencia de que la URSS hacía negocios con la dictadura y el PC se plegaba a ellos. Mentira, es peor. El PC argentino fue el que elaboró esa línea y fueron los soviéticos los que se adhirieron después. El PC argentino, en la época de la dictadura, se enorgullecía de eso que había ocurrido. Decían en diálogos privados que «los soviéticos pensaban que era igual que Pinochet» porque, además, jugaban a las diferencias con el golpe de Pinochet, que era condenado sin ningún tipo de dudas por el PC chileno y por el argentino. Todo esto también fue por la astucia de la dictadura, que no sólo engrampó al PC, sino también a muchos radicales y gente de otros partidos. Los militares argentinos eligieron ser sigilosos en la represión. No hubo penas de muerte dictadas públicamente ni estadios llenos de presos o secuestrados como en el caso chileno o como en otros casos de Latinoamérica. Y el PC prefirió ver la superficie. Bah... en realidad no prefirió, vio todo pero siempre encontró un justificativo. Es decir, ellos decían que había secuestros, pero era la interpretación lo que cambiaba. Por ejemplo, estaban los documentos donde decían que «hay bandas armadas que, con el aval de sectores del poder, están ensangrentando el país». Pero se negaban a asumir, sinceramente o no, que eran las Fuerzas Armadas las que estaban secuestrando masivamente. Ellos decían: «hay secuestros, hay sangre, hay muerte», pero se lo atribuían a bandas armadas que, en teoría, respondían a los sectores más reaccionarios, a los «pinochetistas» de las Fuerzas Armadas. Cuando alguno decía o hacía algo irrecuperable, usando el lenguaje de los militares, pasaba a ser del bando pinochetista. Y alguno que se suponía que era del bando pinochetista y se suponía que tenía alguna actitud más o menos contemporizadora, era destacado. Entonces, Massera fue democrático al comienzo y pinochetista después. Antes del golpe era democrático, junto con Videla, pero después lo reclasificaron como pinochetista.

CAPÍTULO 5

Victoria Walsh y Emiliano Costa

Te amo

Los dos eran jóvenes periodistas y militantes del gremio de prensa. Peronistas apasionados y comprometidos en la lucha por convertir a la sociedad en un lugar más justo. Ese era el motor que los llevaba a dedicar sus vidas a la política.

Victoria Walsh y Emiliano Costa se conocieron durante una asamblea del gremio de prensa. Pertenecían a espacios diferentes. Victoria militaba en la agrupación 26 de Julio, llamada así porque recordaba el día de la muerte de Eva Perón. Estaba vinculada al Peronismo de Base y a Montoneros. Emiliano militaba en la 26 de Enero, relacionada con la Juventud Peronista (JP) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)^[149].

Fue amor a primera vista. Transcurría el invierno de 1972 y durante una asamblea intensa en la que hubo fuertes cruces entre los militantes, *Vicky* se subió a una silla y empezó a reclamar a viva voz que la dejaran hablar. En ese momento, Emiliano supo que esa chica de pelo largo, lacio, negro, con campera de cuero marrón y botas de caña alta sería un gran amor en su vida.

«Me acuerdo que *Vicky* ya era delegada. Se levantó para hablar y empezó a putear porque no la dejaban expresarse. En ese momento no estábamos en la misma agrupación. En la asamblea hubo un intento de apriete pesado, porque los que no estaban del lado de *Vicky* estaban calzados y la querían hacer callar. De repente se armó un quilombo bárbaro y se levantó la asamblea. Todo terminó medio mal: no hubo tiros pero sí algunas trompadas. Recuerdo la desesperación de Enrique Tortosa, el secretario general de APBA. Tortosa no era del PC, pero era un aliado, un compañero de ruta del partido. Era un tipo negociador. Nosotros éramos exactamente lo contrario»^[150].

Cuando la asamblea se levantó, Emiliano se acercó a *Vicky* para presentarse. Hablaron durante un rato de lo sucedido y se fueron juntos caminando por Corrientes. Pararon en La Giralda a tomar algo y se quedaron conversando durante horas. Ese mismo día, sin más, durmieron juntos en el departamento que Victoria tenía en un cuarto piso de un edificio en la intersección de Córdoba y Montevideo. *Vicky* ya vivía sola desde hacía un par de años.

De ahí en más, serían inseparables a su manera. Porque a partir de ese día empezó la serie interminable de romance, discusiones, amor desenfrenado, infidelidades, reconciliaciones intensas, reclamos, enojos, susurros, gritos, risas y llantos. Todo pasaba entre ellos. Y siempre permanecían juntos. Era una relación apasionada. Intensa, tanto como lo eran sus protagonistas. Y así fue como el vértigo se apoderó de sus vidas, no sólo en el aspecto político sino también en el afectivo: se amaban, se separaban, se reencontraban, se embarazaban, se casaban. Vicky y Emiliano rompían todas las reglas de lo que, para el común de la gente, se podía denominar normalidad.

El noviazgo, para ponerle un nombre tradicional, pasó por diferentes etapas. Comenzó clandestino porque militaban en espacios diferentes y no estaba bien visto que sus miembros tuvieran relaciones por fuera de la agrupación a la que reportaban. Vicky militaba en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP)^[151] y Emiliano integraba las FAR. Él estaba por pasar a la clandestinidad porque había sido designado para una operación de gran importancia para el futuro de la organización. Por eso necesitaba preparar el terreno para borrar todo rastro de su vida personal, porque cualquier filtración podía poner en riesgo su vida y la de la gente que amaba. No debía quedar disponible, por ejemplo, ni una foto suya, porque debía evitar que, en caso de que se identificara su paradero, algún diario la consiguiera y la publicara. Nadie debía conocer su rostro ya que el anonimato era indispensable para el éxito de la operación. En ese contexto comenzó la relación con Victoria.

Durante los primeros meses Vicky ignoraba esta situación, pero Emiliano sufría en silencio porque tenía la certeza de que cada encuentro podía ser el último. Bastaba una orden de la organización para desaparecer, para actuar. Emiliano jamás le contó a Vicky lo que ocurría y, pese a haberse enamorado, atravesaba en soledad el hecho de saber que la relación con la mujer que amaba no tenía futuro.

«Era invierno, compartíamos el amor, un amor muy fuerte. Discutíamos de política, y charlábamos de todos los temas. Yo estaba comprometido con una operación que iba a ser muy fuerte. Era una operación en la que yo iba a quedar muy expuesto, por lo que era seguro que debía pasar a la clandestinidad más absoluta. Estaba en una etapa de destruir todas las huellas, mis fotos, mis recuerdos. De aquella época sólo quedaron algunas fotos que atesoró mi vieja. Era más que obvio que no podía compartir con Vicky todo este asunto, aunque sí llegué a decirle que estaba en algo que iba a resultar muy

complicado. Por eso nuestra relación era perentoria, todo lo que nos pasaba era “ahora o nunca”»^[152].

En los comienzos mismos de esa relación clandestina, Victoria quedó embarazada. Ambos decidieron que no era el momento para tener un hijo, que el proyecto de vida que encaraban los llevaba para otro sitio. Ninguno de los dos vivió el aborto como algo traumático porque eran conscientes de que estaban tomando la mejor decisión para el presente que atravesaban.

«Todo pasó muy rápido, condensado. Hubo un primer embarazo que decidimos no continuar. La relación era muy reciente y no estábamos seguros de nada. Y además atravesaba todo ese asunto del pase a la clandestinidad total. Por eso decidimos no continuar con ese embarazo».

Durante esta primera etapa, en que la relación era solo de ellos, vivían encerrados en el departamento de Vicky. Se pasaban las horas haciendo el amor casi con desesperación, pero también leyendo documentos de una organización y de otra, discutiendo sobre los textos. A los pocos días de estar juntos, Emiliano dejó el departamento que alquilaba en Paraná y Paraguay y se mudó al de ella.

La segunda etapa de la relación fue cuando blanquearon el vínculo en sus respectivas organizaciones. La operación que tenía que llevar adelante Emiliano se suspendió luego de la frustrada fuga en Rawson y por los fusilamientos que la sucedieron, y no fue necesario el pase a la clandestinidad. Además, Vicky había abandonado las FAP y se había acercado para militar en las FAR, lo que simplificó las cosas para ellos, tanto en lo social como en lo político.

El segundo paso fue contarles a las familias y a los amigos que estaban juntos. Esos amigos eran casi todos compañeros de militancia. En noviembre de 1972 ya se mostraban públicamente y fueron juntos a Ezeiza^[153] a recibir a Perón, y a la puerta de Gaspar Campos^[154].

A pesar de que ya compartían el mismo espacio, las discusiones políticas no cesaron. Vicky no estaba de acuerdo con la posible alianza entre las FAR y Montoneros, y para Emiliano, ella no comprendía el momento y era «muy rígida con Perón»:

«Eran tiempos de integración y los frentes gremiales empezaban a simplificar siglas. En prensa, las agrupaciones 26 de Enero y la 26 de Julio se unieron en el Bloque de Trabajadores de Prensa. Las conducciones de las FAR y de Montoneros eran las que decidían quiénes serían los responsables de las alianzas...»^[155].

La unidad del gremio de prensa, además, auspició la vida social de la pareja:

«Cuando las agrupaciones que nosotros integrábamos se unieron en el Bloque de Prensa Peronista, todo fue más fácil. Una serie de parejas preexistentes blanquearon lo que todos suponíamos. Una de ellas era la de Jorge Bernetti^[156] con Silvia Rudni^[157]. Silvia, además, era la mejor amiga de Vicky. Jorge Bernetti, Miguel Miralles y yo éramos del grupo que conducía la 26 de Enero»^[158].

La distensión política trajo aparejada cierta tranquilidad a la pareja. Seguían militando y rosqueando en sus espacios, pero además compartían con amigos cenas en Pipo, caminaban de la mano por la calle Corrientes e iban bastante al cine.

«Me acuerdo de haber ido a ver el estreno de *La Patagonia rebelde* y a cenar con Rogelio García Lupo. Andábamos mucho por Corrientes. Nuestro lugar de referencia era La Paz, pero cada uno tenía su bar preferido y sus cosas»^[159].

Los días parecían más fáciles ahora que la relación estaba blanqueada. Incluso algunas noches salían a comer con Rodolfo Walsh^[160], el padre de Vicky, y con Lilia Ferreyra^[161], su compañera. Llegaron a alquilar una casa en el Tigre, a la que llamaron Liberación. Ahí se encontraban los fines de semana. Pirí Lugones^[162] y su compañero alquilaban la casa de al lado.

Con la familia de Emiliano el vínculo era más complejo. Si bien aceptaban a Vicky porque era la mujer que él elegía para vivir, no faltaban los cruces ideológicos.

«Era todo un tema la relación de Vicky con mi papá. Mi viejo era un tipo querible, pero muy temperamental. La aceptaron porque Vicky era mi pareja, pero teníamos muchas discusiones y Vicky también era

parte. Yo ya había pasado la etapa en que me peleaba con mi viejo, pero Vicky todavía seguía siendo discutidora»^[163].

Para ese entonces, Emiliano ya había dejado de trabajar en el diario y se dedicaba exclusivamente a la militancia.

«Vivían sencillo: la organización le pagaba el alquiler del departamento y le daba una asignación de 100 pesos al mes; era bastante menos de lo que ganaba cuando trabajaba en *El Cronista*, pero le alcanzaba para sus gastos. Al menos Vicky ganaba un sueldo completo como periodista de *La Opinión*»^[164].

«Ya era medio clandestino porque había dejado de laburar. Yo era uno de los rentados. Porque en la organización había militantes rentados. Tenía una asignación mensual que era bastante miserable pero que, por lo menos, me permitía no laburar y dedicarme a la militancia. Además, ya había caído un par de veces en cana. En ese tiempo habíamos tenido que dejar el departamento de Uruguay y nos mudamos a otro, en Bartolomé Mitre, siempre por la zona de Congreso. Yo estaba casi siempre en el local de la JTP (Juventud Trabajadora Peronista)^[165] y cada tanto había una razia y caíamos todos presos. Era un quilombo, pero siempre nos terminaban largando»^[166].

A medida que pasaba el tiempo, se multiplicaban los reclamos de un lado y del otro. Emiliano quería que Vicky le prestara más atención y ella le reclamaba lo mismo. Muy pocas veces se ponían de acuerdo:

«—¿Te gustaría ir al cine el viernes? Una compañera me decía que va a ir a ver *La cabalgata del circo*...

—¿Cuál?

—Es una en la que trabajó Evita, en el 45, dirigida por Mario Soffici. La dan en un ciclo. Yo sé que es interesante, que es historia, pero tendría que hacer un esfuerzo para verla, debe ser lenta, sobreactuada, es un cine que no me atrae...

—Sí, vayamos a ver alguna de *cowboys*. Yo me quedé con ganas de ver *Butch Cassidy*... pero el viernes no puedo, tengo que viajar. Vayamos el domingo, creo que voy a estar de vuelta...

—“Creo”... Ufa, Emiliano. Esto va más allá de la película...

Emiliano no podía decirle que tenía una cita con la conducción montonera.

—Bueno, pero vos sabés que estoy desbordado de tareas. ¿Sabés cómo me siento? Como esos malabaristas que ponen a girar un plato sobre un palito, y otro plato, y otro más, entonces van y le dan impulso a cada uno para que todos estén en movimiento...

— Yo no te reprocho las responsabilidades, para nada, pero hay que ser más considerado. Te estás volviendo como muchos otros compañeros: de las cosas de todos los días, que se ocupen las compañeras. Yo veo cada vez más machismo, a medida que se crece veo más machismo»^[167].

La intensidad de los reclamos cruzados se convirtió en una constante y el vínculo comenzó a desgastarse. Seguían sintiendo una fuerte atracción física pero las cosas no funcionaban como cada uno pretendía o imaginaba para una pareja. Fue durante un viaje de Vicky a Cuba, junto con una delegación montonera en la que también participó Dardo Cabo^[168], cuando Emiliano se enganchó con otra compañera que conoció durante una instrucción llevada a cabo en un campito cercano a Luján.

El objetivo del entrenamiento era que los compañeros se sintieran preparados en caso de que fuera necesario defender el local de la JTP que Emiliano tenía a su cargo. El local estaba sobre la calle San Juan y Emiliano prácticamente vivía ahí. «La cuestión es que yo me enganché con una mina cuando ella se fue de viaje a Cuba por periodismo. Cuando pasó, lo planteé en la organización y se armó toda una movida»^[169]. Y entonces se separaron.

La nueva historia amorosa de Emiliano no duró demasiado. Tuvo otras relaciones, pero ninguna estable. Y cada tanto Vicky reaparecía en su vida.

«Emiliano Costa estaba en un puesto muy público, se cruzaba con muchas militantes y le costaba demasiado dejarlas pasar»^[170]. Ya hacía unos meses que no estaban en pareja pero Emiliano extrañaba a Vicky. Y a ella le pasaba lo mismo: lo extrañaba a él. Cada tanto volvían a encontrarse y, sin ningún compromiso más que el de disfrutar el momento, se dejaban llevar por la pasión que los unía. Después de esos momentos, Vicky comenzaba con los planteos y Emiliano, a desgranar los motivos por los cuales no estaban juntos. Una noche, en el departamento de la calle Chacabuco donde ella había vuelto a vivir con su hermana Patricia, Rodolfo y Lilia Ferreyra, le dijo: «Vicky, dame un tiempo más, no quiero que nuestra separación sea definitiva...»^[171]. Pero pasaron los días, las semanas y los meses y Emiliano jamás daba el paso

que Victoria esperaba. Y a ella se le empezó a terminar la paciencia. Lo amaba y quería estar con él, pero sabía que todo tenía un límite. Vicky también se conocía perfectamente: tenía claro que el día que ella dijera basta, la relación iba a acabar definitivamente. Y no quería llegar a esa instancia.

Como varios locales ya habían sido atacados, Emiliano prácticamente se había instalado en el de San Juan y 9 de Julio. Argentina estaba rara y cada día se ponía más violenta. El viernes 28 de junio de 1974,

«(...) propios y ajenos se preparaban para empezar la vida después de Perón: algo inédito en la historia argentina de los últimos treinta años. Isabel Martínez estaba de gira por Europa encabezando la delegación argentina a la OIT y volvió de apuro: era la primera en la línea de sucesión. López Rega había copado la quinta de Olivos para que no se filtrara cualquier dato sobre la salud del presidente. Pero ahora Jorge Taiana y Pedro Cossio decían que sólo un milagro salvaría a Perón de la muerte. La conducción montonera mandó emisarios peronistas y no peronistas con un mensaje claro: el lopezrreguismo y el miguelismo quieren dar un golpe de palacio y para evitarlo se necesita un gobierno de unidad. Al mismo tiempo, mandaron una directiva a la militancia: atrincherarse en las unidades básicas y locales de las agrupaciones territoriales, universitarias, sindicales»^[172].

Emiliano siguió al pie de la letra las indicaciones de la organización. Desde el 29 de junio y hasta que se terminara el velatorio de Perón, no abandonaría la sede de la JTP. Las guardias de los militantes rotaban, pero el único que no se movía de su puesto era Emiliano. Siempre había entre ocho y doce personas custodiando el local. La mayoría tenía armas cortas y los fusiles FAL quedaban guardados para los oficiales montoneros.

«Esa noche, Emiliano pasó varias horas en la oscuridad del balcón del primer piso con una manta de poncho y algún arma larga a mano. Cada tanto pasaba un auto despacio y con las ventanillas bajas. Algunas veces salían caños por esas ventanillas, y Emiliano los ponía en la mira. No sabía si lo veían. Daba igual. Eso le quitaba la modorra. Esa noche también estaban ahí el ex obispo de Avellaneda, Jerónimo Podestá, y su esposa Clelia...»^[173].

Justo esa noche, a la madrugada, Vicky se apareció en el local. Necesitaba hablar con él. Era un ultimátum. Si las cosas entre ellos no cambiaban, era el

momento de cortar definitivamente.

«—Ya sé cuál es la pelotuda de turno...

Emiliano sacó una risita nerviosa que aparentaba inocencia:

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo de qué hablo? De la que trabaja en el Congreso. Pero no seas boludo, que no te voy a esperar toda la vida»^[174].

Era la última oportunidad que le daba. Emiliano sentía que quería estar con Victoria, que la extrañaba y que con ella quería hablar todas las noches. Tenía perfectamente claro que Vicky era quien le importaba y que todas las otras relaciones «eran boludeces»^[175]. Emiliano la veía hermosa y cada día que pasaba se sentía más atraído hacia ella. Y así la relación se volvió más formal. Una noche, en una reunión del Bloque de Prensa, que se realizó en la casa de Jorge Bernetti, volvieron a hacer público su noviazgo. Los dos coincidían en que esta vez la cosa iba en serio.

«Pero justo cuando volvemos a estar juntos me pasan a la clandestinidad. Y ya no tuvimos ninguna casa propia. Vivimos un tiempo con Rodolfo y Lilia, en un departamento viejo que alquilaba Patricia y su pareja, en otro que nos prestó Papaleo sobre la avenida Corrientes. Después paramos en un departamento que nos prestó *El Narigón* Aznárez, para volver otra vez con Patricia. Así era nuestra vida. Hasta que un día conseguimos una especie de pieza en el barrio de Belgrano. Ese fue nuestro último domicilio»^[176].

La relación iba tan en serio que decidieron tener un hijo. Era el momento indicado, así lo sentían los dos, como una forma de que la unión del amor que estaban construyendo perdurara en el tiempo. A los pocos meses, Victoria le declaró muy emocionada que estaba embarazada. Con un análisis de sangre confirmó las sospechas que le generaba el atraso que tenía desde hacía varios días. Iban a tener un bebé. Los dos quedaron conmocionados por la noticia. Pero, a pesar de la próxima paternidad, el compromiso con la militancia seguía siendo el mismo.

«Ya se venía toda la debacle que se vino y éramos, de alguna manera, conscientes de eso. Lo extraño era que asumimos una apuesta que no tenía ninguna posibilidad de terminar bien. Lo recuerdo como una

dualidad. Por un lado, tener claramente esa conciencia y, por otro lado, estar convencido de que no había otro camino. En mi caso, yo no me podía abrir. Ni me lo planteaba. Pero el caso de ella fue diferente: Victoria no quiso»^[177].

La propuesta de casamiento no tardó en llegar. A las pocas semanas de confirmada la noticia, Emiliano mandó hacer las alianzas sin que Vicky lo supiera. Con un anillo de oro que su madre le había regalado, Emiliano encargó las dos alianzas en un local de la calle Libertad, cerca de Corrientes. Una vez que le confirmaron que estaban listas, armó la estrategia para sorprenderla. Una mañana, como tantas otras, Emiliano le dijo durante el desayuno que la pasaría a buscar al mediodía para que lo acompañara a ver a un compañero. No hubo más explicaciones. Esta situación a Vicky no la sorprendió en lo más mínimo, ya que Emiliano jamás daba detalles cuando se trataba de algo vinculado a la militancia.

Al mediodía volvió, tal como habían quedado. Vicky se subió al Citroën: «Vicky, tabicate que tenemos que pasar a buscar a Ring por una casa operativa». Este pedido tampoco la sorprendió porque eran las típicas medidas de seguridad que se tomaban cada vez con más frecuencia. Victoria clavó la mirada en el diario que llevaba sobre su falda para no saber dónde estaban ni adónde iban. A las pocas cuerdas Emiliano estacionó. Bajó del auto y, a los minutos, ya estaba de regreso. Puso en marcha el Citroën y, antes de arrancar, le entregó el estuche con las dos alianzas. «¡Sorpresa!», le dijo. Y ella recibió la cajita abierta de manos de Emiliano y quedó impactada al ver los anillos:

«—¡Sos un loco!

—Mirá que son de oro puro, le traje al joyero la malla de oro del reloj que me regaló mi viejo...»^[178]. Se dieron un beso largo y se pusieron los anillos.

Al día siguiente fueron juntos a pedir turno para el casamiento civil. Consiguieron fecha para el 3 de enero. Ese día, los testigos y los novios se encontraron en la puerta del Registro Civil de la calle Uruguay. Ahí mismo se conocieron quienes pasarían a ser consuegros: Miguel Costa, padre de Emiliano, y Rodolfo Walsh, padre de Victoria. La situación fue tensa para todos. Si bien el padre de Emiliano ya estaba retirado de la Fuerza Aérea, no dejaba de ser uno de los comodores que se había levantado contra Perón. Walsh, además de ser el autor de *Operación Masacre*, era uno de los cuadros de la inteligencia montonera. Al final, todo resultó más llevadero de lo que imaginaron y hasta se dedicaron algunas sonrisas mutuas. Luego del trámite

de rigor fueron a la casa de los padres de Emiliano para celebrar. Sólo la familia. Algo para comer, un brindis y no mucho más.

Después del casamiento, una amiga del padre de Emiliano les prestó un departamento en el barrio de Belgrano, en la calle Soldado de la Independencia, cerca del Hospital Militar. Sabían que el barrio estaba lleno de oficiales del ejército, pero ese era un dato menor al lado de que el departamento no tenía cocina, la heladera no enfriaba y el calefón no tiraba con fuerza. De todos modos, consiguieron algunas cosas prestadas y se mudaron ahí sin mayores dificultades. Por otra parte, tampoco sabían si ese iba a ser su domicilio fijo durante mucho tiempo. Sin ir más lejos, un par de meses volvieron a cambiar de lugar. Emiliano volvía a la clandestinidad y Vicky se sumaba como su compañera.

Las cosas habían cambiado mucho para ambos: iban a tener un hijo, se habían casado y Emiliano integraba la conducción de la Columna Oeste. Dejaba de ser *Fernando*, el nombre con el que militaba hasta ese entonces, para convertirse en *Simón* —por Bolívar— en su nuevo destino.

En febrero de 1975, Emiliano tuvo un mal presentimiento. Una tarde fueron con Vicky a la casa que compartían con Rodolfo en el Tigre y sintió que algunas de las cosas que pasaban podían leerse como un mal presagio. Para empezar, a diferencia de otras veces que iban a descansar y a disfrutar de la naturaleza, esa vez estaban ahí porque Victoria tenía que hacer reposo: se había pegado un tiro en el pie durante una práctica. A los pocos días de estar instalados en la isla, Emiliano perdió su alianza de matrimonio. Conversaban una tarde junto al río, sentados sobre los tablones del muelle, y él jugaba con su alianza, costumbre que tenía desde que se habían casado y que ella le reprochaba. Ese día la alianza se le escurrió entre los dedos y cayó al agua en cuestión de segundos. «Un tiempo antes de que yo cayera en cana, la alianza se me cayó al río ahí, en el muelle de Liberación»^[179]. Vicky se enojó muchísimo porque ya le había advertido en reiteradas ocasiones que no jugara con la alianza. Pero para Emiliano era como un tic, no podía evitarlo.

«Esa noche durmió mal: se despertaba a cada rato, se tocaba el dedo anular. Pero el anillo no estaba y Emiliano se dormía liviano y soñaba que salía desnudo a la calle. Se sentía frágil y se levantó, prendió un cigarrillo y miró la noche cerrada. El silencio le resultó ensordecedor y sintió un dolor en el pecho.

—Quizás el final esté cerca —se dijo, antes de volver a la cama^[180]».

El embarazo avanzaba. Victoria se sentía muy bien en su nuevo estado y estaba activa, como siempre. Emiliano la veía cada día más linda y así se sentía ella. Pasaban largas horas pensando si tendrían una nena o un nene y debatían sobre los posibles nombres. Victoria seguía con su militancia y Emiliano, con la conducción de la Columna Oeste. Vivían austeramente y conscientes de que cada día que pasaba la situación era más riesgosa, pero nunca contemplaron la posibilidad de irse del país o de alejarse de la militancia.

Unos meses más tarde, en abril de 1975, luego de la sensación horrible que lo había cruzado durante los días en Tigre, Emiliano tenía —como era habitual— una reunión con la conducción de la Columna Oeste. Por la mañana le avisó a Vicky que se llevaría el auto y que se verían a la noche. El encuentro iba a realizarse en un bar de Morón, con Dardo Cabo. No bien se saludaron, Cabo le dijo que levantaban la reunión porque lo necesitaba para una operación: tenían que ir a buscar una encomienda.

La encomienda era cobrar una parte del rescate del secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born^[181]. Se había enfermado el chofer y querían que Emiliano manejara el auto hasta el lugar convenido. Emiliano se mostró disconforme por la improvisación y por su incorporación abrupta en una operación tan delicada. Les dijo que no estaba al tanto del asunto y que, además, desconocía por completo la ruta. Sentía que corrían un riesgo innecesario, pero la realidad era que le estaban dando una orden y no había espacio para cuestionarla. Emiliano se sumó al operativo, que constaba de varias etapas encadenadas. Dejó su auto y se subió al que estaba asignado para el operativo. Se encontraron con *El Canca* Dante Gullo^[182] y los tres fueron hasta una parrilla. En ese lugar recibirían indicaciones de cómo moverse para cumplimentar la próxima etapa. Sabían muy poco sobre el secuestro, ya que toda la operación había sido realizada por la Columna Norte. Ignoraban, por ejemplo, que esa misma entrega se había frustrado dos veces. Y, para peor, era la primera vez que realizaban la tarea del cobro de un rescate.

Ya instalados en el restorán, pidieron una parrillada, aunque era temprano para almorzar. Las horas pasaban y no llegaba el llamado que esperaban. Estuvieron en el lugar mucho tiempo más que el previsto. Las entradas, salidas y llamadas desde el teléfono del local de los comensales llamaron la atención del dueño de la parrilla y avisó a la policía sin que ninguno de ellos se diera cuenta. Recién cerca de las 3 de la tarde recibieron las indicaciones precisas del segundo paso. Llamaron al mozo, pagaron la cuenta y fueron

hasta el auto operativo, un Falcon marrón, que tenía una pistola debajo el asiento del conductor, otra en la guantera y un FAL y otra pistola en el asiento delantero izquierdo. Ellos no lo sabían, pero la policía tenía rodeada la manzana. Emiliano estaba poniendo el auto en marcha y Gullo permanecía senado en la butaca del acompañante cuando fueron rodeados por sorpresa por la policía.

«No te movás que te quemo», escuchó Emiliano que le gritaban mientras le apuntaban con un arma a la cabeza. Estaban rodeados y no tenían forma de tomar las armas, que descansaban debajo de los asientos y dentro de la guantera. Emiliano y *El Canca* obedecieron porque no tuvieron opción. Emiliano intentó instalar la idea de que estaban a cargo de una volanteada para minimizar el asunto, pero no hubo caso. En cuestión de minutos, fue vendado, esposado y tirado en el piso de una camioneta. Dos tipos lo pateaban. Entendió que ya no controlaba nada. No sentía miedo, sólo lo angustiaba la idea de que no llegaría a conocer a su hijo.

Los llevaron detenidos a la comisaría de San Justo y los torturaron. Dijo de qué se trataba la encomienda y desde ese momento el interrogatorio viró hacia un objetivo previsible: los policías querían saber en qué lugar estarían los 7 millones de dólares del secuestro.

Cuando Emiliano se despidió de Vicky por la mañana, y quedaron en verse a la noche, fue la última vez que se vieron. Emiliano permaneció preso todos los años de la dictadura. Junto con Dardo Cabo y Dante Gullo, fueron los primeros presos políticos en la cárcel de Sierra Chica. Con el paso de los días empezaron a llegar otros.

Emiliano extrañaba mucho a su mujer y al hijo que iban a tener en pocos meses. Pensaba mucho en ellos y quería imaginarse cómo estaría creciendo la panza de Vicky. Ella no podía visitarlo porque significaba un riesgo enorme, era una militante semiclandestina y arriesgarse de esa manera hubiera sido una locura. Se escribían cartas, pero usaban otros nombres para no ponerla en riesgo. Los dos se desesperaban por la imposibilidad de verse y abrazarse, de dormir juntos, de compartir los movimientos del bebé, hablar por horas, pelear y luego reconciliarse.

En la cárcel, Emiliano pensaba mucho en el embarazo de Vicky y lo atormentaba la idea de no estar el día del nacimiento de su hijo, no conocerlo y no acompañarla. Por esos días tuvo el presentimiento de que tendrían una nena. Le mandó una carta a su mujer y le propuso que, si tenían una nena, la llamaran como ella, pero invirtiendo los nombres: Victoria María, porque así le quedarían las iniciales VM, o sea, Victoria Montonera.

Vicky transitaba su embarazo saludablemente y llena de energía. Seguía con la militancia y su compromiso político permanecía intacto. Vivía con su padre y con Lilia. El día que empezó con el trabajo de parto estaban las dos solas.

«Victoria empezó a patear, quería nacer. Estábamos las dos abrazadas en la cama y yo le sostenía la panza. Vicky, que siempre me matoneaba, me decía: “No llevás bien la cuenta del tiempo de las contracciones”. Tenía la mano en su panza y un susto terrible, mientras Victoria empujaba para nacer»^[183].

Llamaron a Elina Tejerina^[184], la mamá de Vicky, y salieron rumbo al sanatorio, cuando ya no había dudas de que el bebé estaba por nacer.

«Cuando la llevaron de vuelta a su habitación se le caía un lagrimón, tenía una sonrisa de oreja a oreja y en la mano, un papelito con las huellas de los piecitos de Victoria María. Vicky con ese lagrimón y esa sonrisa me dijo: “Algo nos salió bien”»^[185].

Efectivamente, como había intuido a la distancia Emiliano, habían tenido una nena. El 1.º de agosto de 1975, Emiliano recibió un telegrama: «Felicidades, nació nuestra hija Victoria María Costa Walsh. Pesó tres kilos 100. Te amo. Vicky».

Cuando le dieron el alta, Vicky se fue nuevamente a la casa de su padre. Las primeras semanas no fueron fáciles. El clima estaba tenso, sobre todo con Lilia, que en su afán de colaborar y ayudar a Vicky sólo lograba alterarla. La convivencia no era la de antes. «Al principio nos peleábamos, pero después se dio una fuerte unión entre nosotras. Vicky me dejó compartir su maternidad»^[186].

Con la beba recién nacida, Vicky volvió a la militancia de inmediato. Siempre se organizaba para que la cuidaran mientras ella tenía compromisos políticos. Sabía que, desde la instauración de la dictadura encabezada por Jorge Rafael Videla el 24 de marzo de 1976, vivían en riesgo permanente, tanto ella como su hija. Su prioridad era cuidar a la beba y protegerla de cualquier situación. Sin embargo, el 28 de septiembre, el día de su cumpleaños número 26, no logró que nadie cuidara de su hija y tuvo que llevarla a una reunión en una casa de la calle Corro al 100, en el barrio de Floresta.

Vicky era oficial segundo de Montoneros. Su nombre de guerra era *Hilda* y era secretaria de Comunicación Gremial de la organización. Ese día se reunió con Alberto Molina Beluzzi, Ismael Salame, José Coronel e Ignacio Bertrán, cuatro miembros de la Secretaría Política. Estaba con su hija de un año y dos meses en una casa propiedad de la familia Mainer.

Ninguno de los presentes sabía que una compañera que había caído presa el 27 de septiembre había pasado el dato de la reunión a un grupo de tareas del Ejército tras horas de ser torturada.

A las 7 de la mañana del 29, Vicky se despertó al escuchar unos gritos provenientes de la calle, que salían de los megáfonos de efectivos del Ejército. Los militares ya estaban ubicados frente a la casa donde ellos se encontraban y de pronto comenzaron los disparos. El operativo era gigante: había más de quinientos efectivos afuera y adentro, cinco militantes y un bebé. Luego de una hora y media de tiroteo, murieron en la planta baja de la casa Salame, Coronel y Bertrán, tres oficiales mayores de Montoneros. En la planta alta, en la terraza, aparecieron inesperadamente María Victoria Walsh y Alberto Molina, secretario nacional de la organización.

«“El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba, nos llamó la atención porque cada vez que tiraban una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella (María Victoria) se reía”, declaró un soldado del Ejército presente ese día en el enfrentamiento. Según el militar, “la muchacha” había dejado la metralleta con la que disparaba, se asomó de pie sobre el parapeto de la terraza y abrió los brazos. Todos habían cesado el fuego. De repente, comenzó a hablarles en voz alta. El mismo soldado que detalló lo ocurrido ese día no recordaba cuáles fueron las palabras, pero sí recordó una última frase que nunca más pudo olvidar. “Ustedes no nos matan. Nosotros elegimos morir”, fue lo último que dijo María Victoria Walsh antes de llevarse, al igual que su compañero, una pistola a la sien y matarse frente a todos los soldados allí presentes»^[187].

Cuando finalizó el tiroteo, los responsables del operativo entraron a la casa y encontraron a una pequeña sobreviviente debajo de un colchón. Era Victoria María Costa Walsh. El coronel Roualdes se llevó a la hija de Emiliano y Vicky.

«Entregó el bebé a un policía de la provincia de Buenos Aires que se había anotado para recibir “hijos de los subversivos”: la práctica era común»^[188].

Rodolfo Walsh se enteró de la muerte de su hija durante una reunión que fue interrumpida para leer un comunicado que informaba sobre el combate de la calle Corro. Luego escribió la primera de las tres célebres cartas. Esta, con fecha del 1.º de octubre de 1976, estaba dirigida a su hija Victoria. (Ver Anexo).

Dos días después de que la beba fuera apropiada, el papá de Emiliano logró recuperarla. Le dijeron que se la daban porque era un militar. Una vez que tuvo a la beba consigo, el comodoro Miguel Costa fue a Sierra Chica para ver a su hijo. Cuando Emiliano lo vio, supo enseguida que algo andaba mal. Escuchó las palabras de su padre como si en realidad no se las estuviera diciendo a él. Era un murmullo lejano que llegaba hasta lo más profundo de su corazón. Estaban en la capilla del penal, el lugar permitido para que los reclusos recibieran a las visitas. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Se abrazó con su padre. Había muerto María Victoria. Había muerto su compañera de la vida.

Te amo

Pablo Neruda

Te amo...

te amo de una manera inexplicable,
de una forma inconfesable,
de un modo contradictorio.

Te amo...

con mis estados de ánimo que son muchos,
y cambian de humor continuamente,
por lo que ya sabes,
el tiempo, la vida, la muerte.

Te amo...

con el mundo que no entiendo,
con la gente que no comprende,
con la ambivalencia de mi alma,
con la incoherencia de mis actos,
con la fatalidad del destino,
con la conspiración del deseo,
con la ambigüedad de los hechos.

Aún cuando te digo que no te amo, te amo,
hasta cuando te engaño, no te engaño,
en el fondo, llevo a cabo un plan,
para amarte mejor.

Te amo...

sin reflexionar, inconscientemente,
irresponsablemente, espontáneamente,
involuntariamente, por instinto,
por impulso, irracionalmente.

En efecto no tengo argumentos lógicos,
ni siquiera improvisados
para fundamentar este amor que siento por ti,

que surgió misteriosamente de la nada,
que no ha resuelto mágicamente nada,
y que milagrosamente, de a poco, con poco y nada
ha mejorado lo peor de mí.

Te amo...

te amo con un cuerpo que no piensa,
con un corazón que no razona,
con una cabeza que no coordina.

Te amo...

incomprensiblemente,
sin preguntarme por qué te amo,
sin importarme por qué te amo,
sin cuestionarme por qué te amo.

Te amo...

sencillamente porque te amo,
yo mismo no sé por qué te amo.

Entrevista a Oscar Chino Martínez Zemborain^[189]

Antes no existía un lugar para estudiar periodismo y la gente llegaba a la profesión a través de otras vías. ¿Cómo era ese recorrido?

Oscar Martínez Zemborain: El camino era tragarte la mayor cantidad de biblioteca posible y después en la práctica. Eso era el periodismo. Ya con el regreso de la democracia, se instituyó la carrera. Recuerdo que cuando salí del colegio secundario y fui a la Facultad de Derecho, arranqué y, en un momento, me dije: «¿qué estoy haciendo acá?».

¿En qué año?

En 1965. Me gusta la abogacía y alguna vez hasta pensé en volver, en retomar. Pero en aquel momento, y hay que situarse en el momento histórico del país, estaban a punto de derrocar a Illia, veníamos de los azules y colorados y de la bendita grieta. Y me dije: «O voy a ser un mal abogado, traicionando lo que pienso, o voy a terminar en una zanja porque me metí con quien no debía». Por eso elegí periodismo. Empecé haciendo colaboraciones donde podía, en pequeños diarios de la provincia de Buenos Aires y, por supuesto, nunca cobré un mango. Hasta que un día, un conocido, a través de un amigo de un primo hermano mío que estaba en *Clarín*, me dice: «¿Te gustaría entrar a *Clarín*?». Le dije que sí. Y entré en un lugar, en una sección que hoy afortunadamente ya no existe, la sección Sociales, donde se reflejaban toda clase de estupideces. Llegué prácticamente a coordinar tres páginas diarias de *Clarín* con esas cosas. Imaginate el momento social que vivíamos, los contrastes. Porque al mismo tiempo, después de la caída de Illia, se avecinaba el Cordobazo, el Rosariazo, la destitución de Onganía, la sucesión de un ignoto general, que no lo conocía ni su madre, Lanusse, la vuelta a las elecciones, el gobierno de Cámpora. Pero la gente se desesperaba por las notas sociales, la de casi todos los niveles socioeconómicos; salvo los sectores menos favorecidos. En el medio de todo ese momento —el Frejuli, que Perón volvía, que no le daba, que vienen las elecciones—, se arma en el diario un movimiento gremial bien interesante, al calor de una dictadura que

estaba cada vez más débil. Y cada vez en menores condiciones de enfrentar un país que venía en ebullición. *Clarín* tenía la costumbre periódica de deshacerse de un tercio de su personal, como hoy sigue haciendo. Y era una planta de mil quinientos trabajadores, entre gráficos y de prensa. En ese revoleo, un grupo de compañeros de distinta extracción política me propone encabezar una lista para disputar la interna. Acepto porque me pareció que era el momento justo. Mi origen familiar era de raigambre radical. Y cuando fui creciendo, tuve el honor de que don Arturo Illia dijera que era amigo mío. Lo recuerdo como un viejo hermoso, divino. Y después me vinculé a Raúl Alfonsín, con quien sigo vinculado ideológicamente, con ese radicalismo que no traiciona sus orígenes nacionales, populares y democráticos. O sea que tengo la foto de Raúl y de Cristina ahí atrás. Entonces, se hicieron las elecciones y fui elegido.

Durante cinco años pudimos evitar que se despidiera gente, peleamos por mejoras salariales y por el Estatuto del Periodista que todavía hoy está vigente. Pero luego, con la muerte de Perón, empieza el libertinaje de la Triple A, las persecuciones y los despidos. En febrero del 76, además, conmigo a la cabeza, porque era secretario de la Comisión Interna, logramos la fusión con la intersindical gráfica, por lo que nos habíamos convertido casi en invencibles. Eso nos costó caro porque las empresas, particularmente *Clarín* y Magoni, con quien yo negociaba, estuvieron años analizando cuál era nuestro talón de Aquiles para rompernos la nuca. Y lo encontraron, compraron a un delegado, a un infeliz que le regalaron una casa a cambio de que traicionara al movimiento.

¿Cómo estaba la relación de fuerzas del gremio con las empresas?

En aquel entonces, existía la Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA) y el sindicato de prensa. El sindicato de prensa estaba copado por la derecha peronista más reaccionaria porque su secretario general, *El Turco* Eduardo Jozami, estaba preso. El día en que íbamos a elecciones en la APBA con grandes posibilidades de ganar, Isabel interviene el gremio y mete gente armada en la intervención. Ahí nos quedamos sin opción. Por eso desde las comisiones internas constituimos lo que se dio en llamar «el comité ejecutivo», que era la conducción del gremio por fuera de la APBA. Desde la intervención, el 5 de agosto del 74 hasta el golpe, desde las empresas más importantes, como *Clarín*, *Crónica*, *La Nación*, *La Prensa* —que todavía era fuertecita—, *Editorial Abril* y *Télam*, condujimos el gremio. Imaginate que ya

no era solamente Clarín o el resto de las empresas las que nos tenían de enemigos. También nos habíamos puesto enfrente del gobierno de Isabel, de López Rega y de la Triple A.

A finales del 75 la cosa ya venía mal. Hay que recordar que había ocurrido una chirinada protagonizada por un brigadier ignoto llamado Jesús Cappellini, quien se había alzado en armas para tomar Aeroparque. Al no haber reacción, el hombre entrega las armas, pero yo creo que esa acción fue un ensayo. Por entonces hubo un elemento interesante para chequear: Videla fue a Montevideo a una reunión de ejércitos americanos y allí, como jefe del Ejército, dice que la guerrilla en Argentina estaba vencida y diezmada. Tres meses después dio el golpe con la excusa de la existencia de la guerrilla, con lo cual se desnuda su proyecto. Decía que ya la cosa venía en falsa escuadra y, en el verano del 76, el núcleo duro de la Comisión Interna decidió no irse de vacaciones porque ya había olor a pólvora. En diciembre había sucedido la locura del ERP, cuando los masacraron en la toma de un cuartel porque había un infiltrado que los había entregado. Entonces, en lugar de irnos, entre todos alquilamos una quinta. Cuando estábamos ahí, nos llamaron del diario porque habían decidido el despido.

¿Antes del 24 de marzo?

Sí, antes. Despidieron a la Comisión Interna y a cincuenta compañeros más. Fuimos al conflicto y lo manejamos desde la calle. Y hay un hecho histórico que nunca había pasado ni volvió a pasar: el diario no salió por dos o tres días. Desde la calle lo impedimos. Pero también pasaron dos cosas terribles: teníamos a la gente movilizada y un día llega la noticia de que algunos compañeros que adscribían a los montos habían baleado el frente de la casa del gerente de personal. La gente entró en pánico. Ese día, un periodista muy cercano a la empresa propuso volver al diario y seguir la lucha desde adentro, que era lo mismo que decir «se acabó todo». Antes de eso, algunos «compañeros» habían sido encomendados por el diario para pedir a la CGT, a las 62 Organizaciones y al Ejército que no movieran un pelo frente a nuestros despidos. Y así pasó. Nos echaron sin que hubiera reacción gremial. Pero seguimos funcionando porque ya venía un proceso creciente de deterioro en el resto de las empresas. Y así fue como libramos batallas impresionantes, increíbles, que era difícil de creer que se pudieran dar en aquellas épocas. En *La Nación*, por ejemplo, durante un paro general que acompañamos desde el gremio, consiguieron un aumento salarial, pero la peor afrenta fue que durante

el conflicto dieron vuelta el cuadro de Bartolomé Mitre y lo dejaron cabeza abajo.

Eso es lo peor que podés hacer en *La Nación*. ¡Ja, ja, ja, ja!

Sí. Fue impresionante. Seguimos adelante, pero muy debilitados, conduciendo las pocas escaramuzas gremiales que había en el sector. Cada reunión del comité ejecutivo terminaba con un Falcon verde en la puerta. En agosto del 76 se venía la fundación de la Federación Latinoamericana de Periodistas, que se hacía en México. Estábamos invitados como comité ejecutivo y decidimos que, para representarnos, fuera un amigo, un hermano mío, un compañero, que era secretario de la Comisión Interna del *Cronista Comercial*, *El Negro* Héctor Demarchi, hoy detenido desaparecido. Recibimos la comunicación de México de que *El Negro* debía ir al *Cronista* a recibir un llamado telefónico en el que le iban a decir dónde tenía que recoger el pasaje y le iban a dar unos dólares para el traslado. Fue a hacer ese trámite y cuando salió, el 5 de agosto de 1976, lo metieron a las patadas en la cabeza en un camión de *clearing* bancario. *El Negro* iba con otro periodista y estos salvajes le dicen: «Esto no es con vos, tomátelas» y desde entonces *El Negro* está desaparecido.

En abril, un amigo mío, que ya murió, me dice: «¿Tenés pasaporte?». «No», le respondí. Y me aconseja: «Tenés que sacarte un pasaporte». «¿Para qué?». «Y... vos sabés cómo está la cosa». Le digo: «Yo no maté a nadie», y me dice: «Vos tenés que sacarte un pasaporte, yo te voy a acompañar y te voy a hacer de control», que era lo que se hacía en aquella época. Y afortunadamente me obligó, fui y saqué el pasaporte.

Vuelvo atrás. Al Negro lo secuestran el 5 y cuatro días después empezamos a trabajar el *habeas corpus* y demás. Ya empezaban a secuestrar a abogados que presentaban esos recursos. Entonces, fuimos al encuentro de la mamá del *Negro*, porque ella había sido cocinera de la mujer de Videla. La mamá la llamó a esta señora y la pateó. En el medio de eso, el riesgo era saber quién era el próximo, porque nosotros constituíamos un núcleo de conducción gremial. Entonces, entre dos o tres compañeros, decidimos que era hora de partir. Yo estaba en pareja, con un hijo que había nacido en mayo, y nos fuimos con tres compañeros: Oscar González, que fue vicejefe de Gabinete del gobierno de Cristina; Ricardo Paris, abogado de la UTPBA, y yo. Los tres salimos por Chile, porque la información que teníamos era que por avión no había prácticamente riesgo, pero sí era peligroso por tierra. Llegamos a

Santiago, los carabineros nos preguntaron a qué íbamos, dijimos que éramos periodistas muy interesados en la ecología. Recuerdo que salí de Buenos Aires con cuarenta grados de fiebre. Y el recorrido que hicimos fue Buenos Aires, Aeroparque, Mendoza y Santiago. De ahí fuimos a Iquique y Tacna. Al otro día tomamos un avión a Lima y después a México. La primera noche que dormí en paz fue en México. A mi ex mujer y al bebé los hice salir por Brasil, porque también medíamos cuál era el riesgo. No había riesgo policial, pero me encontré con un cónsul, que había sido amigo de papá, un hijo de perra, que le hizo un interrogatorio casi policial para saber dónde andaba yo. Pero ahí tuvimos a los buenos amigos que la auxiliaron. Uno era corresponsal de *Página*, Eric Nepomuceno, y por ahí andaba también dando vueltas Galeano. Pocos días después, Inés y el nene llegaron a México. Ella había tenido fiebre reumática de chica y le repercutía cardiológicamente. En México trabajé de todo lo que pude y finalmente, con la ayuda de compañeros que estaban en el exilio, nos facilitaron tres pasajes de avión y nos fuimos a Madrid, donde nos quedamos hasta el penúltimo día de la dictadura. Desde España, fui el coordinador de prensa del viaje de Alfonsín cuando, ya precandidato, se tomó un avión para Europa y denunció el pacto militar-sindical.

¿Ahí hace un recorrido por los países soviéticos?

Sí. Y toca a la socialdemocracia, que era otra socialdemocracia. En ese viaje charlamos muchísimo con Raúl. Un día le comenté: «Yo quiero volver a votar». Y él me dijo: «Vos te movés de acá sólo cuando yo te diga». Desde Madrid trabajé bastante para la candidatura de él.

Pero eso ¿dónde salió publicado?

En Europa. A México me llevé una corresponsalía miserable que casi tenía que pagar yo. Y después, para mi sorpresa, un sábado a la mañana recibí un llamado. Estaba en casa y sonó el teléfono. Yo dije: «Si es para mí, decile que estoy muerto». Levantan el teléfono, preguntan por mí y le contestan: «Está muerto». «¿Cómo que está muerto?», dijo del otro lado de la línea Julio Ramos, el director y propietario de *Ámbito Financiero*, quien me llamaba para ofrecerme una corresponsalía. Él estaba en tránsito y lo fui a ver al aeropuerto. Se murió debiéndome dos mil dólares. Por un tiempito, fui corresponsal desde México sin tener ninguna especialidad económica ni mucho menos, pero había que defenderse. En México pude trabajar un tiempito en Canal 13 como jefe de internacionales. Y en Madrid, ya en Europa, empezamos a pensar en la necesidad de denunciar al régimen. Con

Hipólito Solari Yrigoyen, que estaba exiliado en París, y Carlos Gabetta, que fue director en *Le Monde diplomatique*, decidimos fundar un diario, un periódico que se llamó *Sin Censura*, que codirigimos Gabetta, Hipólito, Julio Cortázar, *El Gordo* Soriano, Gino Lofredo, que vive en Ecuador, y yo. Cada uno aportó dos mil dólares y se consiguió mucho más apoyo político que plata. Mientras alcanzó la plata, el periódico salió; hizo mucha roncha, pero finalmente murió. Se distribuía en Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, clandestinamente. Se imprimía y se despachaba desde Estados Unidos para que fuera menos sospechosa la procedencia. Porque, en lo que hoy es el Centro Kirchner, funcionaba el Palacio de Correos y en el séptimo piso había una oficina de la SIDE que recibía todo lo que venía del exterior. Lo que parecía sospechoso, lo abrían y lo quemaban. Entonces, en Washington, conseguimos con Gino Lofredo unos stickers y unos sobres de la Fundación Ford, de la empresa Ford Motor Company y metíamos el diario ahí adentro y así pasaba. También hicimos, en el exilio, el diario *La República*, cuyo fundador era un gran tipo que no soportó el exilio y reventó como un sapo: Miguel Piccato. Cuando murió, lo retomó Hipólito Solari y lo empezó a editar con mi participación desde Europa.

También hubo otras expresiones, denuncias que tenían orígenes mucho más a la izquierda, pero con un criterio absolutamente amplio para que todo el mundo pudiera escribir. Cuando ya nos acercábamos a la vuelta de la democracia, le perdí la pista a Raúl porque ya era presidente electo y entonces encaramos la vuelta al país de la mano del Acnur, el alto comisionado de Naciones Unidas para los refugiados. Nos juntamos los tres adultos de la familia —Ángeles, mi nueva mujer, yo e Inés, la mamá de Manuel— y convinimos en que nos volvíamos al país. Inés dijo: «Ustedes vuelvan en diciembre y yo vuelvo en julio». No era razonable, pero ella tenía un serio conflicto personal de ánimo. Pasó julio y pasó diciembre, y un día me llama por teléfono y me dice: «Conseguí trabajo en la Paramount, así que olvídale». Le digo entonces que Manuel también era hijo mío. «Y bueno, ya veremos qué se hace». En 1999 tuvo una deficiencia cardíaca y murió en Nueva York. Y ahí quedó boyando mi hijo, que ya era papá de dos niños.

¿Cómo fue el regreso?

Nos embarcamos el 8 de diciembre del 83, llegamos el 9 y Raúl asumía el 10. Yo tenía una emoción que no me cabía en el pecho. Los primeros días de enero, me llamó Hipólito y me dijo: «El presidente me ha designado

embajador itinerante y la primera misión que me dio es traer a los amigos que andan dando vueltas por ahí, pero me conminó a que el primero fuera *El Chino*». Entonces le dije: «Pero *El Chino* ya está en Buenos Aires», y ahí Alfonsín dijo «que me venga a ver». En aquel momento, si no tenías traje no podías ir a la Casa de Gobierno. Y yo no tenía traje. Entonces llamé a mi hermano y le pedí que me prestara guita para comprarme uno. No te puedo explicar lo que pasó por mi cuerpo y mi mente cuando el edecán abrió la puerta y lo veo al *Gallego* ahí, ya como presidente de la nación. Tuvo la generosidad de invitarme a trabajar en el gobierno, en el proyecto. E hice un recorrido por casi todas las empresas del Estado.

Arranqué por Télam, porque me dijo: «¿Vos por dónde querés?». Yo le hice una broma estúpida: portero de la Casa de Gobierno. Y me dijo: «No, boludo, en lo tuyo», y recordé, porque tenía unos viejos amigos en Télam, que la agencia era una herramienta interesante para ayudar a democratizar a una sociedad que había sido tan sopapeada. Ahí estuve poco tiempo, porque el que era presidente de Canal 7, que no me conocía ni yo a él, me encontró en la primera fiesta de la vendimia en democracia y me dijo: «Yo te necesito en el canal». Volví a pedirle una audiencia a Alfonsín, le expliqué y me dijo: «Si vos querés y te sentís bien, andá». Fui al canal y ahí encanecí diez años.

Te cuento una anécdota: una noche estaba cerrando el noticiero, estaba solo, y me tocó lidiar con un tipo que hoy ya está muerto, apodado *Michum*. Era muy difícil porque él establecía una rutina y yo le decía: «¿Para qué vas a poner esta nota si es todo el filo militar afuera?». Y entonces se ponía rojo, dentro del estudio. «¿Quién sacó la nota?». «Yo», le dije. Y ahí se produjo un despelote muy serio porque a un juez muy estúpido se le ocurrió convocar a Lanusse y a Camps, que estaba preso, para que dirimieran un conflicto en el microcine del canal por video, porque uno lo había acusado de injurias al otro. Se armó un revuelo cuando llegaron con tanquetas al canal... Para colmo, a un compañero al que llamaban *Tanguito* la policía de Camps le había secuestrado a la hija. Se le tiró encima, la custodia lo tiró al diablo; un despelote. *Michum*, creyendo que tenía la autoridad del canal, se lo llevó a Camps al noticiero y le hizo una entrevista. Me llama entonces el presidente del canal para que le dijera que estaba despedido. Y ahí empezó el desbarajuste, hasta que me ofrecieron la dirección de Radio Nacional, cosa que acepté. Fue el tiempo más lindo profesionalmente hablando, porque todo se hacía con mística. Hicimos cosas muy atractivas e interesantes. Rankeamos la radio desde el punto de vista de la información sin tener publicidad ni nadie que nos tuviera en cuenta. A los medios del Estado, en aquel momento, nadie

le daba bolilla. Tuve la gran suerte de contar con colaboradores maravillosos, como Blanca Rébora, que hacía unos recitales en vivo donde había colas en la calle.

¿La conocías de *Clarín*?

Sí. Y seguimos siendo muy amigos y compañeros. Éramos una banda de chicos jóvenes que poníamos el cuerpo sin pedir nada. Terminó ese período de mala manera, porque había un sector del gobierno vinculado a María Julia Alsogaray que protestaba por el contenido de la radio. Ese mismo sector me dijo: «Hay que volver a la música clásica», y yo les dije que sería «sobre mi cadáver. Conmigo no cuentas». Y fue sobre mi cadáver. Ahí me llamó Dante Caputo, un hombre que aún hoy me asombra cómo piensa, un tipo brillante. Estuve un año como asesor en la Cancillería y después me pidió que fuera su asesor de prensa en la diputación que ganó. A los dos años, de los cuatro del mandato, me volví un poco a la actividad privada. Anduve por *El Cronista*, por *La Razón* y después ingresé, antes que ellos, al área de medios de la Universidad de Buenos Aires, que como no tenía medios, se hacían producciones que la universidad negociaba con Canal A, Radio Nacional y Radio Ciudad. Y terminé mis días hasta la jubilación en Radio Universidad de Buenos Aires, donde tampoco me querían mucho, por lo que me dieron una especie de falso exilio de oro. Desde diciembre estoy jubilado y viendo la vida de otra manera. Desde hace muy poquito, frente a la insistencia de Radio Caputo, que sale por Internet, estoy haciendo una hora a la semana los jueves, a las 6 de la tarde.

Hoy se habla bastante de periodismo militante y por ahí no se tiene en cuenta lo que ocurría en los 70. Muchas veces el periodismo y la militancia estuvieron unidos. Y ni hablar si los periodistas pertenecían al gremio de prensa. ¿Cómo podemos resumir la foto de aquellos años? ¿Cómo era ser periodista?

La asepsia del periodismo es una mentira cochina. Yo creo que el problema de este oficio es cuando a la opinión se la disfraza de información. Y ese es el contrabando, esa es la manipulación. Ha habido brillantes periodistas de la derecha y brillantes periodistas de la izquierda que nunca traicionaron el oficio. Se me ocurre hablar de Heriberto Kahn, de Enrique Raab, dos brillantes de *La Opinión*. Vos podías estar de acuerdo o discrepar,

pero era importante que existieran. Hoy el oficio, en muchos aspectos, es un mamarracho y una mentira. Las empresas periodísticas que ofrecían un producto periodístico era lícito que tuvieran un margen de funcionamiento y demás. Pero siempre era detrás de un negocio periodístico, para mejorar. Hoy las empresas periodísticas, por lo menos muchas de ellas, están metidas en otros negocios non sanctos. Entonces, los medios quedaron como herramientas para conseguir negocios o impunidad. El símbolo del quiebre contemporáneo es Papel Prensa, esa asociación ilícita entre las principales empresas periodísticas y la dictadura, que todavía tiene plena vigencia en materia de concentración y dominación. La última medida de este gobierno fue la fusión de Telecom. Y agarrate Catalina.

¿Entonces?

Este es el oficio más noble del mundo si se practica con honestidad. Sin conceder, sin ser manipulado. Del otro lado tenés a una persona inerme que no sabe lo que está recibiendo. Y la gente del común no tiene la posibilidad de leer todos los diarios o mirar todos los canales, o tener la información precisa. Yo creo que ese es el problema central. A mí me causa indignación y gracia aquella frase de «yo soy apolítico». Si decís eso, sos un mentiroso. Vos podás decir «soy apartidario» o no milito en ningún lado, pero no me cuentes películas, no me cuentes mentiras.

Volviendo a los 70, ahí no había esa discusión. Vos sabías que tenías un compañero de redacción que era más trosko y no estaba esa cosa de separar al otro por su ideología.

Lo del periodismo militante es un invento del actual gobierno para sacarse de encima lo que eran creaciones profesionales que les molestaban. Porque a 6-7-8 podemos hacerle muchas críticas. Yo, en Radio Nacional, muchas veces discutí para que se le diera cabida a la oposición de entonces y no me dieron ni cinco de bola. Todo eso me pareció un error. Pero 6-7-8 tuvo la gran virtud de explotar el archivo y cuando vos no resistís un archivo, estás en un problema. No le podés vender nada que no corresponda al destinatario y esa fue la bronca. Pero en los años 70 había militancia. Lo que no estaba permitido y no era lícito, era contrabandear. Por ejemplo, cuando asumí la subgerencia de noticias de Canal 7 necesitaba un jefe de deportes. Las ofertas que tenía adentro, porque no tenía guita para nada, eran Mauro Viale o el

gordo Oscar Gañete Blasco, que era peronista de paladar negro. Le ofrecí el cargo, en un gobierno radical, y él, sorprendido, me dijo: «¿A mí?». «Sí, ya sé que sos peronista y sos el maestro de ceremonia de Antonio Cafiero. Si aceptás, para mí el límite es uno: que no contrabandeés política peronista en tu quehacer. Esto no quiere decir que no puedas opinar ni nada de eso. No contrabandeés, vos sos grande, sabés lo que quiero decirte». Y hasta mi último día de mi permanencia en el canal y hasta el último día de su vida, nuestra relación no se alteró. A tal punto que en aquel momento, que no tenía ni un peso, él me facilita un pasaje para traerlo a Manuel de vacaciones, que por supuesto después le pagué. Hasta ese punto llegó nuestra amistad. Y eso que yo con el peronismo no tenía nada que ver y él con el radicalismo tampoco. A pesar de que creo, hoy y ayer, que el gran éxito del golpe del 55 fue inocular sobre toda a esa clase media portuaria, porteña y pedorra, poseedora de un antiperonismo servil. «La loca», «viva el cáncer», «el tirano prófugo», no se lo podía nombrar a Perón. O mentiras que decían que Perón se acostaba con las chiquilinas de la UES. Eso les dio resultado por sesenta años. Y ahora quieren instituir lo mismo con el gobierno de Cristina Kirchner, porque resulta que el bueno era Néstor y Cristina es la chorra, la loca, la bipolar. Y yo me siento totalmente identificado con todo lo que ha sido ese gobierno. No tengo 30 años, y estos últimos doce fueron los mejores de mi vida. Y no porque laburara bien; siempre laburé por cinco mangos, no tuve beneficio de ninguna naturaleza. Un día tuve el placer de que me convocaran de Radio Nacional para hacer una columnita, después de veinticinco años. Yo hice el traspaso de la FM del viejo edificio de la calle Ayacucho a Maipú. Con un equipo de gente maravilloso, como era tan dificultoso el tema de las partidas presupuestarias, los chicos que estaban remodelando Maipú 555 tenían una ferretería enfrente. Entonces, les pedían fiado el material, el hombre se los daba y cuando llegaba la partida le pagaban.

¿Quiénes eran los periodistas de los 70? ¿De dónde venían? Porque no había una formación estricta.

En la redacción de *Clarín*, el diario no existía hasta las 5 o 6 de la tarde. Ahí había periodistas de la talla de Osvaldo Bayer, que fue mi jefe, Raúl González Tuñón, Hamlet Lima Quintana; tipos brillantes, humanistas. También estaban los Frigerio, que fueron socios de Noble. Y eso en todas las redacciones. *Pajarito* García Lupo. Creo que fue el último periodista de investigación que tuvo... Bueno, hay un semillero, pero él llevaba la bandera

de la investigación. Y Vicky, específicamente, que era un petardo, una chica divina, de carácter muy fuerte, y así murió también.

Casi sonriendo, eso fue muy fuerte.

Sí. También era poseedora de una nobleza y de una transparencia increíbles. ¿Qué puede dar un ser máspreciado que la propia vida en nombre de una creencia? Era una época muy linda. Lo que teníamos en la redacción era también una víctima de la represión, como *El Loco* Barraza. Él era homosexual. Por militante pagó caro, pero además se ensañaron porque era homosexual.

¿Y cómo era la composición del gremio de prensa? ¿Cómo funcionaba la comunicación con otras redacciones, con otros medios?

Mediaban las relaciones personales o sindicales. Nosotros trabajábamos mucho en la redacción. Por eso fue exitoso el proceso, que duró poco, pero fue muy intenso. Reeditarlo sería imposible porque las empresas ya están advertidas. Por eso a los trabajadores de *Clarín* les ha costado sangre, sudor y lágrimas. Ahí estuvieron Pablo Llonto y *La Negra* Ana Ale, que finalmente se compró un cáncer que se la llevó. Y gente de la cual se dice que están en la falda de Magonetto.

ANEXO

Cartas de Rodolfo Walsh...

*29 de septiembre de 1976
...a su hija Victoria*

Querida Vicki:

La noticia de tu muerte me llegó hoy a las tres de la tarde. Estábamos en reunión cuando empezaron a transmitir el comunicado. Escuché tu nombre, mal pronunciado, y tardé un segundo en asimilarlo. Maquinalmente empecé a santiguarme como cuando era chico. No terminé con ese gesto. El mundo estuvo parado ese segundo. Después les dije a Mariana y Pablo: «era mi hija». Suspendí la reunión.

Estoy aturdido. Muchas veces lo temía. Pensaba que era excesiva suerte no ser golpeado, cuando tantos otros son golpeados. Sí, tuve miedo por vos, como vos por mí, aunque no lo decíamos. Ahora el miedo es aflicción. Sé muy bien por qué cosas has vivido, combatido. Estoy orgulloso de esas cosas. Me quisiste, te quise. El día que te mataron cumpliste 26 años. Los últimos fueron muy duros para vos. Me gustaría verte sonreír una vez más.

No podré despedirme, vos sabés por qué. Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad. El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuno, te celebro y quizás te envidio, querida mía.

Hablé con tu mamá. Está orgullosa en su dolor, segura de haber entendido tu corta, dura, maravillosa vida.

Anoche tuve una pesadilla torrencial, en la que había una columna de fuego, poderosa pero contenida en sus límites, que brotaba de alguna profundidad.

Hoy en el tren un hombre me decía: «Sufro mucho. Quisiera acostarme a dormir y despertarme dentro de un año». Hablaba por él pero también por mí.

29 de diciembre de 1976

...a sus amigos

Hoy se cumplen tres meses de la muerte de mi hija, María Victoria, después de un combate con fuerzas del Ejército. Sé que aquellos que la conocieron la han llorado. Otros, que han sido mis amigos o me han conocido de lejos, hubieran querido hacerme llegar una voz de consuelo. Me dirijo a ellos para agradecerles pero también para explicarles cómo murió Vicki y por qué murió.

El comunicado del Ejército que publicaron los diarios no difiere demasiado, en esta oportunidad, de los hechos. Efectivamente, Vicki era oficial 2.º de la Organización Montoneros, responsable de la prensa sindical, y su nombre de guerra era *Hilda*. Efectivamente estaba reunida ese día con cuatro miembros de la Secretaría Política que combatieron y murieron como ella.

La forma en que ingresó a Montoneros no la conozco en detalle. A los 22 años, edad de su posible ingreso, se distinguía por decisiones firmes y claras. Por esa época comenzó a trabajar en diario *La Opinión* y en un tiempo muy breve se convirtió en periodista. El periodismo en sí no le interesaba. Sus compañeros la eligieron delegada sindical. Como tal debió enfrentar en un conflicto difícil al director del diario, Jacobo Timerman, a quien despreciaba profundamente. El conflicto se perdió y cuando Timerman empezó a denunciar como guerrilleros a sus propios periodistas, ella pidió licencia y no volvió más.

Fue a militar a una villa miseria. Era su primer contacto con la pobreza extrema en cuyo nombre combatía. Salió de esa experiencia convertida a un ascetismo que impresionaba. Su marido, Emiliano Costa, fue detenido a principios de 1975 y no lo vio más. La hija de ambos nació poco después. El último año de vida de mi hija fue muy duro. El sentido del deber la llevó a relegar toda satisfacción individual, a empeñarse mucho más allá de sus fuerzas físicas. Como tantos muchachos que repentinamente se volvieron adultos, anduvo a los saltos, huyendo de casa en casa. No se quejaba, sólo su sonrisa se volvía más desvaída. En las últimas semanas varios de sus compañeros fueron muertos: no pudo detenerse a llorarlos. La embargaba una terrible urgencia por crear medios de comunicación en el frente sindical, que era su responsabilidad.

Nos veíamos una vez por semana, cada quince días. Eran entrevistas cortas, caminando por la calle, quizá diez minutos en el banco de una plaza. Hacíamos planes para vivir juntos, para tener una casa donde hablar, recordar,

estar juntos en silencio. Presentíamos, sin embargo, que eso no iba a ocurrir, que uno de esos fugaces encuentros iba a ser el último, y nos despedíamos simulando valor, consolándonos de la anticipada partida.

Mi hija no estaba dispuesta a entregarse con vida. Era una decisión madurada, razonada. Conocía, por infinidad de testimonios, el trato que dispensan los militares y marinos a quienes tienen la desgracia de caer prisioneros: el despellejamiento en vida, la mutilación de miembros, la tortura sin límite en el tiempo ni en el método, que procura al mismo tiempo la degradación moral, la delación. Sabía perfectamente que en una guerra de esas características, el pecado no era no hablar, sino caer. Llevaba siempre encima una pastilla de cianuro, la misma con que se mató nuestro amigo Paco Urondo, con la que tantos otros han obtenido una última victoria sobre la barbarie.

El 28 de septiembre, cuando entró en la casa de la calle Corro, cumplía 26 años. Llevaba en brazos a su hija porque a último momento no encontró con quién dejarla. Se acostó con ella, en camisón. Usaba unos absurdos camiones blancos que siempre le quedaban grandes.

A las siete del 29 la despertaron los altavoces del Ejército, los primeros tiros. Siguiendo el plan de defensa acordado, subió a la terraza con el secretario político, Molina, mientras Coronel, Salame y Bertrán respondían al fuego desde la planta baja. He visto la escena con sus ojos: la terraza sobre las casas bajas, el cielo amanecido, y el cerco. El cerco de 150 hombres, los FAP emplazados, el tanque. Me ha llegado el testimonio de uno de esos hombres, un conscripto.

«El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba. Nos llamó la atención la muchacha porque cada vez que tiraba una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella se reía».

He tratado de entender esa risa. La metralleta era una Halcón y mi hija nunca había tirado con ella, aunque conociera su manejo por las clases de instrucción.

Las cosas nuevas, sorprendentes, siempre la hicieron reír. Sin duda era nuevo y sorprendente para ella que ante una simple pulsación del dedo brotara una ráfaga y que ante esa ráfaga 150 hombres se zambulleran sobre los adoquines, empezando por el coronel Roualdes, jefe del operativo.

A los camiones y el tanque se sumó un helicóptero que giraba alrededor de la terraza, contenido por el fuego.

«De pronto», dice el soldado, «hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y abrió los brazos. Dejamos de

tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camisón. Empezó a hablarnos en voz alta pero muy tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. “Ustedes no nos matan”, dijo el hombre, “nosotros elegimos morir”. Entonces se llevaron una pistola a la sien y se mataron enfrente de todos nosotros».

Abajo ya no había resistencia. El coronel abrió la puerta y tiró dos granadas. Después entraron los oficiales. Encontraron a una nena de algo más de un año, sentadita en una cama, y cinco cadáveres.

En el tiempo transcurrido he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren como ella, tenían otro camino. La respuesta brota de lo más profundo de mi corazón y quiero que mis amigos la conozcan. Vicki pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser deshonrosos, pero el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado. Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella: vivió para otros, y esos otros son millones. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy yo quien renace de ella.

Esto es lo que quería decir a mis amigos y lo que desearía de ellos es que lo transmitieran a otros por los medios que su bondad les dicte.

*24 de marzo de 1977
...a la Junta Militar*

1. La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

El primer aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades.

El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde. En esa perspectiva lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez, sino la posibilidad de un

proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron.

Ilegítimo en su origen, el gobierno que ustedes ejercen pudo legitimarse en los hechos recuperando el programa en que coincidieron en las elecciones de 1973 el ochenta por ciento de los argentinos y que sigue en pie como expresión objetiva de la voluntad del pueblo, único significado posible de ese «ser nacional» que ustedes invocan tan a menudo.

Invirtiendo ese camino han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina.

2. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio.

Más de siete mil recursos de *habeas corpus* han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera se ha presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los cincuenta o sesenta que lo hacían fueron a su turno secuestrados.

De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el «submarino», el soplete de las actualizaciones contemporáneas.

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

3. La negativa de esa Junta a publicar los nombres de los prisioneros es asimismo la cobertura de una sistemática ejecución de rehenes en lugares descampados y en horas de la madrugada con el pretexto de fraguados combates e imaginarias tentativas de fuga.

Extremistas que panfletean el campo, pintan acequias o se amontonan de diez en vehículos que se incendian son los estereotipos de un libreto que no está hecho para ser creído sino para burlar la reacción internacional ante ejecuciones en regla mientras en lo interno se subraya el carácter de represalias desatadas en los mismos lugares y en fecha inmediata a las acciones guerrilleras.

Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, 55 en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, 30 por el atentado en el Ministerio de Defensa, 40 en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, 19 tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela forman parte de 1.200 ejecuciones en 300 supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos.

Depositarios de una culpa colectiva abolida en las normas civilizadas de justicia, incapaces de influir en la política que dicta los hechos por los cuales son represaliados, muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales, familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos a los que se mata para equilibrar la balanza de las bajas según la doctrina extranjera de «cuenta-cadáveres» que usaron los SS en los países ocupados y los invasores en Vietnam.

El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y sólo 10 o 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un muestreo periodístico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40

acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos.

Más de cien procesados han sido igualmente abatidos en tentativas de fuga cuyo relato oficial tampoco está destinado a que alguien lo crea sino a prevenir a la guerrilla y a los partidos de que aun los presos reconocidos son la reserva estratégica de las represalias de que disponen los Comandantes de Cuerpo según la marcha de los combates, la conveniencia didáctica o el humor del momento.

Así ha ganado sus laureles el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, antes del 24 de marzo con el asesinato de Marcos Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros cincuenta prisioneros en variadas aplicaciones de la ley de fuga ejecutadas sin piedad y narradas sin pudor.

El asesinato de Dardo Cabo, detenido en abril de 1975, fusilado el 6 de enero de 1977 con otros siete prisioneros en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército, que manda el general Suárez Mason, revela que estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados sino la política misma que ustedes planifican en sus estados mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como comandantes en jefe de las 3 armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno.

4. Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas.

Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza, incluyendo el chico de 15 años, Floreal Avellaneda, atado de pies y manos, «con lastimaduras en la región anal y fracturas visibles» según su autopsia.

Un verdadero cementerio lacustre descubrió en agosto de 1976 un vecino que buceaba en el lago San Roque de Córdoba, acudió a la comisaría donde no le recibieron la denuncia y escribió a los diarios que no la publicaron.

Treinta y cuatro cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976, ocho en San Telmo el 4 de julio, diez en el río Luján el 9 de octubre, sirven de marco a las masacres del 20 de agosto que apilaron 30 muertos a 15 kilómetros de Campo de Mayo y 17 en Lomas de Zamora.

En esos enunciados se agota la ficción de bandas de derecha, presuntas herederas de las 3 A de López Rega, capaces de atravesar la mayor guarnición del país en camiones militares, de alfombrar de muertos el Río de la Plata o de arrojar prisioneros al mar desde los transportes de la Primera Brigada Aérea, sin que se enteren el general Videla, el almirante Massera o el brigadier Agosti. Las 3 A son hoy las 3 Armas, y la Junta que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre «violencias de distintos signos» ni el árbitro justo entre «dos terrorismos», sino la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte.

La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, Zelmario Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz y decenas de asilados en quienes se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay.

La segura participación en esos crímenes del Departamento de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, conducido por oficiales becados de la CIA a través de la AID, como los comisarios Juan Gattei y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de Mr. Gardener Hathaway, Station Chief de la CIA en Argentina, es semillero de futuras revelaciones como las que hoy sacuden a la comunidad internacional que no han de agotarse siquiera cuando se esclarezcan el papel de esa agencia y de altos jefes del Ejército, encabezados por el general Menéndez, en la creación de la Logia Libertadores de América, que reemplazó a las 3 A hasta que su papel global fue asumido por esa Junta en nombre de las 3 Armas.

Este cuadro de exterminio no excluye siquiera el arreglo personal de cuentas como el asesinato del capitán Horacio Gándara, quien desde hace una década investigaba los negociados de altos jefes de la Marina, o del periodista de Prensa Libre Horacio Novillo, apuñalado y calcinado, después que ese diario denunció las conexiones del ministro Martínez de Hoz con monopolios internacionales.

A la luz de estos episodios cobra su significado final la definición de la guerra pronunciada por uno de sus jefes: «La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal».

5. Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de

sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40%, disminuido su participación en el ingreso nacional al 30%, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar, resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reductos coloniales.

Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9%, prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificado de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron.

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40%, el de ropa más del 50%, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia, en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si esas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la «racionalización».

Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convirtió en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes sólo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales, y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe.

Tampoco en las metas abstractas de la economía, a las que suelen llamar «el país», han sido ustedes más afortunados. Un descenso del producto bruto

que orilla el 3%, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual del 400%, un aumento del circulante que en solo una semana de diciembre llegó al 9%, una baja del 13% en la inversión externa constituyen también marcas mundiales, raro fruto de la fría deliberación y la cruda inepticia.

Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma. Mil ochocientos millones de dólares que equivalen a la mitad de las exportaciones argentinas presupuestados para Seguridad y Defensa en 1977, cuatro mil nuevas plazas de agentes en la Policía Federal, doce mil en la provincia de Buenos Aires con sueldos que duplican el de un obrero industrial y triplican el de un director de escuela, mientras en secreto se elevan los propios sueldos militares a partir de febrero en un 120%, prueban que no hay congelación ni desocupación en el reino de la tortura y de la muerte, único campo de la actividad argentina donde el producto crece y donde la cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar.

6. Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U. S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete.

Un aumento del 722% en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz, en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: «Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos».

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el «festín de los corruptos».

Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de

expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados, no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

Agradecimientos

Les quiero agradecer a todos los que me brindaron su testimonio para poder reconstruir estas historias de amor. También a quienes me ayudaron a lograr los contactos necesarios para las entrevistas y me facilitaron material bibliográfico y audiovisual. También a los que me escucharon durante este largo año de trabajo y colaboraron con sus opiniones y, desinteresadamente, aportaron al debate y el intercambio de ideas.

Gracias a Alberto Nadra, que me contó su historia y me abrió la puerta de su casa para mantener largas conversaciones. A Carlos Funes y a Muñeca, que me ayudaron en la reconstrucción de la historia de amor de Cabandié y Alfonsín. Y al hijo de la pareja, Juan, quien también me contó la historia de sus padres y compartió las fotos que tiene de ellos.

A Víctor Heredia, que relató en primera persona la historia de amor de su hermana, que hoy sigue desaparecida, y a Yamila Cornou, sobrina de Víctor. No me puedo olvidar tampoco de Ernesto *Coco* Lombardi y Boy Bruzzone, quienes también me prestaron su testimonio.

El recuerdo es para Clelia Isasmendi, hija de Clelia Luro, que no sólo me ayudó a recordar la historia de su madre y Jerónimo Podestá, sino que además me facilitó fotos y revistas de la época.

A Delia Barrera, que me contó su historia de amor. Y a Emiliano Costa, quien tuvo la paciencia necesaria para tomarse varios cafés conmigo y contarme el hermoso romance que vivió con *Vicki* Walsh, a pesar del dolor que siempre significa remover emociones y sentimientos tan profundos.

A quienes pude entrevistar para analizar los temas que atraviesan cada capítulo, como los casos de Rubén Dri, Daniel Campione, el *Chino* Zemborain, Pablo Llonto y Daniel Rafecas. Un párrafo aparte, claro, es para Estela de Carlotto, ese emblema viviente de los derechos humanos que se tomó todo el tiempo necesario para darme sus pareceres en una larga entrevista.

Un súper y especial agradecimiento al equipo que me acompañó durante todos estos meses y que hizo posible el material para contar las historias:

Camila Donato, Agustina Larrea y Lucas Bo. También para Laura Miño Chescotta, que escuchó y desgrabó con mucha precisión y paciencia cada una de las entrevistas.

A mi coequíper, Mariano Hamilton, quien esta vez, en el doble rol de editor-corrector, con su mirada detallada y precisa, mejoró cada uno de los textos. Y a Rodolfo González Arzac, que en un año muy particular me tuvo infinita paciencia con los tiempos, los plazos y todo.

Y a Nacho Iraola, que volvió a confiar en mi proyecto y en las historias de amor.

No me puedo olvidar tampoco de David Mazal y de Lina Garraza, cuya historia de amor, al igual que la de Héctor Anabitarte y Ricardo Lorenzo, quedará para el segundo libro, que ya está en carpeta.

Notas

[1] *Jerónimo Obispo, un hombre entre los hombres*, de Clelia Luro de Podestá. Ediciones Fabro, pp. 50 y 51. <<

[2] Concilio Vaticano II. Fue un concilio ecuménico de la Iglesia Católica convocado por Juan XXIII, quien lo anunció el 25 de enero de 1959. Fue uno de los eventos históricos que marcaron el siglo xx. El Concilio constó de cuatro sesiones: la primera de ellas fue presidida por el mismo Papa, en 1962. Sin embargo, no pudo concluirlo ya que murió un año después, el 3 de junio de 1963. Las otras tres etapas fueron convocadas y presididas por Pablo VI, hasta su clausura en 1965. Según los expertos, el Concilio Vaticano II pasó a la historia por ser la reunión de obispos y miembros del clero con la mayor y más diversa representación de lenguas y etnias, con una media de asistencia de dos mil sacerdotes de todo el mundo. <<

[3] *Mi Nombre es Clelia*, de Clelia Luro de Podestá. Santiago de Chile, Los Héroes, p. 112. <<

[4] *Ibídem*, p. 11. <<

[5] CELAM. El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) agrupa a los obispos de la Iglesia Católica de Latinoamérica y el Caribe. Su origen se remonta a la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, organizada en Caracas el 25 de julio de 1955. Tras esa conferencia, se hizo un pedido formal a Pio XII para la constitución del CELAM, sugerencia que fue aceptada. Si bien desde el Concilio Plenario de América Latina, celebrado en Roma en 1899, se realizaban reuniones periódicas de las diócesis de cada nación, no existía una convocatoria en pleno de los obispos de Latinoamérica, hasta la constitución del CELAM. Desde entonces, cada determinada cantidad de años, se realiza una asamblea ordinaria, a la cual asisten los presidentes de las conferencias episcopales de cada nación y se definen las tareas pastorales y la elección de autoridades. <<

[6] Hélder Câmara. Fue el arzobispo emérito de Olinda y Recife, en Brasil. Destacado defensor de los derechos humanos y figura de la llamada Teología de la Liberación. Fue uno de los fundadores de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (CNBB) y defensor de los derechos humanos durante la dictadura militar brasileña que tuvo lugar entre los años 1964 y 1985. Por su actuación recibió numerosos premios nacionales e internacionales y es el único brasileño que fue candidato cuatro veces al Premio Nobel de la Paz. <<

[7] Pacto de las Catacumbas. Es un documento redactado el 16 de noviembre de 1965 por más de 30 obispos de la Iglesia Católica, en su mayoría latinoamericanos, que se encontraban en ese momento participando de la 4.^a sesión del Concilio Vaticano II. Por ese pacto, los obispos firmantes se comprometieron a adoptar una vida de sencillez, despojada de posesiones, y una nueva actitud pastoral orientada a los pobres y a los trabajadores. El documento está considerado como uno de los antecedentes de la llamada Teología de la Liberación, que aparecería en América Latina a partir de 1969.

<<

[8] Entrevista de la autora de este libro con Clelia, una de las hijas de Clelia Luro de Podestá. <<

[9] Manifiesto de los 18 Obispos del Tercer Mundo. El 15 de agosto de 1967, el obispo brasileño Hélder Câmara lideró un grupo de 18 obispos de Latinoamérica, Asia y África y redactó un manifiesto para apoyar el «llamado angustioso del papa Pablo VI en la encíclica *Populorum Progressio*», en el que se vinculaba la situación de pobreza y desamparo de los ciudadanos del Tercer Mundo con la explotación a la que el «imperialismo del dinero» de las corporaciones multinacionales los someten con el aval de los gobiernos. También se expresaba el compromiso religioso para luchar contra esa situación. El manifiesto está considerado como uno de los antecedentes del posterior Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, una corriente dentro de la Iglesia Católica, fundada a fines de 1967, que intentó articular la idea de renovación de la Iglesia tras el Concilio Vaticano II. <<

[10] *Mi Nombre es Clelia*, ob. cit., p. 131. <<

[11] *Ibídem*, p. 134. <<

[12] Encíclica *Populorum Progressio*. Es la carta encíclica del papa Pablo VI promulgada el 26 de marzo de 1967. En latín significa «El desarrollo de los pueblos». La encíclica está dedicada a la cooperación entre los pueblos y al problema de los países en vías de desarrollo. En su mensaje, el Papa denuncia que el desequilibrio entre países ricos y pobres se va agravando, critica el neocolonialismo y afirma el derecho de los pueblos al bienestar. Además presenta una crítica al capitalismo. Finalmente propone la creación de un fondo mundial para ayudar a los países en vías de desarrollo. Es una de las más famosas e importantes manifestaciones de Pablo VI. En su momento fue objeto de debates y críticas por parte de los ambientes más conservadores. La encíclica fue el motivo de la fundación del movimiento MSPTM (Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo). En uno de los fragmentos más destacados de su mensaje, Pablo VI señala: «La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario». <<

[13] *Mi Nombre es Clelia*, ob. cit., pp. 150 y 151. <<

[14] Revolución Argentina. Nombre con que se autodenominó la dictadura cívico-militar que derrocó al presidente constitucional Arturo Illia, mediante un golpe de Estado llevado a cabo el 28 de junio de 1966. A diferencia de otros golpes militares, la Revolución Argentina no se presentó a sí misma como provisional, sino que pretendió establecerse como un nuevo sistema dictatorial de forma permanente. La alta conflictividad política y social —que incluyó la famosa «fuga de cerebros» a fines de los años 60, con intelectuales y científicos de renombre abandonando el país luego de ser reprimidos por la dictadura a la salida del claustro académico— y las luchas entre los diversos sectores militares produjeron dos golpes internos. A Juan Carlos Onganía (1966-1970) lo sucedieron en el poder dos dictadores: Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) y Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973). <<

[15] Entrevista de la autora de este libro con Clelia, cit. <<

[16] *Íd.* <<

[17] Banco Popular de La Plata. Fundado en 1904, fue el primer banco privado de la ciudad y de la provincia. A comienzos de los 60 ya era una de las instituciones más importantes de la ciudad. Su directorio lo conformaban por aquellos años Oscar Bimbiloni, Hugo Maroglio, Santiago Ostiglia, Eduardo Fernández Godard, Oscar Castell, Arturo Poblet Videla y Ramón Suli. En enero de 1965, en medio de «dificultades financieras», el Arzobispado de La Plata adquirió la mitad del paquete accionario con un nuevo directorio, presidido por Ernesto Rodríguez Rossi. El 28 de junio de ese año, el banco local más antiguo fue también el primero en caer. La autoridad monetaria del país dispuso su liquidación y las crónicas dieron cuenta de una multitud de ahorristas temerosos, agolpados ante las puertas clausuradas, y de «escándalo y conmoción en la ciudad». La comunidad resistió el cierre. Sus dueños presentaron un recurso de amparo en la Justicia Federal, pero no prosperó. Los comerciantes se movilizaron contra la liquidación y el caso fue debatido en la Legislatura. Pero el Banco Popular no reabrió y, aún con un sistema de garantía total de los depósitos, los ahorristas recuperaron su dinero tras meses de incertidumbre. <<

[18] La Masacre de Trelew (o Fusilamientos de Trelew) ocurrió en la madrugada del 22 de agosto de 1972. Fue el asesinato de 16 miembros de distintas organizaciones armadas peronistas y de izquierda que estaban presos en el penal de Rawson, luego de ser capturados tras un intento de fuga parcialmente exitoso. Los militantes que no lograron escapar fueron ametrallados posteriormente por marinos, dirigidos por el capitán de corbeta Luis Emilio Sosa. El 15 de octubre de 2012, el Tribunal Federal de Comodoro Rivadavia condenó a prisión perpetua a Emilio Del Real, Luis Sosa y Carlos Marandino, como autores materiales de 16 homicidios y de 3 tentativas. Fue considerado un crimen de lesa humanidad. Del centenar de reclusos que albergaba el penal, sólo 6 pudieron escapar a Chile. Se trataba de Mario Roberto Santucho, Marcos Osatinsky, Fernando Vaca Narvaja, Roberto Quiero, Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Menna. Otros 19 fueron detenidos en la terminal aérea de Trelew, donde quedaron varados. Luego de largas negociaciones, el 16 de agosto se entregaron pero quedaba toda la sensación de que iba a haber represalias, ya que un militar había sido muerto durante el intento de fuga. Debido a esta percepción, el 17 de agosto, el Partido Justicialista envió una nota al ministro del Interior, Arturo Mor Roig, en la que decía: «Reclamamos respeto derechos humanos presos políticos unidad carcelaria Rawson responsabilizándolo por su integridad física amenazada por medidas de represión». En un clima de gran tensión, a las tres y media de la madrugada del 22 de agosto, los 19 detenidos fueron despertados y sacados de sus celdas. Según testimonios de los tres únicos sobrevivientes, mientras estaban formados y obligados a mirar hacia el piso, fueron ametrallados por una patrulla a cargo del capitán de corbeta Sosa y del teniente Roberto Bravo. La mayoría murió en el acto, algunos heridos fueron rematados con armas cortas en el piso y otros 7 sobrevivientes fueron llevados a la enfermería, pero no se les prestó ninguna asistencia médica. Los tres sobrevivientes fueron trasladados al día siguiente a Puerto Belgrano, donde fueron operados. La versión oficial indicaba que se había producido un nuevo intento de fuga, con 16 muertos y 3 heridos entre los prisioneros, pero sin bajas en las filas de la Marina. Los muertos fueron Alejandro Ulloa (PRT-ERP), Alfredo Kohan (FAR), Ana María Villarreal de Santucho (PRT-ERP), Carlos Alberto del Rey (PRT-ERP), Carlos Astudillo (FAR), Clarisa Lea Place (PRT-ERP), Eduardo Capello (PRT-ERP), Humberto Suárez (PRT-

ERP), Humberto Toschi (PRT-ERP), José Ricardo Mena (PRT-ERP), María Angélica Sabelli (FAR), Mariano Pujadas (Montoneros), Mario Emilio Delfino (PRT-ERP), Miguel Ángel Polti (PRT-ERP), Rubén Pedro Bonnet (PRT-ERP) y Susana Lesgart (Montoneros). Los heridos que lograron sobrevivir fueron: Alberto Miguel Camps (FAR, luego muerto en 1977), María Antonia Berger (FAR, desaparecida en 1979) y Ricardo René Haidar (Montoneros, desaparecido en 1982). El 5 de septiembre de 1972, a pocos días de la masacre, el entonces capitán de navío Horacio Mayorga dijo en la misma Base Aeronaval Almirante Zar en la que se habían cometido los asesinatos: «No es necesario explicar nada. Debemos dejar de lado estúpidas discusiones que la Armada no tiene que esforzarse en explicar. Lo hecho bien hecho está. Se hizo lo que se tenía que hacer. No hay que disculparse porque no hay culpa. La muerte está en el plan de Dios no para castigo sino para la reflexión de muchos». <<

[19] Entrevista de la autora de este libro con Clelia, cit. <<

[20] *Íd.* <<

[21] *Íd.* <<

[22] *Íd.* <<

[23] Jorge Mario Bergoglio fue el primer cura nombrado papa que nació en América, el primer jesuita, el primer hispanoamericano y también el primer papa no europeo en ser elegido desde el año 741. Bergoglio, ya mundialmente conocido Francisco, nació en Buenos Aires el 17 de diciembre de 1936 y fue elegido el 23 de marzo de 2013 para suceder a Benedicto XVI. Trabajó como técnico químico antes de entrar como novicio en la Compañía de Jesús y se consagró sacerdote en 1969. Entre 1973 y 1979 ocupó la supremacía provincial de los Jesuitas en Argentina. Tras pasar algunos años en el extranjero se estableció en la provincia de Córdoba, donde permaneció seis años. Luego fue nombrado obispo por la Diócesis de Odra y también como uno de los cuatro obispos auxiliares de la Arquidiócesis de Buenos Aires. Luego de ser vicario general de Quarracino, en 1997, fue nombrado arzobispo adjunto de Buenos Aires, cargo que desempeñó a lo largo de dos períodos. Juan Pablo II lo ordenó cardenal presbítero de San Roberto Belarmino en 2011 y fue presidente de la Conferencia Episcopal Argentina. Fue uno de los candidatos a suceder a Juan Pablo II, pero ese lugar lo ocupó el alemán Joseph Ratzinger. El 13 de marzo de 2013, tras el cónclave celebrado por la renuncia de Benedicto XVI, Bergoglio fue elegido sumo pontífice y eligió ser nombrado Francisco, en honor a San Francisco de Asís. <<

[24] Rubén Dri nació el 11 de agosto de 1929 en Federación, Entre Ríos. Es filósofo, teólogo y perteneció al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Es profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y es director de la revista de filosofía y ciencias sociales *Diaporías*. La influencia peronista y la educación salesiana fueron heredadas de sus padres, José Dri y Catalina Silvestri, dos campesinos vinculados a la actividad tambera. En 1958 se recibió de licenciado en Teología, en la Pontificia Universidad Salesiana de Turín, Italia. Hasta 1960 se desempeñó como cura seglar, cuando comenzó a militar en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y el Peronismo de Base (PB). Se recibió, en 1963, de profesor en Filosofía y Ciencias de la Educación en la Universidad del Nordeste (Chaco).

Desde su fundación hasta su disolución a nivel nacional (1967-1973) perteneció al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, una corriente con inserción social y política en los sectores populares, que se caracterizó por su intento de recuperar las raíces liberadoras del cristianismo. En 1974 se fue de Resistencia tras una razia del Ejército y pasó a la clandestinidad durante dos años. Bajo una identidad falsa, trabajó en el frigorífico La Foresta, ubicado en la localidad bonaerense de Caseros. Junto con Jorge Di Pasquale y Bernardo Alberte crearon una nueva corriente en el peronismo, la 26 de Julio.

Tras el golpe de 1976, en agosto de ese año se exilió en la ciudad de México. En aquel país, donde vivió ocho años, ejerció la docencia y la investigación sobre epistemología y filosofía política, en la Universidad Nacional de México, en la Universidad Autónoma Metropolitana y en el Instituto Teológico de Estudios Superiores.

Además, fundó el Centro Político Rodolfo Ortega Peña, para luchar por los derechos humanos. Regresó a la Argentina en 1984 y participó en el Movimiento Todos por la Patria (MTP) hasta el 87, cuando se distancia planteando disidencias referidas a que el movimiento se convirtió en un partido de cuadros. Fue muy crítico cuando el MTP tomó el cuartel de La Tablada, en la provincia de Buenos Aires, el 23 de enero de 1989. En paralelo, dirigió El Encuentro Cristiano.

Crítico del neoliberalismo de los 90, tras la crisis de 2001 se unió a la Asamblea de Juan B. Justo y Corrientes. Desde allí, aporta sus reflexiones sobre la forma de accionar de los sectores populares y trabaja en la recuperación de un movimiento nacional y popular.

Entre sus libros filosóficos, teóricos y sociológicos se destacan: *La utopía de Jesús* (1984); *Autoritarismo y democracia en la Biblia y en la Iglesia* (1996); *El movimiento antiimperial de Jesús* (2004); *Los modos del saber y su periodización* (2005); *Hegel y la lógica de la liberación* (2007); *La Fenomenología del Espíritu de Hegel. Perspectiva latinoamericana* (2008); *La rosa en la cruz. La filosofía política hegeliana* (2010). <<

[25] Club Social y Deportivo Colegiales. Fundado en 1927 por un grupo de vecinos. Es una institución deportiva y cultural del barrio de Colegiales. Entre las distintas actividades recreativas que ofrece se destaca el básquet. Sus equipos federados se destacaron en los torneos locales y en los regionales. <<

[26] Horacio Ángel Simona. Conocido como *Beto*, fue estudiante en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires desde 1965, cuando se volcó al estudio de la Economía Política. Adhirió al Movimiento Universitario Nacional (MUN) y fue parte de los Campamentos Universitarios de Trabajo que promocionaban los curas tercermundistas. Pasó por las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y fue integrante de la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Entre 1971 y 1972, se sumó a Montoneros. El 20 de junio de 1973, como tantos otros, estuvo en Ezeiza para recibir a Juan Domingo Perón. Allí fue atacado a cadenas y muerto de un tiro en la cara por sectores de derecha enviados desde el Ministerio de Bienestar Social y dirigidos por el coronel Jorge Osinde, ligado a los servicios de inteligencia y a la CIA. Nueve días más tarde, un acto multitudinario en su Facultad lo recordó como un mártir. El interventor de la carrera, el doctor Oscar Sbarra Mitre, le puso «Horacio Simona» al aula 104. En el momento de su muerte tenía 26 años. <<

[27] Juan Domingo Perón murió en la Quinta Presidencial de Olivos el 1.º de julio de 1974, a los 78 años, de un paro cardíaco. El anuncio fue realizado por su viuda, la vicepresidenta María Estela Martínez, que poco después asumió la presidencia. «Con gran dolor debo transmitir al pueblo el fallecimiento de un verdadero apóstol de la paz y la no violencia», anunció. Tras varios días de duelo nacional, los restos fueron trasladados a una cripta en la quinta presidencial. Durante los días que duró el velatorio en el Congreso se calcula que pasaron por el lugar más de ciento treinta mil personas por día. <<

[28] Montoneros. Organización guerrillera de la izquierda peronista que desarrolló la lucha armada entre 1970 y 1980. Sus objetivos iniciales fueron la resistencia a la Revolución Argentina (1966-1973), el retorno al país de Perón y la convocatoria a elecciones libres y sin proscripciones. Luego de que fuera restablecida la democracia y asumiera el presidente Héctor Cámpora, el 25 de mayo de 1973, las acciones políticas, legislativas, culturales, periodísticas, sindicales, barriales, solidarias de la organización se dirigieron a la instauración de un socialismo nacional, que consideraban la evolución natural del peronismo. Entre 1970 y el 1.º de mayo de 1974, la organización recibió el apoyo de Perón. Luego del asesinato del dirigente sindical José Ignacio Rucci, Perón los rechazó junto con otros sectores sindicales y políticos. Su conducción decidió el pasaje a la clandestinidad el 6 de septiembre de 1974. Un año después, el 8 de septiembre, Montoneros fue declarada una agrupación «ilegal» por el gobierno de María Estela Martínez. La organización, que fue de las más masivas dentro de los grupos armados, fue diezmada por la última dictadura cívico-militar. <<

[29] La Juventud Peronista, más conocida como JP, englobaba al sector juvenil del Movimiento Nacional Justicialista. Las primeras formaciones surgieron dentro del Partido Peronista en 1951 y conformó el Movimiento de la Juventud Peronista (MJP). A mediados de 1955, el Comando de la Juventud Peronista alcanzó gran desarrollo, aunque carecía de autonomía. En 1957 fue refundado por Gustavo Rearte, junto con otros jóvenes militantes, y se planteaban colaborar con la resistencia de los trabajadores a la Revolución Libertadora de 1955, que derrocó a Perón y proscribió al Justicialismo. La JP tomó vigor dentro de la «Resistencia Peronista». Rearte integró la mesa ejecutiva y se sumó al Comando Juan José Valle, uno de los grupos de la Resistencia que realizaba actos de propaganda y sabotaje contra el régimen. Otros miembros del Comando fueron Carlos Caride, Jorge Rulli, Mario Bevilacqua, Envar El Kadri, Susana Valle y Felipe Vallese. Esta nueva versión de la Juventud Peronista se declaró la «primera» y «fundacional», olvidándose de los antecedentes previos a 1955. En 1960, Rearte fue el jefe del grupo que, integrado por El Kadri, Benito Abad Rodríguez, Jorge Rulli y Felipe Vallese, realizó la primera acción de resistencia armada firmada con la sigla Ejército Peronista de Liberación Nacional (EPLN). La acción fue el ataque a una guardia de la Aeronáutica en Ciudad Evita, que les permitió apropiarse de armas, uniformes y municiones. Con el tiempo, la JP sufrió escisiones y las organizaciones fueron separándose de su estructura inicial. A comienzos de los 60, algunas de las organizaciones de la JP iniciaron un proceso de radicalización influenciadas por la Revolución Cubana. En octubre de 1967, miembros de la MJP fundaron las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), y confluyeron con la Acción Revolucionaria Peronista de John William Cooke y el Movimiento Revolucionario Peronista de Gustavo Rearte. Pese a las diferencias, los años 73 y 74 fueron los de mayor crecimiento de la JP. A fines de enero del 74, Perón convocó a una reunión en la residencia de Olivos a los diputados de la JP que se habían declarado en desacuerdo con una reforma del Código Penal que había propuesto. Los concurrentes esperaban hablar en privado, pero el presidente los recibió con las cámaras de televisión encendidas, escuchó unos minutos sus argumentos y a continuación, en un largo discurso, les indicó: «El que no esté de acuerdo con nuestros intereses se saca la camiseta peronista y se va. Nosotros, por perder un voto, no vamos a ponernos tristes. Pero aquí debe haber una disciplina».

Ocho de los diputados de la JP renunciaron a sus bancas y fueron expulsados del PJ. El punto de máxima tensión entre los jóvenes y su líder se produjo el 1.º de mayo de 1974, el Día del Trabajador. Las estructuras juveniles del peronismo de izquierda se habían planteado acudir a la Plaza de Mayo a debatir con Perón sobre el rumbo que estaba tomando el gobierno y obtener del conductor la separación de sus cargos de los funcionarios más ligados a la derecha. Por eso desoyeron la exigencia de Perón de que las únicas banderas autorizadas en el acto serían las de organizaciones sindicales. Al pasar las barreras policiales, los jóvenes desplegaron sus banderas y entonaron cánticos. Entre los más recordados estuvo el célebre «¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general? Que está lleno de gorilas el gobierno popular». Perón interrumpió el discurso que estaba pronunciando desde el balcón de la Casa de Gobierno y llamó «estúpidos» e «imberbes» a quienes cantaban esas consignas. De inmediato, las columnas que respondían a la JP se retiraron de la Plaza de Mayo. A partir de ese momento, Montoneros y el PJ se alejan del gobierno. Con el golpe militar de 1976, la Juventud Peronista y todas las demás organizaciones de la izquierda peronista fueron desarticuladas y aniquiladas; miles de personas fueron secuestradas, torturadas y asesinadas, o integraron la extensa lista de detenidos-desaparecidos. <<

[30] La Villa General Mitre ocupaba los terrenos donde actualmente está la Plaza Mafalda, el Polideportivo de Colegiales, la Escuela 13, Canal 9 y el Mercado de Pulgas. <<

[31] Entrevista de la autora de este libro con Carlos Funes, actual presidente del club. <<

[32] *Íd.* <<

[33] Luis Alberto Spinetta. Cantante, guitarrista, poeta, escritor y compositor argentino de rock, considerado uno de los más importantes del país. Integró bandas pioneras del rock argentino como Almendra, Pescado Rabioso e Invisible. Murió el 8 de febrero de 2012 y dos años después se estableció por ley que el día de su nacimiento fuera el Día Nacional del Músico en Argentina. <<

[34] Manal. Grupo argentino formado a mediados de los 60. Precursor del blues y rock cantados en castellano. Estuvo integrado por Alejandro Medina (bajo, voz y teclados), Claudio Gabis (guitarra, armónica, piano y órgano) y Javier Martínez (batería y voz). Junto con Los Gatos y Almendra, es considerada una de las bandas fundacionales del rock argentino. En las décadas posteriores, su estilo y estética han servido de inspiración a numerosos intérpretes y grupos musicales. <<

[35] *Tango feroz* es una película de 1993 inspirada en la vida del mítico músico y cantautor argentino José Alberto Iglesias Correa, más conocido como *Tanguito*. Dirigida por Marcelo Piñeyro y protagonizada por Fernán Mirás y Cecilia Dopazo. <<

[36] Entrevista de la autora de este libro con Carlos Funes. <<

[37] Vox Dei, otra de las bandas argentinas fundacionales del rock local, conformada en 1967 por Rubén Basoalto, Ricardo Soulé, Juan Carlos Yodi Godoy y Willy Quiroga. Entre los hitos más importantes del grupo se destaca haber realizado un álbum conceptual basado en textos y poemas de la Sagrada Escritura: *La Biblia*, de 1971. El grupo, con más de cuarenta años de trayectoria, con sus idas y vueltas, sigue en actividad. <<

[38] Almendra, banda de rock formada en 1967 por Luis Alberto Spinetta (guitarra y voz), Edelmiro Molinari (guitarra y coros), Emilio del Guercio (bajo y coros) y Rodolfo García (batería). Se separó en 1970. En 1980 y en 2009 tuvieron dos breves reuniones. <<

[39] Aquelarre fue una banda argentina de rock formada en 1971 por Rodolfo García (batería), Emilio del Guercio (bajo y voz), Hugo González Neira (teclados) y Héctor Starc (guitarra). Justo cuando estaban en su mejor momento, poco antes de darse el golpe de Estado de 1976, decidieron emigrar a España, como harían luego muchos otros artistas argentinos. Aunque no tuvieron el éxito que esperaban en aquel país, Aquelarre es considerada una de las bandas más destacadas del rock de la década del 70. <<

[40] Entrevista de la autora de este libro con Carlos Funes. <<

[41] ENTel. Empresa Nacional de Telecomunicaciones creada en 1946 por el gobierno de Juan Domingo Perón, tras la nacionalización de la Unión Telefónica, principal empresa del rubro en el país. Según estaba previsto, el Estado mantendría sólo el 51% de la nueva empresa, mientras que el 49% restante estaría en manos privadas. Por esta razón, el nombre de la nueva sociedad fue Empresa Mixta Telefónica Argentina (EMTA). En 1948 el gobierno la rebautiza como Teléfonos del Estado. En 1956, cambió otra vez de nombre y pasó a llamar se ENTel, denominación que mantuvo hasta su disolución en 1990, cuando el gobierno de Carlos Menem dispuso su privatización. A partir de ahí la prestación de los servicios quedó en manos de capitales privados y extranjeros. <<

[42] Federación Juvenil Comunista. La FJC o La Fede, como es conocida popularmente, es la organización juvenil del Partido Comunista de la Argentina. Fue fundada el 12 de abril de 1921 por la necesidad de impulsar las políticas del PC entre los jóvenes. La Fede se define como una organización política juvenil y revolucionaria y forma parte de la Federación Mundial de la Juventud Democrática. La FJC fue una de las organizaciones políticas más influyentes en la historia de la Argentina y tuvo gran penetración en la juventud en las décadas del 60 y del 80. <<

[43] Partido Comunista de la Argentina (PCA). Fue fundado el 6 de enero de 1918, inicialmente con el nombre Partido Socialista Internacional, tras la ruptura con el Partido Socialista y en adhesión a la Revolución de Octubre y la Tercera Internacional leninista. Desde su origen mantuvo un alineamiento casi automático con el Partido Comunista de la Unión Soviética, lo que generó roces con el resto de la izquierda nacional, que lo acusaba de bregar más por los intereses geopolíticos de la URSS que por el surgimiento efectivo de una revolución comunista en la Argentina. <<

[44] La Asociación Civil Abuelas de Plaza de Mayo es una organización de derechos humanos argentina que tiene como finalidad localizar y restituir a sus legítimas familias a los niños secuestrados-desaparecidos por la dictadura militar (1976-1983), así como crear las condiciones para prevenir la comisión de ese crimen de lesa humanidad y obtener el castigo correspondiente para todos los responsables. Está presidida por Estela de Carlotto. Hasta diciembre de 2017, las Abuelas han recuperado la identidad de 127 nietos. <<

[45] Entrevista de la autora de este libro con Muñeca, a quien Damián Cabandié consideraba su madre más allá de que no lo era biológicamente. <<

[46] Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA). Perteneciente a la Armada argentina, la institución fue fundada en 1924, durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear. Allí los estudiantes ingresaban a carreras como Electrónica, Aeronáutica, Mecánica Naval, Operador de Radio, Meteorología, Oceanografía, entre otras. Los alumnos se recibían de técnicos, con opción a seguir luego la carrera militar o ejercer su profesión en cualquier otro ámbito. Fue en su Casino de Oficiales donde se mantuvo en cautiverio a alrededor de cinco mil personas que fueron secuestradas por las Fuerzas Armadas y de seguridad durante la dictadura cívico-militar, constituyendo uno de los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio más grandes del país. Allí también se llevaron a cabo los primeros partos de mujeres que fueron secuestradas estando embarazadas. El predio, ubicado en el barrio porteño de Núñez, tiene 17 hectáreas y ahí mismo funcionaron también el Liceo Naval Almirante Brown, la Escuela de Guerra Naval, la Dirección de Educación Naval, la Escuela Nacional de Náutica y la Escuela Nacional Fluvial. Según relatos de sobrevivientes, en la ESMA hubo secuestrados desde el primer día del golpe de Estado y recién se clausuró en noviembre de 1983, luego de las elecciones presidenciales en las que ganó Raúl Alfonsín y pocos días antes de que asumieran las autoridades constitucionales. El lugar dependía del comandante en jefe de la Armada, que entre 1976 y 1978 fue Emilio Eduardo Massera, y del director de la ESMA, para ese entonces Rubén Jacinto Chamorro. El 24 de marzo de 2004, el presidente Néstor Kirchner anunció que en el predio de la ESMA funcionaría lo que actualmente es el Espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos. La Armada argentina debió desalojar las instalaciones de forma paulatina y la entrega total del predio se hizo efectiva el 20 de noviembre de 2007. En agosto de 2008, el predio en su totalidad fue declarado Monumento Histórico Nacional. <<

[47] Entrevista de la autora de este libro con Carlos Funes. <<

[48] Entrevista de la autora de este libro con Muñeca, cit. <<

[49] Entrevista de la autora de este libro con Carlos Funes. <<

[50] Unión de Estudiantes Secundarios o Unión Estudiantil Secundaria (UES). Originalmente fue una organización política de estudiantes secundarios creada en 1953 por Armando Méndez San Martín, que fue ministro de Educación en el gobierno de Perón. Tras el golpe del 55, la Revolución Libertadora intervino la UES, expropió sus instalaciones y prohibió su actividad. A comienzos de la década del 70 se volvió a crear una organización de estudiantes secundarios con el mismo nombre, perteneciente a la Tendencia Revolucionaria del peronismo. Dentro del proceso de movilización política se intensificó la militancia en los colegios secundarios y varias agrupaciones empezaron a tomar contacto entre sí, especialmente las de Capital Federal y del Gran Buenos Aires. Las principales fueron el MAS (Movimiento de Acción Secundaria), con base en el Colegio Nacional Buenos Aires y ligada las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR); FANDEP, agrupación universitaria que controlaba un núcleo de militantes en la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini; y un grupo en el Colegio Nicolás Avellaneda. Varios coinciden en señalar que el acto fundacional de la nueva UES fue el 20 de abril de 1973, en el salón de actos del Sindicato del Calzado, con la presencia de oradores como Rodolfo Galimberti y Juan Manuel Abal Medina. Durante la dictadura, varios de los miembros de la UES fueron desaparecidos. Entre los casos más emblemáticos se encuentran los de la llamada «Noche de los lápices», el 16 de septiembre de 1976. Ese día 10 estudiantes secundarios de la Escuela Normal N.º 3 de La Plata fueron secuestrados tras participar en una campaña por el boleto estudiantil. Tenían entre 14 y 17 años. El operativo fue realizado por el Batallón 601 del Ejército y por la Policía de la Provincia de Buenos Aires, a cargo del general Ramón Camps. <<

[51] Entrevista de la autora de este libro con Carlos Funes. <<

[52] *Íd.* <<

[53] *Íd.* <<

[54] CGT. La Confederación General del Trabajo de la República Argentina es la central sindical histórica del país. Fue fundada en 1930 luego de un acuerdo entre socialistas, sindicalistas comunistas e independientes. La idea fue generar una central sindical única y plural. Tuvo mayoría socialista hasta 1945 y peronista desde entonces. Actualmente es la central mayoritaria y es autónoma de los partidos políticos. <<

[55] CGE. La Confederación General Económica es una agrupación de cámaras empresariales, de corte peronista, fundada el 16 de agosto de 1952 por José Ber Gelbard. Agrupa cámaras regionales de empresas grandes, medianas y pequeñas. Entre sus objetivos se encuentran la nacionalización de la industria, la sustitución de importaciones, el fomento de la compra de productos nacionales, el desarrollo de industrias estratégicas y el crecimiento económico del país mediante un mercado interno pujante. Su creación fue apoyada y promovida por Perón. En 1962 la CGT y la CGE elaboraron un plan de acción ante la grave crisis económica que atravesaba el país con el fin de propiciar incrementos salariales, el fortalecimiento de las empresas nacionales (privadas y estatales) y la expansión del mercado interno. Este plan se conoció con el nombre de Pacto Social. <<

[56] Entrevista de la autora de este libro con Muñeca, cit. <<

[57] *Íd.* <<

[58] *Íd.* <<

[59] Jorge Rafael Videla. Encabezó la Junta Militar que tomó el poder *de facto* el 24 de marzo de 1976. Fue el presidente designado por el Proceso de Reorganización Nacional entre 1976 y 1981. También fue jefe del Ejército entre 1975 y 1978. Por los crímenes de lesa humanidad cometidos fue juzgado y condenado a cadena perpetua y destitución del grado militar durante el gobierno de Raúl Alfonsín. El presidente Carlos Menem lo indultó en 1990, junto con otros integrantes de las Juntas Militares. En 1998 fue detenido luego de que la Justicia dictaminara que las causas por sustracción de menores constituían un crimen de lesa humanidad sin prescripción. Sin embargo, después de pasar 38 días en la cárcel de Caseros, le fue concedido el beneficio del arresto domiciliario por su edad. En 2008 perdió el derecho que le había sido otorgado y regresó a la cárcel. Estuvo encarcelado en la base militar de Campo de Mayo desde octubre de ese año hasta poco antes de su última condena a cadena perpetua en junio de 2012. El 22 de diciembre de 2010 fue nuevamente condenado a prisión perpetua en cárcel común por el caso conocido como UP1. El 5 de julio de 2012 fue condenado a cincuenta años de prisión por encontrárselo responsable del secuestro sistemático de bebés y niños. Murió el 17 de mayo de 2013 en el baño del penal de Marcos Paz. <<

[60] Emilio Eduardo Massera. Militar perteneciente a la Armada argentina. Entre 1976 y 1978 formó parte, junto con Videla y Agosti, de la Junta Militar que depuso a María Estela Martínez de Perón. Fue juzgado y condenado por violaciones a los derechos humanos, asesinato, tortura y privación ilegal de la libertad, y condenado a prisión perpetua y pérdida del grado militar por delitos entre los que se incluyen: 3 homicidios con alevosía, 12 tormentos, 69 privaciones ilegales de libertad, 7 robos. El 29 de diciembre de 1990 fue indultado por Menem y recuperó la libertad hasta 1998, cuando fue encarcelado otra vez por causas relacionadas con el secuestro y robo de menores. En 2001, el juez federal Gabriel Cavallo declaró anticonstitucionales las leyes de Punto Final y Obediencia Debida que habían paralizado los juicios contra militares de rango inferior a coronel durante 15 años. En diciembre de 2002, tras el estallido de un aneurisma cerebrovascular, fue hospitalizado. Las secuelas de ese problema de salud llevaron a que el 17 de marzo de 2005 el represor fuese declarado incapaz por demencia y se suspendieran las causas en su contra. En 2009 comenzó un juicio en ausencia por la muerte de tres italianos durante la dictadura. En 2010 la Corte Suprema de Justicia, confirmando las sentencias de tribunales inferiores, resolvió que el indulto que recibió de Menem no fue constitucional y la condena que anuló debía ser cumplida efectivamente. Internado en el Hospital Naval de Buenos Aires, Massera murió a los 85 años como consecuencia de un paro cardiorrespiratorio el 8 de noviembre de 2010. <<

[61] Orlando Ramón Agosti. Junto con Videla y Massera fue integrante de la Junta Militar. Durante el Juicio a las Juntas fue declarado culpable en 8 casos de tortura y robo y sentenciado a cuatro años y seis meses de prisión y destituido de su cargo. La Corte Suprema de Justicia redujo la pena a tres años y nueve meses de prisión. Agosti ingresó al penal de la localidad de Magdalena en octubre de 1984 y cumplió su pena. Procesado aún por el delito de rebelión, no sería liberado hasta mayo de 1989. En 1993 solicitó judicialmente la restitución de su grado militar, petición que la Justicia denegó. Murió de cáncer el 7 de octubre de 1997 en el Hospital Aeronáutico de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. <<

[62] Entrevista de la autora de este libro con Muñeca. <<

[63] *Íd.* <<

[64] El Club Atlético, El Atlético o El Club fue un centro clandestino de detención, tortura y exterminio que funcionó en Buenos Aires, ubicado en Paseo Colón 1266, San Telmo, entre febrero y diciembre de 1977, y a principios de 1978 fue demolido para dar lugar a la construcción de la autopista 25 de Mayo. El lugar era un edificio de tres plantas que pertenecía al Servicio de Aprovisionamiento y Talleres de la División Administrativa de la Policía Federal. En la planta baja había un salón al que se accedía por unas puertas de vidrio y donde había dos escritorios. Allí se sentaba el encargado de identificar y darle un número a cada detenido desaparecido. Desde allí se accedía al subsuelo, un lugar sin ventilación ni luz natural. La temperatura en verano rondaba los 40-45 °C, mientras que en invierno se sentía mucho el frío y las paredes destilaban agua constantemente debido a la gran humedad del ambiente. Tenía una pequeña sala de guardia, dos celdas para incomunicados, una sala de torturas, una enfermería, duchas que daban a la sala de guardia para que se pudiera ver desnudas a las mujeres, una «leonera» con tabiques bajos que separaban boxes de 1,60 m por 0,60 m, y dos sectores de calabozos con 18 y 23 celdas. Todas las celdas eran de 2 m por 1,60 m y una altura de entre 3 y 3,50 m. Entre los sectores de calabozos existían tres salas de tortura (llamadas «quirófanos»), cada una con una pesada mesa metálica. El centro tenía capacidad para unas doscientas personas y, según se supo, pasaron por allí entre mil quinientas y mil ochocientas personas. En la noche del 28 de diciembre, todos los detenidos fueron trasladados a El Banco. <<

[65] El Banco fue un centro clandestino de detención que funcionó entre fines de 1977 y mediados de 1978 en la Brigada Femenina XIV de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, a unos doscientos metros de la intersección de la autopista Ricchieri y el Camino de Cintura (a pocos metros del Puente 12), en el partido de La Matanza. Se habilitó cuando las obras de construcción de la autopista 25 de Mayo hicieron necesaria la demolición del Club Atlético. En ese lugar operaban represores pertenecientes a los servicios de inteligencia de la Policía Federal y a los Grupos de Tareas 1, 2 (ambos del Batallón de Inteligencia 601), 3 (Servicio de Inteligencia Naval) y 4 (Servicio de Inteligencia Aérea). Tenía alrededor de 50 calabozos, a los que los represores denominaban «tubos» y 3 salas de tortura. Había además una «leonera» o celda colectiva. Actualmente funciona allí la XI Brigada Femenina de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. <<

[66] Jorge Luis Magnacco. Médico que se desempeñó en la Armada argentina y llegó al rango de capitán de navío. Perteneció a un grupo de tareas en el cual trabajó como médico obstetra en el centro clandestino de detención de la ESMA, donde estuvo a cargo de numerosos partos durante el cautiverio de detenidas desaparecidas. Con la llegada de la democracia, trabajó en el Sanatorio Mitre y en el Hospital Naval. En los años 90, Magnacco se convirtió en emblema de la lucha de la agrupación HIJOS y fue el primer represor «escrachado» cuando las leyes de impunidad respaldaron a los represores que cumplieron órdenes. En 2001, cuando trabajaba en el Hospital Naval de Buenos Aires, fue detenido por la jueza María Romilda Servini de Cubría, imputado por sustracción y ocultamiento de un menor, supresión de estado civil y falsificación de documento público por el caso de Patricia Roisimblit, hija de Rosa Roisimblit, vicepresidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, quien tuvo a su bebé en la ESMA en 1978. Con la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y la reanudación de los procesos de enjuiciamiento contra los militares acusados, Magnacco fue condenado a 10 años de prisión por su participación en ese caso. A su vez, fue imputado en un segundo juicio oral en la causa conocida como «Plan Sistemático», en referencia a la práctica del robo de bebés de detenidas desaparecidas. Los elementos probatorios colectados en el marco de la instrucción permitieron dar por probada la existencia de aquel plan criminal. En el juicio oral que se inició el 28 de febrero de 2011, Magnacco fue condenado a 10 años por ser autor penalmente responsable de los delitos de sustracción, retención y ocultamiento de menores de 10 años, haciendo incierto su destino. En 2012, como ya tenía la condena anterior por un delito similar, el juez federal Luis Osvaldo Rodríguez resolvió unificar la pena en 15 años de prisión. La sala II del Tribunal de Apelaciones dejó firme la pena y la unificación de su condena con otra anterior por un total de 15 años de cárcel por su responsabilidad en la apropiación de Evelyn Karina Bauer Pegoraro, nacida a fines de 1977, cuya identidad fue recuperada a sus 22 años ante el análisis de ADN de la joven, que determinó que era hija de desaparecidos y no de su apropiador, Policarpo Vázquez. Entre el 30 de diciembre de 2002 y el 1 de julio de 2011 cumplió arresto domiciliario pero le fue cancelado por haberlo violado. Volvió a obtener el arresto domiciliario por supuestos motivos de salud a principios de 2012 hasta que en 2013 se lo volvió a ver paseando por la calle, de compras.

Por este motivo el Tribunal revocó su detención domiciliaria y se ordenó que fuera encarcelado en el Complejo Penitenciario Federal II de Marcos Paz. Magnacco está a disposición de distintos juzgados ya que tiene una condena unificada a 15 años de prisión y está imputado en la causa que investiga la apropiación de Victoria Donda. <<

[67] Héctor Febres, oficial de la Prefectura Naval Argentina juzgado por crímenes de lesa humanidad cometidos en la ESMA. Según se comprobó, torturó y asesinó a decenas de detenidos y tuvo a cargo distintos grupos de tareas que se ocupaban de los secuestros. La ex detenida Sara Solarz de Osatinsky denunció en el Juicio a las Juntas que había sido violada por Febres. Según se investigó, estuvo además a cargo de la atención a las embarazadas que parieron en la ESMA. Por estos crímenes, Febres fue juzgado en el primer tramo del juicio conocido como la Megacausa ESMA y, en 2007, se pidió la pena de cadena perpetua. Durante aquel proceso, Febres se encontraba con prisión preventiva en una dependencia de la Prefectura, pero sus condiciones de detención distaban mucho de las habituales ya que — según la jueza Sandra Arroyo Salgado— «se manejaba con libertad y contaba con diversos medios de comunicación (celular, teléfono de línea y computadora). Poseía además las llaves de su camarote». Por estas irregularidades, el jefe de la Prefectura Naval Argentina, Carlos Fernández, fue relevado, y enfrentó el procesamiento por el delito de incumplimiento de los deberes de funcionario público. A Febres le tocaba hablar en el juicio oral el 14 de diciembre de 2007 pero ese día apareció muerto en su celda. Luego se comprobó que murió por envenenamiento con cianuro, pero los prefectos acusados inicialmente de haber participado en su supuesto homicidio fueron absueltos pese a que la jueza interviniente no abandonó jamás la hipótesis de que Febres podía haber sido silenciado para evitar que involucrara a otros represores y aportara información en el juicio que se le seguía. <<

[68] Carlos Galián, alias *Pedro Bolita*, fue no de los 66 imputados en la megacausa ESMA. Murió a causa de un cáncer fulminante en 2015. Había sido detenido en 2010 luego de una intensa búsqueda. Según consignó el sitio Infojus, dar con Galián fue «una tarea difícil para la Justicia» dado que el represor estuvo prófugo por más de treinta años. «Sólo se sabía su nombre de guerra con que reportaba como guardia en las mazmorras de la ESMA. Los sobrevivientes hablaban de él como uno de los que participaban en los “vuelos de la muerte”» y hay varios testimonios que también lo señalan llevándose a los bebés recién nacidos de la maternidad clandestina que funcionó en el edificio de la Armada. «Siempre eran Pedro Bolita o Febres los que venían a buscar los niños», recordó una sobreviviente, y agregó: «El otro dato que se tenía del ex suboficial principal de la Marina eran sus ojos achinados y que había nacido en Jujuy. Por años se buceó en los expedientes de la Armada hasta dar con una foto en la que se lo veía a Galián. Seis de siete sobrevivientes pudieron identificarlo. El juez federal Sergio Torres ordenó su detención y pocos días después fue atrapado por la Policía Federal en su casa de Magallanes al 700, de Ciudadela. Fue acusado de más de 600 casos de imposición de tormentos y privación ilegal de la libertad seguida de muerte». Aduciendo problemas de salud, Galián pasó poco tiempo detenido hasta que obtuvo el arresto domiciliario. La agrupación HIJOS Capital pudo filmarlo en varias oportunidades violando su prisión domiciliaria: Galián salía, baldeaba la vereda y atendía un kiosco en la esquina de su casa, en Ciudadela. Luego de presentar la denuncia ante el Tribunal Oral Criminal Federal 5 (TOF 5), a cargo de los jueces Daniel Obligado, Adriana Palliotti y Leopoldo, se le revocó el beneficio. Tiempo después, como debía hacerse diálisis tres veces por semana, el mismo tribunal ordenó que cumpliera arresto en el Hospital Naval. <<

[69] Luis Antonio Falco fue el apropiador de Juan Cabandié. Se desempeñó como agente de Inteligencia de la Policía Federal. Según se pudo reconstruir en el juicio por la apropiación, trabajó con diversas identidades como infiltrado. En 2011 fue condenado a 18 años de prisión. La condena fue por los delitos de retención y ocultación de un menor de 10 años, alteración de estado civil y falsedad ideológica de instrumento público. La pena fue impuesta por el período que va desde el 4 de abril de 1978, cuando Juan fue apropiado, hasta el 26 de enero de 2004, día en que recuperó su identidad. <<

[70] Enriqueta Estela Barnes de Carlotto, más conocida como Estela de Carlotto, nació el 22 de octubre de 1930, en la ciudad de Buenos Aires. Es hija de Miguel Alejandro Barnes y Edwig Frances May Wauer, se recibió de maestra bachiller y se desempeñó como maestra de grado y directora en la Escuela Nacional N.º 102, en la localidad bonaerense de Coronel Brandsen. Se casó con Guido Carlotto, técnico químico, y tuvo cuatro hijos: Laura Estela, Claudia Susana, Guido Miguel y Remo Gerardo.

El golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 dio inicio a un plan sistemático de secuestro y tortura de personas que, en muchos casos, también eran asesinadas. Además, se apropiaban de los hijos de los secuestrados y de los bebés que nacían en cautiverio y los daban ilegalmente en adopción. Laura, su hija más grande y militante de la Juventud Universitaria Peronista, fue secuestrada el 26 de noviembre de 1977 con un embarazo de tres meses. Estuvo detenida desaparecida en el centro clandestino «La Cacha», en La Plata.

El 26 de junio de 1978 dio a luz a un niño que llamó Guido y que le fue arrebatado y dado en adopción. El 25 de agosto fue asesinada por el personal militar del Área Operacional 114.

Estela dejó la docencia y se abocó de lleno a la búsqueda de su hija. En el medio, su esposo fue secuestrado y torturado durante 25 días. A fines de los 70, Estela se unió a un grupo de mujeres unidas por la misma lucha: encontrar a sus hijos y nietos. Estas mujeres se convirtieron en las Abuelas de Plaza de Mayo y su distintivo es usar un pañuelo blanco en la cabeza. Estela se desempeñó como vicepresidenta de la asociación hasta 1989, cuando asumió la presidencia (cargo que aún ocupa).

En democracia, Estela de Carlotto sufrió dos atentados. En 2002, una ráfaga de balas atravesó el frente de su casa, en La Plata. Luego, en 2009, el auto de su custodio fue atacado por dos desconocidos que le rompieron con un palo el vidrio y el espejo del conductor.

El 5 de agosto de 2014 recuperó al nieto 114, pero no fue uno más para Estela. Tras treinta y seis años de búsqueda encontró a su nieto Guido, quien había sido anotado el 2 de junio de 1978 como Ignacio Hurban. Fue adoptado por una pareja de la localidad bonaerense de Olavarría.

En cuarenta años, Abuelas de Plaza de Mayo restituyó la identidad de 127 nietos y nietas. Y la búsqueda continúa. <<

[71] Academias Pitman. Fundadas en 1919, y con la mayoría de sus alumnos y profesores mujeres, brindaba el apoyo necesario para aprender el oficio de secretaria con un programa que duraba once meses. Juan Jan, uno de sus fundadores, tradujo al español el Sistema de Taquigrafía ideado por Isaac Pitman en Inglaterra y, junto con un sistema de dactilografía, teneduría de libros y secretariado, integraron el programa de enseñanza que la hizo famosa. Las décadas del 40 y del 50 fueron las de su máximo esplendor, dictando cursos breves que brindaban el soporte necesario para aspirar a una posición laboral superior. Concurrían masivamente personas de clase media. La Academia cerró en 1993, pero antiguos empleados retomaron el manejo de algunos de los institutos, con programas de estudios adaptados a la época actual. Más del 10% de la población de la República Argentina ha asistido a Pitman, se jactaba, poco antes de morir, uno de sus fundadores. En su apogeo, llegó a tener 42 sucursales en Capital Federal, el Gran Buenos Aires, las provincias del interior y Uruguay. <<

[72] Entrevista de la autora de este libro con *Delia María Barrera y Ferrando*.
<<

[73] Juventud de Trabajadores Peronistas. Fue la rama sindical de Montoneros. Se lanzó en un acto el 1.º de mayo de 1973 justo entre el triunfo electoral de Héctor J. Cámpora, el 11 de marzo, y su asunción, el 25 de mayo. La JTP buscó romper la hegemonía de la burocracia sindical e iniciar a los trabajadores en lo que para ellos era el comienzo de la revolución en Argentina. <<

[74] Ley Antiterrorista Argentina o de Seguridad Nacional. Se trata de la Ley 20.840, promulgada el 30 de septiembre de 1974. La aprobación de esta norma sin que se formularan enmiendas al proyecto presentado por el Poder Ejecutivo, estuvo a tono con el espíritu represivo de la época. Consignaba parámetros de discriminación ideológica y de represión político-sindical (artículos del 1 al 5). También, en los artículos 6 a 9 preveía sanciones privativas de libertad y multa para aquellos que afectaran el patrimonio o bienes de un establecimiento. El texto de la norma completa es el siguiente: «Artículo 1.º. Será reprimido con prisión de tres a ocho años, siempre que el hecho no constituyere un delito más severamente penado, el que para lograr la finalidad de sus postulados ideológicos, intente o preconice por cualquier medio, alterar o suprimir el orden institucional y la paz social de la Nación, por vías no establecidas por la Constitución Nacional y las disposiciones legales que organizan la vida política, económica y social de la Nación. Artículo 2.º. Se impondrá prisión de dos a seis años: a) Al que realice actos de divulgación, propaganda o difusión tendiente al adoctrinamiento, proselitismo o instrucción de las conductas previstas en el artículo 1.º; b) Al que hiciere públicamente, por cualquier medio, la apología del delito previsto en el artículo 1.º o de sus autores o partícipes; c) Al que tenga en su poder, exhiba, imprima, edite, reproduzca, distribuya o suministre, por cualquier medio, material impreso o grabado, por el que se informen o propaguen hechos, comunicaciones o imágenes de las conductas previstas en el artículo 1.º; d) Al que tenga en su poder o emplee, sin autorización legal, una estación transmisora de telecomunicaciones y al que la facilite o entregue sin la pertinente autorización. Artículo 3.º. Se impondrá prisión de dos a cinco años: a) Al que use o posea emblemas, insignias o distintivos que distingan o representen a organizaciones notoriamente destinadas a realizar las conductas previstas en el artículo 1.º; b) A los redactores o editores de publicaciones de cualquier tipo, directores y locutores de radio y televisión, o responsables de cualquier medio de comunicación, que informen o propaguen hechos, imágenes o comunicaciones de las conductas previstas en el artículo 1.º; c) Al que ilegítimamente usare o tuviere en su poder distintivos, uniformes o insignias correspondientes a las Fuerzas Armadas o de Seguridad; d) Al que con el propósito de cometer el delito previsto en el artículo 1.º, utilice vestimentas u objetos tendientes a disimular o alterar su aspecto o identidad, o

no correspondan a su actividad habitual. Artículo 4.º. La autoridad judicial podrá decretar la clausura preventiva de los lugares donde se llevan a cabo las actividades enunciadas en los artículos 1.º, 2.º y 3.º. Artículo 5.º. Se impondrá prisión de uno a tres años, a los que luego de declarado ilegal un conflicto laboral, por la autoridad competente, instiguen a incumplir las obligaciones impuestas por dicha decisión. Artículo 6.º. Será reprimido con prisión de dos a seis años y multa de diez mil a un millón de pesos, si no resultare un delito más severamente penado, el que, con ánimo de lucro o maliciosamente, con riesgo para el normal desenvolvimiento de un establecimiento o explotación comercial, industrial, agropecuaria, minero o destinado a la prestación de servicios, enajenare indebidamente, destruyere, dañare, hiciere desaparecer, ocultare o fraudulentamente disminuyere el valor de materias primas, productos de cualquier naturaleza, máquinas, equipos u otros bienes de capital, o comprometiere injustificadamente su patrimonio. Las penas señaladas se agravarán en un tercio: a) Si el hecho afectare el normal suministro o abastecimiento de bienes o servicios de uso común; b) Si condujere al cierre, liquidación o quiebra del establecimiento o explotación. Las penas se elevarán en la mitad: a) Si el hecho causare perjuicio a la economía nacional; b) Si pusiere en peligro la seguridad del Estado. Artículo 7.º. Será reprimido con multa de cinco mil a doscientos mil pesos, el que por imprudencia o negligencia o violando los deberes a su cargo, cometiere alguno de los hechos mencionados en el artículo anterior. La pena será de prisión de seis meses a dos años y multa de diez mil a trescientos mil pesos, en los supuestos contemplados en los párrafos segundo y tercero del mismo artículo. Artículo 8.º. En las mismas penas incurrirán los directores, administradores, gerentes o liquidadores de una persona jurídica o colectiva, que a sabiendas prestaren su consentimiento o concurso para la realización de los actos mencionados en los artículos 6.º y 7.º. Artículo 9.º. Será reprimido con la pena establecida en el artículo 277 del Código Penal el síndico de una persona jurídica o colectiva que en conocimiento de los hechos mencionados en el artículo 6.º, no lo denunciare inmediatamente a la autoridad. La pena será de dos mil a cien mil pesos si la omisión de denuncia se refiriere a los hechos mencionados en el artículo 7.º. Artículo 10.

A los condenados por la comisión de los delitos previstos en esta ley, se les aplicarán las siguientes penas accesorias: a) Si fueren argentinos naturalizados, al pérdida de la ciudadanía y al término de la condena la expulsión del país; b) Si fueren extranjeros, la expulsión del país al término de la condena;

c) El comiso del material y de los objetos de cualquier naturaleza, que hayan sido empleados en la comisión del delito; d) La clausura, por el término de tres meses a un año, de los lugares donde se imprima, edita, distribuya, suministre material o propale información, relativo a los delitos previstos en los artículos 1.º, 2.º y 3.º. En caso de reincidencia la clausura será definitiva. Artículo 11. Las penas previstas en esta ley se elevarán en la mitad, cuando el condenado fuere funcionario o empleado público en los términos del artículo 77 del Código Penal. Asimismo se le aplicará inhabilitación absoluta y perpetua. Artículo 12. Los procesados por los delitos contemplados por la presente ley no gozarán de la excarcelación; ni los condenados podrán beneficiarse con la condena de ejecución condicional. Exceptúanse de la presente disposición los procesados y condenados por los hechos contemplados en el artículo 7.º. Artículo 13. Será competente para conocer en los hechos previstos en esta ley la justicia federal. Artículo 14. Comuníquese al Poder Ejecutivo. Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, a los veintiocho días del mes de setiembre del año mil novecientos setenta y cuatro». <<

[75] Entrevista de la autora de este libro con *Delia María Barrera y Ferrando*.
<<

[76] *Íd.* <<

[77] *Íd.* <<

[78] Julio Simón, ex policía federal conocido como *Turco Julián*. Durante la última dictadura militar (1976-1983) actuó como represor y torturador en el centro clandestino de detención Olimpo. En 2006, fue condenado por la Justicia a 25 años de prisión por delitos de lesa humanidad. Su sentencia fue la primera que se dio tras la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida en 2003, que impidieron juzgar a los responsables de crímenes de lesa humanidad durante la dictadura. Actualmente, se encuentra detenido en la prisión de Marcos Paz y está siendo juzgado por delitos contra 181 víctimas en los tres centros clandestinos de detención dependientes del Primer Cuerpo del Ejército (Atlético, Banco y Olimpo). <<

[79] Entrevista de la autora de este libro con *Delia María Barrera y Ferrando*.
<<

[80] «Teoría de la imprevisión», figura jurídica contemplada en el Código Civil de la República Argentina, cuando se modifican las circunstancias existentes al tiempo de la celebración de un contrato. El ámbito de aplicación es, principalmente, en contratos onerosos de ejecución diferida o permanente. Por una alteración extraordinaria e imprevisible se genera un desequilibrio entre las prestaciones y se convierte excesivamente oneroso el contrato para una de las partes. Ante esto, el contratante perjudicado puede optar por resolver (poner fin al contrato) o pedir la adecuación del contrato (ajustarlo para que no sea tan oneroso para él). <<

[81] Entrevista de la autora de este libro con *Delia María Barrera y Ferrando*.

<<

[82] *Íd.* <<

[83] *Íd.* <<

[84] *Íd.* <<

[85] *Íd.* <<

[86] *Íd.* <<

[87] Juan Carlos Falcón. Los sobrevivientes del circuito de detención ilegal Club Atlético-Banco-Olimpo lo señalaron como partícipe de los traslados y por ser quien exigía a sus torturados que no lloraran durante los tormentos. Fue custodio del general Albano Harguindeguy y, según testimonios de detenidos, solía abusar de las mujeres secuestradas. Al ser juzgado en esa causa, el tribunal consideró que no había suficientes pruebas para condenarlo y fue absuelto. Además, el Peregrino Fernández declaró que Falcón era el nexó entre el FBI y el Ministerio del Interior luego del golpe de marzo de 1976. <<

[88] Atlético, Banco y Olimpo, tres centros clandestinos de detención y tortura durante la dictadura. <<

[89] Entrevista de la autora de este libro con *Delia María Barrera y Ferrando*.

<<

[90] Delia recordó los apodos de los torturadores: *Doctor K, Poca Vida, Colores, Violador Zapatilla Negra, El Turco Julián...* *Violador Zapatilla Negra* nunca pudo ser identificado. Fue el encargado de informarle a Delia que sería liberada. En el juicio por la apropiación de Alejandro Sandoval Fontana, hijo de Liliana Fontana y Pedro Sandoval, Delia declaró: «Me sentó en una silla, me preguntó el nombre de mi primer esposo y me dijo que me iban a dar la libertad. A la noche me llevaron al sector del baño, me dieron un vestido, me destabicarón, me quitaron las cadenas de los pies y luego *Violador Zapatilla Negra* me llevó al domicilio de mi mamá». <<

[91] Entrevista de la autora de este libro con *Delia María Barrera y Ferrando*.

<<

[92] *Íd.* <<

[93] Daniel Rafecas es abogado, profesor universitario y juez federal. Nació el 5 de agosto de 1967, en la ciudad de Buenos Aires. Está casado con Viviana Moscatelli, con quien tiene dos hijos: Camila y Andrés. En 1990 se recibió de abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde también se graduó Doctor en Ciencias Penales. Desde 1994 es profesor de Derecho Penal y tiene a cargo las materias Teoría del Delito, El Delito de Tortura y Holocausto y Terrorismo de Estado. Desde 1987 trabaja en Tribunales y en 2004 se hizo cargo del Juzgado Criminal y Correccional Federal N.º 3, de la Capital Federal. En el ámbito académico, se especializó en el estudio de los delitos de lesa humanidad. Su tesis doctoral se llamó «El crimen de tortura en el Estado de derecho y en el Estado autoritario». Escribió *Historia de la solución final. Una indagación de las etapas que llevaron al exterminio de los judíos europeos* (2014). Su juzgado investigó causas de importante impacto mediático, como los sobornos en el Senado durante el gobierno del presidente Fernando de la Rúa, las irregularidades en la venta de la imprenta Ciccone Calcográfica, los vínculos societarios entre la familia Kirchner y empresarios en Hotesur, los supuestos enriquecimientos ilícitos del ex funcionario José López y del ex jefe de las Fuerzas Armadas César Milani, la denuncia del fallecido fiscal Alberto Nisman contra la ex presidenta Cristina Fernández de Kirchner por encubrimiento en el atentado de la AMIA. También tiene a cargo la causa del Primer Cuerpo del Ejército en la que se investigan crímenes de lesa humanidad durante la dictadura entre 1976 y 1983. Entre los 200 procesados por Rafecas se destacó el ya muerto genocida Jorge Rafael Videla. <<

[94] Fernando Nadra. Abogado, ensayista político, orador, fue uno de los máximos dirigentes del comunismo argentino. Se inició en la vida política en 1931 como dirigente estudiantil en la toma del Colegio Nacional Mitre, en la ciudad de Tucumán, con apenas 14 años. Poco después es designado presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios de Tucumán. Estudió en la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba, donde fue presidente del Centro de Estudiantes. Llegó a ser presidente de la Federación Universitaria de esa provincia y fue designado secretario general de la Federación Universitaria Argentina (FUA). Se afilió al Partido Comunista en 1939, lo que provocó la ruptura con su familia. En 1945, cuando irrumpe el peronismo en la vida política nacional, Nadra se recibió de abogado. De regreso en San Miguel de Tucumán, ejerció como abogado e integró el Comité Provincial. Fue secretario de Educación y Propaganda del PC tucumano y candidato a diputado nacional por la Unión Democrática en las elecciones de febrero de 1946. Tras el triunfo del peronismo sobre la Unión Democrática, el PC convocó a la celebración de su XI Congreso en Buenos Aires, al que Nadra asistió como delegado. Luego viajó a Buenos Aires para integrar la dirección del Comité Capital (CC). Fue miembro de la comisión electoral del PC (1948) y encargado del Agit-Prop en los comités regionales de la capital (1949). En 1960, un año después de la Revolución Cubana, viajó a La Habana para participar del Primer Encuentro Latinoamericano de Solidaridad con Cuba, en el que, además de la delegación comunista, asistieron John W. Cooke, Abel Alexis Lattendorf y Lisandro Viale. Participó en la redacción del documento final junto con Salvador Allende y David Alfaro Siqueiros. En esa oportunidad tuvo dos encuentros con el *Che* Guevara. En 1972, en vísperas del retorno de Perón a la Argentina, apareció su libro *Perón, hoy y ayer*. En 1973 fue designado director del periódico *Nuestra Palabra*, clausurado por la dictadura el 24 de marzo de 1976. Convertido en la principal figura pública del PC argentino, en 1974 mantuvo una serie de entrevistas con Perón. Cuando en el XVI Congreso (reunido en Buenos Aires en noviembre de 1986) se aprobó una autocritica respecto de la política de conciliación con la dictadura militar, un viraje político y un recambio generacional en la dirección, Nadra fue uno de los dirigentes más cuestionados. Marginado dentro del partido, el 14 de agosto de 1989 se entrevistó a título personal con el presidente Menem, lo que provocó una

fuerte reacción en la dirección partidaria. Luego de una serie de cartas dirigidas a la dirección y de un debate en el CC, en septiembre de 1989, fue separado también de esta instancia partidaria. En mayo de 1990, Nadra presentó su renuncia haciendo público el documento «¿Por qué renuncié al Partido Comunista?». Desde entonces, escribió regularmente notas políticas para el diario *El Cronista*, hasta su muerte en agosto de 1995 (*Diccionario biográfico de la izquierda argentina: de los anarquistas a la nueva izquierda: 1870-1976*, de Horacio Tarcus. Buenos Aires, Emecé, 2007). <<

[95] Jorge Canelles nació en Córdoba. De larga militancia sindical junto a Agustín Tosco, fue uno de los gestores del Cordobazo en 1969. Fue un recordado dirigente sindical de los obreros de la construcción de esa provincia e integrante del sindicalismo combativo cordobés de los años 60 y 70. A lo largo de su vida, le pusieron tres veces bombas en su casa de Córdoba y debió permanecer en la clandestinidad en varias oportunidades. Durante la dictadura se exilió un año en Bulgaria, ya que era buscado por el Tercer Cuerpo del Ejército. «Son más de 60 años de lucha y nunca pensamos en el beneficio personal, ni siquiera tengo casa propia ni la tenía Tosco cuando murió», recordó Canelles en una de las últimas entrevistas que dio, al reflexionar sobre su vida. Murió en 2002, cuando era delegado de los estatales en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires y miembro de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). <<

[96] *Secretos en rojo. Un militante entre dos siglos*, de Alberto Nadra. Buenos Aires. Corregidor. 2015. <<

[97] *Íd.* <<

[98] El periódico mural o periódico escolar es un medio de comunicación sobre una temática variada que regularmente se elabora por los propios alumnos con la guía del maestro. Aunque suele utilizarse para dar a conocer efemérides, sus potencialidades abarcan otros tópicos, como la promoción de tradiciones y costumbres, arte y cultura, entre otros. <<

[99] Juan Bosch. Político, escritor, historiador y docente dominicano. Fue electo presidente de la República Dominicana en 1962, cargo que asumió por un breve período dado que fue derrocado siete meses después de asumir. Fue un líder de la oposición dominicana en el exilio contra el régimen de Rafael Leónidas Trujillo durante más de veinticinco años. Además, fue fundador de dos de los principales partidos políticos dominicanos: el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), en 1939, y el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), en 1973. Destacado cuentista, fue autor de los libros de relatos breves *Camino real* (1933), *Indios* (1935), *Dos pesos de agua* (1941) y *Ocho cuentos* (1947). Entre sus obras históricas y políticas se destacan títulos como *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo* (1961), *Composición social dominicana* (1978) y *La guerra de la Restauración* (1982). <<

[100] El gobierno *de facto* de 1966, en manos del dictador Juan Carlos Onganía, decidió intervenir las universidades públicas de manera que ya no tuvieran la autonomía que les brindaba la Reforma Universitaria. Tras la represión de la «Noche de los bastones largos», cientos de profesores universitarios fueron despedidos, renunciaron a sus cátedras y abandonaron el país. Por la intervención de los militares en los contenidos educativos, la matrícula de estudiantes sufrió una caída que se acentuó con la intención de promover restricciones en el ingreso a las casas de altos estudios de todo el país. Durante el verano de 1970, el gobierno de Onganía decidió implementar a nivel nacional un examen de ingreso a la universidad. El nuevo sistema, proyectado en base a la doctrina de Seguridad Nacional, intentaba poner un freno al crecimiento de la matrícula universitaria y su concentración. La medida fue resistida por el movimiento estudiantil y amplios sectores populares. La lucha y la organización de los estudiantes, junto con sus alianzas con fracciones del movimiento obrero, permitieron derrotar la política limitacionista en las universidades de casi todo el país. <<

[101] En su libro, Alberto Nadra cuenta cómo funcionó la unión de las distintas ramas juveniles de los partidos principales durante los 70, que se dio en llamar Juventudes Políticas Argentinas y que hacia fines de la dictadura, en 1982, adoptó el nombre de MoJuPo (Movimiento de Juventudes Políticas). «Comienza en la década del 70 —meses después de que Lanusse se pusiera al frente de la Junta— cuando las juventudes de los partidos políticos populares —principalmente JP, FJC y JR— participaron de la llamada Marcha contra el Hambre: una batalla campal en las calles de Buenos Aires, convocada por la Intersindical (con Agustín Tosco a la cabeza), para repudiar a la dictadura. Dos años después, las juventudes volvieron a confluir para liberar a los presos en Devoto, luego del triunfo de Cámpora, aquella madrugada del 26 de mayo de 1973. Hasta aquel momento la unidad —salvo en acciones casuales— de peronistas, radicales, comunistas, socialistas, intransigentes y democristianos era un imposible. Para peor, vista con temor reaccionario y mucho sectarismo por la mayoría de las dirigencias partidarias. Con la llegada de la luego llamada “primavera camporista”, se produjo una explosión de masas a partir de las actividades de las JP Regionales. En conjunto, con la Fede y otras fuerzas, movilizaban entre cincuenta mil y cien mil personas, sólo en capital, duplicando la cifra con las marchas en las ciudades del interior, como, por ejemplo, para el repudio al golpe de Estado contra Salvador Allende o a las modificaciones represivas al Código Penal durante el gobierno del propio Perón. Los carteles conjuntos JP-FJC no son una casualidad, ni están armados a gusto del fotógrafo: expresan la voluntad de unidad acuñada en el trabajo de años —1971 a 1976—, cortada a sangre y fuego, primero, por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y, luego, con el recrudecimiento del terrorismo de Estado con la última dictadura. Pocas semanas después de concretado el golpe, un grupo de dirigentes de las juventudes de los principales partidos comenzamos una temeraria (dado el momento y las condiciones) escalada de reuniones clandestinas o semipúblicas en embajadas, clubes y hasta locales partidarios, algunas con graves consecuencias. Dijeron presente sectores de la diezmada JP, JR, FJC, socialistas (“unificados” y “auténticos”), democristianos de izquierda y la firme presencia de la Juventud Intransigente —que convocó a muchos perseguidos y les dio cobijo político—. Pese al duro clima represivo, se lograron plasmar pronunciamientos conjuntos: el repudio al plan económico de Martínez de Hoz; la adhesión a la

Central Única de Trabajadores Argentinos (CUTA); por la libertad de los presos y el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos. (...) En 1977 hubo un pronunciamiento conjunto contra la política económica que personificaba José Alfredo Martínez de Hoz, y en 1978, por la Paz con Chile. En 1979, se constituyó la Confluencia Multisectorial Juvenil por la Paz en el Beagle —con León Gieco cantando “Sólo le pido a Dios” en Vélez, en el acto de cierre—, cuando las dictaduras nos pusieron al borde de la guerra. Las juventudes también organizaron marchas conjuntas a la iglesia de San Cayetano, con el movimiento obrero (la CUTA, los 25, la CGT de Ubaldini) por “Pan, Paz y Trabajo”, enfrentando la represión militar en minibatallas por todo el barrio de Liniers. O la conmovedora movilización ante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), con miles de personas desafiando los Falcon, las fotos y las amenazas, en Avenida de Mayo al 760, donde funcionó la OEA. Familiares y amigos formularon valientes denuncias, con el apoyo de centenares de comités partidarios y juveniles de “recepción de denuncias y apoyo a los familiares”. Las juventudes políticas tuvieron su propio encuentro, y entregaron una declaración conjunta y documentación de casos concretos. Ya antes, en 1978, se había constituido el Seminario Juvenil de la ADPH, que acuñó la consigna-denuncia acerca de “El delito de ser joven”, pues los estudios realizados en plena dictadura demostraron que más del 80% de los desaparecidos eran jóvenes; la mayoría trabajadores, seguidos por los estudiantes. Una delegación de dirigentes juveniles acompañó, asimismo, a las Madres en sus primeras movilizaciones, recibiendo los gases con los que inútilmente pretendieron ahogar a las mujeres del pañuelo blanco. Sobre el fin del régimen, la movilización conjunta con la CGT a la Plaza el 30 de marzo de 1982. Luego, ante el intento manipulador de la dictadura, se levantaron consignas, escritas en carteles de la época, como “Malvinas sí, dictadura no” o “Malvinas sí, democracia también”. Tampoco estos hechos fueron “espontáneos”, sino organizados, producto de la marcha acordada en decenas de comités conformados con reclamos y banderas propias en colegios, universidades, barrios, que fueron los mismos que concurrieron a repudiar a la cúpula militar cuando su derrota. Sólo este recorrido explica el renacer del MoJuPo en 1982» (*Secretos en rojo. Un militante entre dos siglos*, ob. cit., pp. 246-248). <<

[102] Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Es una de las dos entidades del sistema interamericano de protección de derechos humanos. Tiene su sede en Washington y está integrada por siete personas de reconocida trayectoria, electas a título personal y no como representantes de ningún gobierno. Es un órgano de la OEA creado para promover la defensa de los derechos humanos, además de servir como órgano consultivo en esta materia. Fue creada por resolución de la Quinta Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, en Santiago de Chile, en 1959. <<

[103] Comisión de los 25. Fue un conglomerado de sindicatos que enfrentó a la dictadura militar. Conformada a fines de 1977 por los sindicatos de taxistas, obreros navales, camioneros, mineros, cerveceros, entre otros, la Comisión incluyó entre sus reivindicaciones la liberación de dirigentes y delegados presos, la restauración de la legislación laboral y sindical, al tiempo que luchaba contra la política económica de la dictadura y por el regreso de la democracia. Convocó al primer paro general contra la dictadura el 27 de abril de 1979. La Comisión de los 25 fue uno de los principales afluentes que derivarían en la conformación de la CGT-Brasil y de sus filas salió su secretario general Saúl Ubaldini, que militaba en el sindicato de cerveceros.

<<

[104] CGT-Brasil. Fue una central obrera surgida en 1979 a partir de un proceso en el que convergen varias corrientes gremiales que enfrentaban a la dictadura militar. Se llamaba así porque su sede se encontraba en la calle Brasil, en el barrio porteño de Constitución, y en oposición a la CGT-Azopardo, de menor confrontación con la dictadura, que contó con el aval para ocupar la sede histórica de la CGT. El principal afluente que converge en la fundación de la CGT-Brasil fue la Comisión de los 25, nucleamiento de sindicatos enfrentados con la dictadura y del que participaba Ubaldini. Entre otras medidas, la CGT-Brasil convocó al paro general el 22 de julio de 1981. El 7 de noviembre convocó a lo que sería la primera manifestación masiva en contra del gobierno militar: una movilización por las calles de Liniers que culminaría con un acto ante más de diez mil personas. Finalmente, el 30 de marzo de 1982 convocó a una jornada de lucha que fue brutalmente reprimida en Plaza de Mayo. <<

[105] 30 de marzo de 1982. Ese día la CGT-Brasil de Saúl Ubaldini convocó a una movilización a la Plaza de Mayo. La premisa era «decir basta a este Proceso que ha logrado hambrear al pueblo, sumiendo a miles de trabajadores en la indigencia y la desesperación». La Plaza de Mayo y la zona céntrica de la capital estaban cercadas por las fuerzas represivas. Es por esto que los manifestantes no pudieron acercarse al lugar y hubo corridas por las calles cercanas a la Casa de Gobierno, con heridos y detenidos. <<

[106] La APBA fue el antecedente de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), una de las organizaciones sindicales que representa y nuclea a los periodistas, trabajadores de prensa y comunicadores sociales de la ciudad de Buenos Aires (CABA) y el Gran Buenos Aires. La UTPBA nació en septiembre de 1986 y es miembro de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP). <<

[107] «Somos cinco mil» o «Estadio Chile» o «Canto qué mal me sales». Fue escrito por el cantor chileno Víctor Jara durante su detención en el Estadio Chile, el 15 de septiembre de 1973, pocas horas antes de ser asesinado. El abogado y militante comunista Boris Navia fue quien compartió con Jara las hojas en las que escribió el texto. El artista anotó cuanto brotó de su mente y le entregó los papeles a Boris, quien los escondió y preservó. <<

[108] Agencia de Noticias Prensa Latina (PL-Cuba). Con sede central en La Habana y con corresponsales en 31 países y colaboradores en otras decenas de naciones, fue fundada el 16 de junio de 1959, por iniciativa de Fidel Castro y del *Che* Guevara, y contó con el apoyo del periodista argentino Jorge Ricardo Masetti, su primer director general. En el núcleo inicial de periodistas se encontraban Gabriel García Márquez, Rodolfo Walsh, Rogelio García Lupo y Carlos María Gutiérrez. <<

[109] Es el último escrito del intelectual, periodista y escritor Rodolfo Walsh. El 25 de marzo de 1977, un día antes de ser secuestrado y desaparecido por la dictadura cívico-militar, Walsh envió copias de la carta por correo a los medios y corresponsales extranjeros en Argentina. Allí denunciaba el plan que los sectores dominantes venían preparando desde hacía mucho tiempo y que ya habían puesto en marcha con el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional iniciado con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Minutos después, mientras se alejaba del buzón caminando por la calle, fue interceptado por un grupo de tareas perteneciente a la ESMA. El objetivo del grupo era capturarlo ileso, pero no pudieron hacerlo: cuando Walsh percibió el peligro, resistió el secuestro con una pistola calibre 22 corto, logrando herir a uno de sus atacantes. Como respuesta, recibió una ráfaga de ametralladora que lo dejó moribundo. El grupo de tareas se lo llevó en un vehículo y desde ese día integra la lista de desaparecidos. <<

[110] Este dato se conoció cuando fueron desclasificados parcialmente los documentos que la CIA emitía durante la dictadura. <<

[111] Entrevista de la autora de este libro con Alberto Nadra. <<

[112] Organización Internacional de Periodistas (OIP). Nació por un acuerdo adoptado entre el 3 y el 8 de junio de 1946 en el marco de un Congreso Internacional de Periodistas, celebrado en Copenhague. La constitución efectiva de la OIP tuvo lugar un año después en otro congreso reunido en Praga, con la participación de periodistas de 28 países. La OIP es considerada la continuadora de las mejores tradiciones de dos organizaciones, la Federación Internacional de Periodistas y la Federación Internacional de los Países Aliados o Libres. Es la mayor organización que agrupa a periodistas de cualquier parte del mundo. <<

[113] *Aquí y Ahora*. Nació en julio de 1982, poco después de la derrota argentina en Malvinas, y fue fundada por destacados miembros de la FJC. Fue una revista quincenal, pensada como uno de los órganos de difusión del PC. En el staff convivían militantes y periodistas. El director fue el dirigente Francisco *Cacho* Álvarez y el consejo editorial estaba compuesto, entre otros, por Jorge Sigal, Jorge Garrido y Alberto Nadra. Por el peso que tenía entonces la Fede, la publicación llegó a tener una tirada de cincuenta mil ejemplares. Funcionó hasta 1986. <<

[114] Partido Comunista de la Argentina (PCA). Fundado el 6 de enero de 1918 con el nombre Partido Socialista Internacional, tras la ruptura con el Partido Socialista y en adhesión a la Revolución de Octubre y a la Tercera Internacional leninista. Desde su origen mantuvo un alineamiento casi automático con el Partido Comunista de la Unión Soviética, lo que generó roces con el resto de la izquierda nacional, que lo acusaba de cuidar los intereses geopolíticos de la URSS sin ocuparse de promover una revolución comunista en Argentina. <<

[115] Revista *Nueva Era*. Publicación teórico-política del PCA, editada en dos épocas. La primera fue entre 1949 y 1976. La segunda, con el regreso de la democracia, circuló entre 1983 y 1987. <<

[116] Semanario *Propuesta*. Es la actual revista oficial del PCA. Cuenta con 16 páginas a color que se imprimen semanalmente o se pueden descargar del sitio del partido en Internet. <<

[117] Con el regreso de la democracia en 1983 y tras haber apoyado a la fórmula del Partido Justicialista que perdió las elecciones, el PC decidió renovarse. Según el relato de Alberto Nadra en su libro, «entre 1983 y 1990 se jugaron las principales cartas de lo que se conoció como “el viraje” del Partido Comunista (...) que se trató del intento más serio —aunque finalmente fatal— de redefinir la línea y la organización del partido». Según el dirigente, el viraje fue la última de las tentativas para prevenir que el «partido estalle sin cauce». Una de sus intenciones era que el partido restableciera su línea revolucionaria. Este intento de renovar el PCA encontrará su máxima expresión en el XVI Congreso de la organización, que se realizó en 1986. Uno de los encargados de redactar el documento final de ese encuentro fue Alberto Nadra. <<

[118] Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH). Es una organización no gubernamental de derechos humanos de Argentina fundada en 1975, tres meses antes del golpe militar de marzo de 1976, autoconvocada por personas provenientes de los más diversos sectores sociales, políticos, intelectuales, sindicales y religiosos, en respuesta a la creciente situación de violencia que por entonces vivía el país. Entre sus miembros fundadores se encuentran el entonces obispo de Neuquén, Jaime de Nevares, el ganador del Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, el dirigente socialista Alfredo Bravo, la prestigiosa política argentina Alicia Moreau de Justo, el dirigente por los derechos humanos Emilio Mignone, el ex presidente Raúl Alfonsín, entre otros diversos referentes sociales, políticos y religiosos. La APDH desempeñó un importante papel en defensa de los derechos humanos durante la dictadura, apoyó el trabajo de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) y continúa luchando contra la impunidad de los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura. <<

[119] Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH). Es una institución dedicada a la defensa, la promoción y la educación para los derechos humanos. «Luchamos por la dignidad de los seres humanos, por su derecho a ser protagonistas en la construcción de una sociedad donde la libertad y el pleno desarrollo de la democracia, el pluralismo sean realidad», aseguran en su página web. El organismo fue creado el 20 de diciembre de 1937 y es uno de los más antiguos del país en la defensa de los derechos humanos. Su origen está íntimamente vinculado a la situación política de la época, dado que en 1930 tuvo lugar el primer golpe de Estado. Desde sus inicios, la institución estuvo integrada, en forma democrática y pluralista, por personas provenientes de distintas extracciones políticas y sociales. <<

[120] Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas. Es una organización civil argentina formada por familiares de las víctimas del terrorismo de Estado, que comenzó a dar sus primeros pasos en septiembre de 1976, en respuesta a la desaparición simultánea de 24 personas en Córdoba. Se constituyó formalmente en septiembre de ese año, convirtiéndose en el primer organismo de derechos humanos de afectados directos por el terrorismo de Estado. Su primera aparición pública fue el 8 de marzo de 1977, cuando los diarios *La Nación* y *La Opinión* publicaron su primera solicitada, en la que reclamaban al jefe de la Junta Militar, el dictador Jorge Rafael Videla, la «aparición con vida de los desaparecidos y la libertad de los presos políticos», a menos de un año del golpe cívico-militar. Actualmente desarrolla una activa labor de investigación, denuncia y movilización. <<

[121] Abuelas de Plaza de Mayo. Asociación civil de defensa de los derechos humanos que tiene como finalidad localizar y restituir a sus legítimas familias todos los niños secuestrados y desaparecidos por la última dictadura, crear las condiciones para prevenir la comisión de ese crimen de lesa humanidad y obtener el castigo para los responsables. Está presidida por Estela de Carlotto y tiene su sede central en la ciudad de Buenos Aires. <<

[122] Madres de Plaza de Mayo. Uno de los principales organismos de derechos humanos de Argentina. Se conformó durante la dictadura con el fin de recuperar con vida a los detenidos desaparecidos, inicialmente, y luego para establecer quiénes fueron los responsables de los crímenes de lesa humanidad y promover su enjuiciamiento. Se encuentran actualmente divididas en dos grupos: el grupo mayoritario, denominado «Madres de Plaza de Mayo» y las «Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora». La idea de estas mujeres de reunirse en la Plaza de Mayo surgió el sábado 30 de abril de 1977, cuando el grupo inicial de 14 madres de detenidos y desaparecidos estaba esperando que las atendiera el secretario del vicario castrense en la Curia Metropolitana. Una de ellas, Azucena Villaflor, propuso entonces: «Individualmente no vamos a conseguir nada. ¿Por qué no vamos todas a la Plaza de Mayo? Cuando vea que somos muchas, Videla tendrá que recibirnos». La elección de la Plaza de Mayo se debió a que está situada frente a la Casa Rosada y es el lugar donde tradicionalmente se han efectuado manifestaciones políticas. Las 14 madres fueron hasta la plaza y se quedaron de pie frente a la entrada principal de la Casa de Gobierno. Obligadas a circular por las fuerzas policiales, comenzaron a dar vueltas alrededor de un monumento, para evitar ser expulsadas. En la actualidad continúan realizando sus rondas todos los jueves por la tarde. <<

[123] Entrevista de la autora de este libro a Alberto Nadra. <<

[124] Partido UNITE. Para las elecciones legislativas de 2005, el partido de izquierda Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST) armó un frente que se llamó MST-UNITE con sectores vinculados al peronismo, al clero y con el Movimiento por un Pueblo Libre. Esta agrupación presentó a Mario Cafiero como candidato a senador por la provincia de Buenos Aires, a Vilma Ripoll como candidata a diputada nacional y, en la capital, a Patricia Walsh y Agustín Vanella como candidatas a diputada y legislador. Luego de esta presentación electoral, el frente se disolvió y el MST pasó a denominarse MST-Nueva Izquierda. <<

[125] Los 100, Agrupación de Periodistas y Trabajadores de la Comunicación. Fue una asociación de periodistas y comunicadores creada al calor de las discusiones alrededor de la Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual, más conocida como «Ley de Medios». El secretario general de la organización fue Hugo Barcia, mientras que Alberto Nadra ocupó el cargo de secretario de Organización. «Celebramos el fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación que declaró la constitucionalidad de la Ley 26.522 de Servicios de Comunicación Audiovisual, porque pone fin a los efectos de una absurda medida cautelar que retrasó durante cuatro años, curiosamente lo que dura un período presidencial, la aplicación completa de esta norma que surgió de las entrañas militantes del pueblo argentino. Un sueño acunado durante treinta años, tres décadas de lucha para obtener una ley de medios de la democracia, que superara el oprobio del decreto 22.285 de Videla y Martínez de Hoz, y la regresiva reforma de los años 90, que posibilitó la conformación de oligopolios, dieron como resultado esta ley a la que la distinguen enormes e inocultables calidades democráticas», escribió la organización en un comunicado en octubre de 2013. La «Ley de Medios» fue derogada por el gobierno de Mauricio Macri a pocos días de asumir la presidencia. <<

[126] Agustín Tosco. Apodado *Gringo*, fue un dirigente sindical del gremio de Luz y Fuerza, de ideología marxista, miembro de la CGT de los Argentinos y uno de los principales actores del Cordobazo. Está considerado uno de los personajes más importantes de la historia de los 70, destacado por la influencia que alcanzó en el sindicalismo combativo, tanto en su Córdoba natal como en el resto del país. <<

[127] Navarrazo. Conocido también como Contracordobazo. Fue un golpe de Estado policial que derrocó al gobernador constitucional de la provincia de Córdoba, Ricardo Obregón Cano, y a su vicegobernador Atilio López, el 27 de febrero de 1974. Durante la noche, un comando policial tomó la Casa de Gobierno, donde detuvo a Obregón Cano, López y otros funcionarios. Coordinadamente, grupos parapoliciales dinamitaron el diario *La Voz del Interior*, la casa del gobernador y la del ministro de Gobierno, a la vez que ocuparon las principales radios de la ciudad. Junto a los mandatarios, los sediciosos detuvieron a unas 70 personas que se encontraban en la Gobernación. El golpe fue convalidado por el gobierno nacional, liderado entonces por Perón, quien luego del ataque intervino la provincia sin reponer en sus cargos a los representantes democráticos depuestos. Para muchos, el Navarrazo es considerado un antecedente inmediato de la dictadura instalada el 24 de marzo de 1976. <<

[128] Alianza Anticomunista Argentina (AAA). Conocida como «Triple A», fue un grupo parapolicial y terrorista gestado por un sector del peronismo, la Policía Federal y las Fuerzas Armadas argentinas, conectado con la logia anticomunista Propaganda Due, que asesinó a artistas, intelectuales, políticos de izquierda, estudiantes y sindicalistas, además de utilizar como métodos las amenazas, las ejecuciones sumarias y la desaparición forzada de personas durante la década de 1970. El grupo fue responsable de la desaparición y muerte de casi 700 personas. Sus acciones fueron catalogadas como delitos de lesa humanidad por la Justicia en 2006, lo que fue confirmado por la Cámara Federal en 2008. En febrero de 2016 fueron condenados cuatro civiles y un policía bonaerense que integraron la organización paramilitar desde cargos formales en el Ministerio de Bienestar Social. Aunque en ese momento su liderazgo fue negado, hoy se sabe que José López Rega, secretario personal y ministro de los presidentes Cámpora, Perón y Martínez de Perón, fue quien creó y coordinó a la Triple A para combatir a los sectores de izquierda del movimiento peronista. <<

[129] Alberto Nadra, ob. cit. <<

[130] La abuela llegó en 1902, bajo las polleras de la madre, de una zona pobre de Catalunya, al pie de los Pirineos. Fueron a Córdoba, donde el padre (bisabuelo de Leo) hizo fortuna. Llegó a ser dueño de gran parte de Los Boulevares, entonces zona de quintas y campos al noroeste de la ciudad de Córdoba. Su nombre era María Leonor Montserrat Canelles y su historia es triste: sus hermanos le hicieron firmar papeles al padre (en esa época era común) y se quedaron con casi todas las propiedades, dejándola en la calle. Se enamoró de un marinero italiano de apellido Pautazzi, pero la familia se opuso en forma terminante porque no era catalán. Él partió y se enlistó para combatir en la Primera Guerra Mundial, donde murió. Finalmente, se casó obligada con un primo hermano, Ramón Canelles Montserrat, por lo que le quedó el curioso nombre de María Leonor Montserrat Canelles de Canelles Montserrat. <<

[131] Entrevista de la autora de este libro a Alberto Nadra. <<

[132] *Íd.* <<

[133] *Íd.* <<

[134] *Íd.* <<

[135] *Ordinary People*. Estrenada en 1980 en Argentina con el título *Gente como uno*. Es una película estadounidense dirigida por Robert Redford, con Donald Sutherland, Mary Tyler Moore, Timothy Hutton y Elizabeth McGovern en los papeles principales. El filme muestra las relaciones de una familia tipo —padre, madre y dos hijos— que se ven alteradas por un accidente ocurrido en un bote, en el que muere el mayor de los hermanos. El menor, agobiado por la culpa de haber sobrevivido, intenta suicidarse y es internado durante un tiempo en un neuropsiquiátrico. La película narra el regreso al hogar del joven y los problemas que debe enfrentar entre la frialdad de su madre y la impostada alegría de su padre. <<

[136] Entrevista de la autora de este libro a Alberto Nadra. <<

[137] *Íd.* <<

[138] La Multipartidaria Nacional. Mejor conocida como la Multipartidaria, fue una instancia de acción política conjunta creada en 1981 e integrada por la Unión Cívica Radical, el Partido Justicialista, el Partido Intransigente, La Democracia Cristiana y el Movimiento de Integración y Desarrollo, que tuvo como objetivo presionar a la dictadura militar para que abandonara el poder y restableciera la democracia. Se disolvió el 10 de diciembre de 1983, una vez que asumió la presidencia Raúl Alfonsín. <<

[139] Dalmiro Flores. Fue un obrero metalúrgico salteño asesinado por las fuerzas represivas de la dictadura el 16 de diciembre de 1982, durante una marcha en la que la Multipartidaria reclamaba por el retorno de la democracia tras la derrota argentina en Malvinas. Flores tenía 28 años y fue asesinado de un balazo a cinco metros de distancia, en la esquina de Bolívar e Hipólito Yrigoyen, donde murió desangrado. Según la versión oficial, el joven «no acató la voz de alto que se le impartió» y un policía de civil le disparó frente al Cabildo. Tiempo después, el padre de Dalmiro explicó que su hijo «no escuchó la voz de alto porque era sordo». <<

[140] Entrevista de la autora de este libro a Alberto Nadra. <<

[141] *Íd.* <<

[142] *Íd.* <<

[143] *Íd.* <<

[144] *Íd.* <<

[145] *Íd.* <<

[146] *Íd.* <<

[147] *Íd.* <<

[148] Daniel Campione nació el 16 de marzo de 1959, en la ciudad de Buenos Aires. Está casado y tiene una hija. Es abogado y magíster en Ciencias Políticas. Desde 1993 se desempeña como profesor de Teoría del Estado, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Con 17 años, comenzó a participar en el Partido Comunista, donde militó desde 1976 hasta 1985. En 1982 fue detenido dos veces. La primera vez estuvo preso 11 días por participar en una movilización de protesta por la rendición en Malvinas. Meses después fue detenido por repartir volantes en la Facultad.

En 1984 se recibió de Abogado en la UBA y luego, en 1996, consiguió un posgrado en Ciencias Políticas, en la Universidad de San Martín. Se desempeñó como docente en la Universidades Nacional de La Plata, en la Universidad Nacional de Lomas de Zamora y en la Universidad de Buenos Aires, donde actualmente desarrolla su tarea. Su trabajo como docente está abocado, principalmente, a la historia contemporánea argentina. De hecho, sus trabajos son, especialmente en los últimos veinte años, sobre la historia del movimiento obrero en Argentina, el Partido Comunista, el peronismo y la evolución del Estado nacional argentino desde 1880 al presente. Actualmente, trabaja en una nueva publicación vinculada a las guerras civiles ocurridas en España y en el país. Es autor de los libros *Crisis y reforma del Estado* (1996), *Estado y administración pública en la Argentina. Análisis de su desarrollo en el período 1880-1916* (1999), *Argentina. La escritura de su historia* (2002), *Prolegómenos del peronismo. Los cambios en el aparato del Estado entre 1943 y 1946* (2003), *El Comunismo en Argentina. Sus primeros pasos* (2005), *Orígenes estatales del peronismo* (2007) y *Leer Gramsci. Vida y pensamiento* (2014). Como coautor, escribió *Estado y sociedad. Reflexiones sobre la política argentina en la década de 1990* (1999), *Estado y sociedad. De Alfonsín a Menem* (1994) y *Los años de Menem* (2003). Actualmente, publica investigaciones y artículos sobre historia en diarios y revistas tanto nacionales como internacionales. Es columnista en los sitios rebellion.org y lahaine.org. <<

[149] FAR. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias fueron una organización política armada formada a finales de la década del 60, cuyo objetivo era unirse a las guerrillas rurales iniciadas por el *Che* Guevara en Bolivia. Sus miembros provenían de una fractura producida en la Federación Juvenil Comunista (la Fede) del PCA. Eran marxistas-leninistas pero con un anclaje latinoamericanista inspirado en la prédica y accionar del *Che*. En 1967, en plena dictadura de Juan Carlos Onganía y ante el asesinato del *Che* en Bolivia, la agrupación logró expandirse numéricamente e incursionar en nuevas formas de lucha, como la guerrilla urbana. Este proceso duró hasta el Cordobazo, en 1969. De allí en adelante se conformó una organización político-militar orientada fundamentalmente a la lucha contra la Revolución Argentina. A comienzos de la década del 70 la organización fue definiéndose políticamente más cercana al Peronismo Revolucionario y al grupo Montoneros. Tanto así que, el 12 de octubre de 1973, Montoneros y FAR anuncian su fusión, actuando de ahí en adelante con el nombre de la primera. Algunas figuras salientes de FAR como Marcos Osatinsky, Roberto Quieto y Julio Roqué pasaron a ocupar cargos de mando en Montoneros. <<

[150] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[151] FAP. Las Fuerzas Armadas Peronistas fueron una organización guerrillera argentina creada en 1968 bajo el liderazgo de Envar *Cacho* El Kadri. Su aparición se produjo el 17 de septiembre con una acción armada en Taco Ralo, Tucumán, que se vio frustrada. A fines de 1968 viajaron a Córdoba los dirigentes Alicia Eguren, Raimundo Villaflor y Bruno Cambareri para llevar la adhesión a las FAP de la Acción Revolucionaria Peronista (ARP), orientada por John William Cooke; y a mediados de 1970 Villaflor se incorporó a la dirección de la organización. Las FAP reaparecieron en 1969 y 1970 con varias acciones de guerrilla urbana. Con la llegada de Lanusse a la presidencia y la perspectiva de una posible salida electoral, se produjo una polémica en el interior de las FAP, ya que había un sector que consideraba revolucionario al movimiento peronista y a Perón como el único capaz de diseñar su estrategia, mientras que otro sector liderado por Villaflor y Jorge Caffatti, denominado Alternativa Independiente de la clase obrera y el pueblo peronista, se proponía como herramienta política propia de los trabajadores, poniendo el acento en la lucha y distanciándose de los «burócratas y traidores». Al triunfar este grupo, se impuso un proceso interno de «homogeneización política ideológica compulsiva». En 1971 las FAP se dividieron, por lo que fueron expulsados Eduardo Moreno, Ernesto Villanueva y Alejandro Peyrou. Este sector se integró a la organización Montoneros. En 1973, ya próximas las elecciones, Villaflor fue una de las principales figuras del sector de las FAP conocido como Comando Nacional, con apoyos en la ciudad de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Tucumán, Chaco, Corrientes y Mar del Plata, que sostuvieron la continuidad de la lucha armada y rechazaron la opción de influir desde adentro al movimiento peronista. Luego de nuevas divisiones y sin una estructura suficiente para afrontar la represión posterior al golpe militar del 24 de marzo de 1976, las FAP vieron menguadas sus filas y Villaflor instaló un local de reparación de artículos eléctricos cerca de la estación de Florencio Varela. A mediados de 1978 decidió, junto con otros compañeros, suspender la actividad política hasta que cambiara la situación. En agosto de 1979, luego de varias detenciones que incluyeron a su hermana menor, Josefina, por entonces asesora gremial de la Federación Gráfica Bonaerense, Villaflor fue secuestrado junto con su segunda esposa, Elsa Martínez, cuando estaba de

visita en casa de sus padres. Raimundo fue asesinado cuatro días después de su secuestro. <<

[152] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[153] El regreso de Perón a Argentina fue el 17 de noviembre de 1972, tras casi dieciocho años de exilio. Desde entonces esa fecha es conocida como Día del Militante. Lo hizo en un avión de la compañía Alitalia acompañado por 154 personas. La comitiva había partido desde Buenos Aires días antes para regresar al país con su líder. Estaba integrada por representantes de la sociedad argentina, entre quienes se encontraban líderes políticos y gremiales, artistas, periodistas, entre otros. El 16 de noviembre, el gobierno de Agustín Lanusse tomó medidas extremas y rodeó el Aeropuerto de Ezeiza con fuerzas militares para evitar que los militantes se acercaran a recibir a Perón. A pesar de ello, miles de peronistas se lanzaron a las calles bajo una persistente llovizna y algunos lograron cruzar el río Matanza. Perón llegó ese día y de inmediato fue retenido en el Hotel de Ezeiza hasta la madrugada del día siguiente, cuando lo liberaron y pudo dirigirse a la casa de Gaspar Campos, en Olivos. <<

[154] Residencia de Gaspar Campos. La casa de Perón, ubicada en la calle Gaspar Campos 1065, en la localidad de Olivos, fue la elegida por el líder político luego de su llegada al país. Hacia fines de 1972, se convirtió en una suerte de polo político central de Argentina, por las reuniones que tenían lugar allí. Las guardias periodísticas se mantuvieron durante semanas, en las que se sucedieron las visitas de políticos, como la del dirigente radical Ricardo Balbín apenas dos días después del regreso de Perón. Aunque el saludo entre ambos fue bautizado como «el abrazo de la unión nacional», la llegada de Balbín a Gaspar Campos se recuerda como «el salto de la tapia» ya que, debido a la cantidad de personas que había frente a la residencia, debió ingresar por los fondos luego de treparse por una pared. <<

[155] *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina de 1966 a 1973*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós. Buenos Aires, Planeta, tomo 2, p. 113. <<

[156] Jorge Bernetti. Periodista y militante de larga trayectoria que se desempeñó en gran cantidad de medios entre los años 60 y 70. Es licenciado en Ciencias Políticas (UNAM, México) y doctor en Comunicación (UNLP). Experto en Historia de los medios, es profesor titular de Historia del Periodismo y las Comunicaciones en Argentina (UNLP), de Diseño de la Información Periodística (UBA) y director de la Maestría en Periodismo (UNLP). Fue jefe de prensa en la gira electoral de Héctor Cámpora en 1973 y director de Comunicación Social del Ministerio de Defensa (2005-2010). Fue director de la Escuela Superior de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), secretario de Cultura y Extensión Universitaria (UBA) e integrante del Consejo Directivo de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social. Recibió el premio Rodolfo Walsh de la UNLP y el premio a la trayectoria de la escuela TEA. Entre otros libros publicó *El peronismo de la victoria* y *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*, en colaboración con Adriana Puiggrós. <<

[157] Silvia Rudni. Tercera generación de periodistas en su familia, se inició en la revista *Primera Plana*, donde compartió redacción con Vicky Walsh. Para ese medio entrevistó a Pablo Neruda en Chile. También pasó por el diario *La Opinión*, donde le hizo una huelga a Jacobo Timerman y fue despedida. Se incorporó luego al diario montonero *Noticias*. «Combinando precisamente, militancia y profesión, ella fue integrante de la Agrupación 26 de Julio de la Juventud Trabajadora Peronista y del Bloque Peronista de Prensa. Nada extraño si se comparte el dato de que, desde los 14 años, Silvia participaba del trabajo social en villas de emergencia. Antes, fue corresponsal de *Telenoche* en Canal 13 a partir de 1966 y colaboró desde su compromiso político con la agencia cubana de noticias Prensa Latina», recuerda el historiador Roberto Baschetti. Rudni fue pareja del periodista Jorge Luis Bernetti, con quien partió al exilio. Murió a los 29 años, en noviembre de 1975, en México. <<

[158] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[159] *Íd.* <<

[160] Rodolfo Walsh. Periodista y escritor, su libro *Operación Masacre* es considerado la primera novela de no ficción de Argentina. Walsh también se dedicó a la ficción, con la publicación de célebres cuentos policiales, y trabajó como traductor. Desde su rol como militante en las organizaciones guerrilleras FAP y Montoneros, combatió a la dictadura militar que gobernó el país entre 1976 y 1983. Además de distintas tareas de inteligencia, creó desde la clandestinidad la agencia de noticias ANCLA, destinada a difundir información sobre lo que ocurría en el país por aquellos años. Luego escribió una serie de cartas, entre las que se encuentran su célebre «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar». El 25 de marzo de 1977, al día siguiente del primer aniversario del golpe cívico-militar, mientras repartía las primeras copias de su texto en algunos buzones de la ciudad de Buenos Aires y se dirigía a una cita con un compañero de la organización, fue emboscado y acribillado a balazos por un grupo de tareas. Según testimonios de ex detenidos desaparecidos, se supo que luego del operativo fue llevado a un centro clandestino de detención. Desde entonces, el escritor integra la lista de desaparecidos por la última dictadura. <<

[161] Lilia Ferreyra. Periodista que se desempeñó en la editorial de Jorge Álvarez y en los diarios *La Opinión* y *Página/12*, fue la última pareja de Rodolfo Walsh. Se habían conocido en 1967, cuando Walsh le firmó un libro de cuentos suyo y poco después esa atracción inicial los convirtió en pareja durante casi una década. «Juntos atravesaron la etapa en que el periodista dirigió el periódico de la CGT de los Argentinos, la militancia en el peronismo revolucionario de los 70 y tras la primavera camporista, el pase a la clandestinidad», explicó la agencia Télam al reportar la muerte de Lilia. En 1975, mientras Walsh se ocupaba de la inteligencia en la estructura de Montoneros, se replegaron en lo doméstico y alquilaron una casa en San Vicente, donde Rodolfo se hizo pasar por traductor y profesor de inglés. Tiempo antes, fuerzas militares ya habían allanado otra casa que alquilaban en una isla en el Tigre. Ferreyra ayudó al escritor a tipear y difundir su célebre «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar». Murió en 2015, a los 71 años. <<

[162] Pirí Lugones. Su nombre completo era Susana Lugones Aguirre. Fue escritora, periodista, editora y traductora que estuvo en pareja con Rodolfo Walsh durante tres años. Nació el 30 de abril de 1925 en Buenos Aires. Su madre, Carmen Aguirre, era hija del afamado pianista y compositor argentino Julián Aguirre. Pirí estudió en el colegio Lenguas Vivas y egresó como maestra normal en 1942. Según recuerda el historiador Roberto Baschetti, «cierto aire trágico siempre sobrevoló sobre su familia. Su abuelo, el poeta nacional Leopoldo Lugones, se suicidó en 1938 en un recreo del Tigre bebiendo cianuro. Su padre, de igual nombre y apellido, en la década del 30, fue el inventor de la picana eléctrica que se les administraba a los opositores al gobierno *de facto* del general José Félix Uriburu. Se mató de un tiro en la sien en 1971. Pirí siempre lo despreció. Y una manera de hacerlo era cuando entraba a una reunión social y se presentaba: “Hola... soy Pirí Lugones, la nieta del poeta e hija del torturador”». Luego de separarse de su primer esposo, Carlos Peralta, con el que tuvo tres hijos, vivió tres años con Rodolfo Walsh. Como periodista, escribió en diversas revistas de actualidad. En 1959 viajó a Cuba y a su regreso comenzó a colaborar en la agencia nacional de noticias Prensa Latina. A medida que fue acrecentando su compromiso político, también escribió en el diario *Noticias*, entre 1973 y 1974. Ya como militante montonera, bajo el seudónimo de *Rosita*, realizaba trabajo barrial, de prensa e inteligencia. Fue secuestrada desaparecida el 20 de diciembre de 1977 en su domicilio de la capital. «Créase o no, cuentan que enfrentó la tortura cagándosele de risa al verdugo y diciéndole: “¡Qué sabés vos de torturas! ¡Torturador era mi viejo!”», reconstruye Baschetti. <<

[163] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[164] *La voluntad*, ob. cit., tomo 2, p. 110. <<

[165] A principios de 1973, por su estrategia de construcción de frentes de masas, Montoneros lanzó un brazo sindical con el cual se proponía disputar la dirección de los trabajadores dentro del peronismo: la Juventud Trabajadora Peronista (JTP). La JTP creció muy rápido consolidando un trabajo previo impulsado por la Juventud Peronista y, a sólo cuatro meses de su creación, en un acto celebrado en la ciudad cordobesa de Río Ceballos, lanzó su estructura nacional integrada por siete regionales. Con una amplia inserción fabril y con una política de construcción desde las propias bases, tomó como principal objetivo la lucha contra las direcciones sindicales existentes. Este desarrollo explica el rol directriz que ocupó en las jornadas de junio y julio de 1975, fenómeno que expresó uno de los momentos de mayor activación de la clase obrera en el proceso revolucionario abierto en 1969. De este modo, la JTP se constituyó en un agrupamiento que no sólo acompañó sino que impulsó las luchas obreras del período. Al ser el movimiento obrero la columna vertebral del Movimiento Peronista, la JTP tendría el ambicioso objetivo de disputar y ganar los órganos de representación político-sindicales del país. Su espacio de inserción excedía a sindicatos, federaciones e incluso a la misma central obrera, buscando en paralelo la ocupación de espacios de poder dentro del brazo sindical del Partido Justicialista: las 62 Organizaciones Peronistas. <<

[166] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[167] *La voluntad*, ob. cit., tomo 2, pp. 110 y 111. <<

[168] Dardo Cabo. Periodista y dirigente político argentino, hijo del dirigente metalúrgico de la UOM Armando Cabo. Entre otras actividades, dirigió la publicación *El Descamisado*. El 28 de septiembre de 1966 dirigió el Operativo Cóndor, en el que con otros 17 militantes secuestraron un avión de Aerolíneas Argentinas y lo desviaron hacia las islas Malvinas. Por este episodio, Cabo pasó tres años en prisión. Al salir de la cárcel, se convirtió en parte de la organización Descamisados, que luego se fusionaría con Montoneros. Cuando comenzó la dictadura cívico-militar argentina (1976-1983), fue detenido y encarcelado por sus actividades políticas. Dardo Cabo estaba detenido en la Unidad 9 de La Plata y el 5 de enero de 1977 se les notificó que serían trasladados al penal de Sierra Chica. El 7 de enero de 1977, Cabo y Pirlés salieron del penal de La Plata. En la madrugada del 8 de enero, cuando se aprestaban a cruzar el puente del río Samborombón Grande, a la altura del kilómetro 56 de la ruta 215, fueron fusilados en un simulacro de fuga. Más tarde, la dictadura alegó que un grupo de «elementos subversivos», conducidos en aproximadamente diez vehículos, había querido rescatarlos y los habían emboscado. Se indicó que luego de un intenso tiroteo, los delincuentes se habían dado a la fuga, pero resultaron abatidos cuatro NN, junto con los detenidos Cabo y Pirlés. <<

[169] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[170] *La voluntad*, ob. cit., tomo 2, p. 281. <<

[171] *Íd.*, pp. 281 y 282. <<

[172] *Íd.*, p. 329. <<

[173] *Íd.*, p. 335. <<

[174] *Íd.*, p. 335. <<

[175] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[176] Íd. <<

[177] *Íd.* <<

[178] *La voluntad*, ob. cit., tomo 2, p. 464. <<

[179] Entrevista de la autora de este libro con Emiliano Costa. <<

[180] *La voluntad*, ob. cit., tomo 2, p. 464. <<

[181] Secuestro de los hermanos Born. En medio de un clima político enrarecido, el 19 de septiembre de 1974 un comando de la organización Montoneros concretó el secuestro extorsivo —que obtuvo el mayor rescate de la historia argentina— de los hermanos Juan y Jorge Born, dueños de una de las fortunas más importantes del país, quienes fueron liberados a los seis y nueve meses del operativo, respectivamente. El rescate pedido por el grupo guerrillero fue de 60 millones de dólares. Los hermanos Born eran por entonces los principales accionistas del mayor conglomerado productor y exportador cerealero argentino, Bunge y Born. Durante este hecho, Montoneros asesinó a un alto ejecutivo de la empresa Molinos Río de la Plata, Alberto Bosch, y a uno de los custodios y al conductor del vehículo en el que viajaban los secuestrados al momento de ser atrapados. Aunque gran parte del destino del dinero del rescate sigue siendo un misterio, dirigentes montoneros confirmaron que una parte del botín fue derivada hacia Cuba con el fin de ponerla a resguardo, en tanto que el pago final de unos 17 millones de dólares fue cobrado y administrado por el banquero David Graiver, quien tenía sus oficinas en la ciudad de Nueva York y murió en un dudoso accidente de aviación en 1976. Las relaciones entre el gobierno de Fidel Castro y Montoneros no siempre fueron de mutua afinidad. Por un lado, han circulado versiones periodísticas sugiriendo que la fortuna de Montoneros quedó finalmente incautada y confiscada en Cuba por orden de Castro, pero algunos ex funcionarios cubanos afirmaron que todo el dinero proveniente del secuestro les fue entregado a los principales dirigentes montoneros, algunas veces en forma personal y en efectivo, y otras, en graduales y sucesivas remesas al exterior, vía complejas triangulaciones financieras a través de bancos de Checoslovaquia y Suiza. La operación para atrapar a los empresarios fue espectacular. En menos de dos minutos, 15 montoneros desviaron el tráfico de la Avenida del Libertador, en el centro porteño, simulando una obra en una tubería de gas. El padre de los secuestrados, Jorge Born II, se negaba a pagar el rescate. Ni siquiera contestaba las llamadas extorsivas. Los empresarios permanecieron en una de las llamadas «cárceles del pueblo», donde el grupo guerrillero los sometió a juicio por explotar a sus trabajadores y aprovecharse de sus enormes latifundios. <<

[182] Juan Carlos Dante Gullo. Dirigente político, actualmente integra el Frente para la Victoria, por el que fue elegido diputado nacional y legislador porteño. Comenzó su militancia en el barrio de Flores en la década de 1960 y posteriormente se sumó a organizaciones sindicales, como la CGT de los Argentinos. Fue funcionario juvenil durante la presidencia de Héctor Cámpora, momento en que encabezó una campaña para la vuelta de Perón del exilio. Militó en la Juventud Peronista (JP). En 1975 fue encarcelado y mantenido como preso político hasta octubre de 1983. Durante la última dictadura, en 1976 varios de sus familiares fueron secuestrados, algunos luego liberados y otros, como su madre y su hermano menor, aún continúan desaparecidos. <<

[183] *Ni el flaco perdón de Dios: hijos de desaparecidos*, de Juan Gelaman y Mara La Madrid. Buenos Aires, Planeta, p. 388. <<

[184] Elina Tejerina fue la mujer de Rodolfo Walsh, madre de sus hijas Victoria y Patricia. Con ella, que era docente y poeta, vivieron en La Plata durante sus años de juventud. Entre sus actividades más destacadas, fue directora de una escuela para ciegos en la ciudad de La Plata que hoy lleva su nombre. <<

[185] *Ni el flaco perdón de Dios*, ob. cit., p. 388. <<

[186] *Íd.* <<

[187] Según una nota que publicó *Página/12* en mayo de 2017, la hermana de Victoria Walsh, Patricia, presentó por primera vez ante el juez Daniel Rafecas el pedido para que se abra una causa con el fin de investigar el homicidio de su hermana en el marco del genocidio de la última dictadura militar. Entre las medidas de prueba solicitadas, Walsh exige la apertura de los archivos de aquella época, que «desde hace mucho denunciemos que existen y que hay que ponerlos a disposición del proceso» de Memoria, Verdad y Justicia. <<

[188] *La voluntad*, ob. cit., tomo 2, p. 121. <<

[189] Oscar *Chino* Martínez Zemborain nació el 22 de junio de 1946, en la ciudad de Buenos Aires, donde transcurrió toda su infancia. Finalizó sus estudios secundarios con una especialización en Letras. Es padre de cuatro hijos: Nicolás, Manuel, María y Tomás. De familia radical, la figura de Raúl Alfonsín fue su inspiración para incursionar en la militancia gremial. En 1965 comenzó a estudiar Abogacía, pero abandonó la carrera para dedicarse al periodismo. Fue así que, a base de oficio y biblioteca, hizo sus primeras colaboraciones en pequeños diarios de la provincia de Buenos Aires, hasta su ingreso en *Clarín*, en 1968. Se desempeñó en la sección Sociales y después pasó a Información General.

Tras la Revolución Argentina que gobernó el país entre 1966 y 1973, se formó un movimiento gremial para defender a los trabajadores de los despidos injustificados. Zemborain fue secretario general durante cinco años de la Comisión Interna de Prensa, cuyo mayor mérito fue armar con el sector gráfico la intersindical. Los aumentos salariales fueron de las conquistas laborales más importantes de este movimiento, en una época en que no había paritarias. En febrero de 1976, un mes antes del golpe de Estado, lo echaron de *Clarín*. En agosto de ese año, se exilió en México durante poco más de un año. En 1977 viajó a Madrid y junto a otros colegas formó la Unión de Periodistas Exiliados en España, desde donde denunciaban las atrocidades que se cometían durante el Terrorismo de Estado. También escribió en el diario *El Imparcial* con el seudónimo de *Daniel Tejerina*. Ya en 1980, por iniciativa de Julio Cortázar, Osvaldo Soriano, Hipólito Solari Yrigoyen, Carlos Gabetta y él, se funda *Sin Censura*, una publicación mensual que tuvo al Operativo Cóndor como una de sus investigaciones más destacadas.

Regresó a Argentina el 9 de diciembre de 1983. Fue secretario general de Redacción en la agencia estatal de noticias Télam, subgerente de Noticias en Argentina Televisión a Color (1986-1987) y director de Radio Nacional (1986-1988). También se desempeñó como jefe de Noticias en *La Razón*, fue redactor en la sección Política de *El Cronista*, de donde fue despedido tras denunciar al «diputrucho», el intruso que ingresó a la Cámara de Diputados para facilitar la privatización de Gas del Estado durante el menemismo. Se desempeñó en el área de medios del Rectorado de la Universidad de Buenos Aires hasta diciembre de 2015, cuando se jubiló, y ahora realiza un programa semanal en Radio Kaput. <<